

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

**VIOLENCIAS ANÓNIMAS Y ALTERIDAD FEMENINA EN EL
MALENTENDIDO FAMILIAR. ESTUDIO DE UN CASO CLÍNICO**

BORIS GEOVANNI DELGADO HERNÁNDEZ

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE PSICOLOGIA
SAN JUAN DE PASTO**

2005

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

**VIOLENCIAS ANÓNIMAS Y ALTERIDAD FEMENINA EN EL
MALENTENDIDO FAMILIAR. ESTUDIO DE UN CASO CLÍNICO**

BORIS GEOVANNI DELGADO HERNÁNDEZ

Asesor del Trabajo:

ORLANDO LENNIN ENRIQUEZ

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE PSICOLOGIA
SAN JUAN DE PASTO**

2005

Nota de Aceptación

Asesor

Jurado A

Jurado B

Julio 1 del 2005

AGRADECIMIENTOS

A los acompañantes sensibles, cercanos o lejanos, de este trabajo, que pensando en Sara permitieron que esta tesis sea escrita en alteridad.

A Orlando, por ser solidario con mi angustia de escribir y permitirme crear nuevos senderos en el saber. A Germán, porque sus palabras me iniciaron en este viaje por los caminos del alma.

A TELURIA, grupo de danza contemporánea de la universidad de Nariño, que me permitió un espacio para danzar secretamente cada letra de este trabajo, al igual que por los gestos fraternos que aprendí a reconocer en cada movimiento de sus bailarines.

A Sandra, Francisco, Fanny, Ciro, Alex, Ángela, Arbei, por compartir trasnochos y afanes decisivos en la revisión del texto, pero además y junto a ellos a Fernando, Sonia, Miguel, por su soledad y amistad guerrera en los caminos de sangre, de donde supe también de un caminar en alteridad.

A Karen, por sus renacimientos de los últimos años, los que se sembraron en mis ganas de vivir. A mis hermanos William y Michael que siempre me permitieron volver a casa distinto. A la lucha y esperanza de mi padre.

A taita Guillermo y mama concha, por sus cantos y bailes que siempre llegaron a tiempo cuando debí andar extraviado en lo indecible. A ellos gracias, además, por abrirme a los misterios y al amor de su casa donde me sueño siempre.

A Luisa por compartir las noches del fuego.

A todos ellos y a la comunidad invisible de gestos de donde resulto diariamente, mi gratitud que no es otra cosa que una promesa inevitable que se me escapa: La de no olvidarles.

DEDICATORIA

A la fuerza salvaje de las mujeres que han acompañado y protegido mi precario transcurrir por los laberintos de las palabras, a ellas que desde su cercanía con el misterio y desde el donarme los primeros desgarramientos, de los que jamás me repondré, me hicieron saber de lo indomable de mi sangre.

A las mujeres poetizas que siempre se empeñaron en faltar a los recitales.

A las palabras que no cicatrizan

A los ojos que parpadean entre líneas

A todos los que ejercen este oficio impropio de desconocerse en los espejos.

A ese temblorcito en el habla y en el cuerpo del que resulta la palabra de cada uno. Y en especial dedicada a la voz anónima que silenció a Sara y a la peregrinación de Sara por las aguas de su cuerpo de donde extrae, sin saberlo, palabras para el porvenir de un deseo, el de escribir mientras muere y vive con la velocidad que hay entre un gesto y otro.

...Entre tantos aquí sólo a tí te hablo.

Camina por aquí, mójate en esta agua

Humedece un poco la Vida

Descansa...

Suelta las letras de un desgarramiento tuyo y haremos

Herejía para los ojos que nos leen,

Para tí, para mí, para los que hay en el medio.

La Ciudad no fue buena para tus lágrimas campesinas

Fuiste prudente en tu diálogo con las sombras

Supiste de los Viajeros, de los que no retornan

Hay tréboles en el agua, lava tu herida, tu lado izquierdo...

Descansa...

...No vuelvas a la escuela

Aprende sólo del oráculo de tus cenizas

Hazte a la costumbre de hablar sola

Cierra la puerta, suelta los remedios de tu cuerpo

Que una niña se curará de fiebre

baila en arasara...

TABLA DE CONTENIDO

Resumen	12
INTRODUCCIÓN	13
Planteamiento del problema	18
Título	18
Formulación del Problema	18
Descripción del Problema	18
Delimitación del Problema	19
Sistematización del Problema	19
Justificación	19
Objetivos	23
General	23
Específicos	23
MARCO REFERENCIAL	24
Marco Contextual	24
Estados de Arte en la Violencia Familiar	24
Coordenadas institucionales	29
Un breve recorrido por la historia de Sara	30
Marco Teórico	33
El Goce y la Ley en el Escenario de Violencia Familiar	33
La trasgresión freudiana. La dimensión subjetiva y la pulsión	33
La primera escritura: La huella del Otro	40

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Una primera mirada al síntoma en el malentendido familiar	46
De la Castración y la Alteridad Femenina	53
La feminidad y las operaciones simbólicas en la reflexión freudiana	53
Posiciones subjetivas frente a la falta	67
Mujer herida en su diferencia	71
¿Mujer? (mujer) solo mujer...	78
Mujer que habla... en trance	80
Acerca del Masoquismo	89
El decir del otro sexo es la pere-versión del padre	89
¿Qué busca una mujer en las versiones del padre?	100
Palabrear lo imposible	105
Mujer Habitada	106
Alteridad y diálogos fallidos con la ley	106
Delirios y agresión materna	108
Marco Conceptual	118
Acto	118
Amor	118
Agresividad	118
Castración	119
Inconsciente	119
Deseo	119

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Goce	119
Fantasma	119
Discurso	120
Cuerpo	120
Objeto (a)	120
Simbólico	120
Sujeto	120
Zona Erógena	120
MÉTODO	121
Paradigma	121
Enfoque Metodológico	121
Enfoque Teórico	121
Instrumento	122
Procedimiento	122
ANÁLISIS DE RESULTADOS	124
El Alfabeto de Sara	124
(Sara) ¿mujer?... sólo Sara ...	130
Sara Mal Herida en su Diferencia	140
La significación fálica	143
Del grito a la palabra. Preámbulo al diálogo con las sombras	147
Sacrificio y Huida	150
La otra escena: Fantasma y sacrificio	159
Diálogos con las Sombras	164
El lado izquierdo la sombra materna	165

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Mi vientre llora	167
La escritura	168
Arasara: Alteridad y Espejos	171
DISCUSIÓN	182
Referencias	192
Anexos	197

Abstract

The investigation is centered on the analysis of unconscious phantasies put in stage in the mistreating act of a woman towards her daughters. In the decoding of the symptom is intended to catch the engaged singularity in the aggression of Sara, the studied subject, to the dearest. It is unveiled on her, through the speech analysis her offering to a logic of sacrifice that excludes her femininity, thanks to his masochistic position before the Other of the Law, to whom she demands answer for her being, from the sinister of pleasure: In the display of an erotized violence against her daughters. In this way is deduced, that her aggression as a correlation of his submission to the Other of the Law is supported on an interest of escaping to the question of her alterity.

Resumen

La investigación se centra en el análisis de la fantasmática inconsciente escenificada en el acto maltratante de una mujer hacia sus hijas. En el desciframiento del síntoma, se busca captar la singularidad comprometida en la agresión, del sujeto de estudio Sara, al más entrañable. Mediante el análisis del discurso, se devela en ella, su ofrecimiento a una lógica de sacrificio que excluye su feminidad, merced a su postura masoquista frente al Otro de la ley, a quien demanda respuesta por su ser desde lo siniestro del goce: En el despliegue de una violencia erotizada contra sus hijas. Se deduce así, que su agresión como correlato de su sometimiento al Otro de la ley, se sostiene a partir de un interés de huída a la pregunta por su alteridad.

**VIOLENCIAS ANÓNIMAS Y ALTERIDAD FEMENINA EN EL
MALENTENDIDO FAMILIAR. ESTUDIO DE UN CASO CLÍNICO**

El planteamiento de esta investigación surge en el terreno de las incertidumbres que deja una labor clínica orientada por el discurso psicoanalítico y se refiere a un estudio de caso clínico de una mujer que sostiene actos de maltrato hacia sus hijas. Se trata ante todo de una pregunta de la subjetividad pero que compromete al mismo tiempo un decir acerca de lo que es considerado un fenómeno social contemporáneo: Las violencias inherentes al vínculo familiar.

Es desde la clínica que el psicoanálisis puede decir algo de cierto malestar social, pues es aquí donde el síntoma hace su más radical objeción a la cultura. Si el psicoanálisis mantiene una política, ésta es la del síntoma (Lacan, 1970).

En distintos medios académicos o instituciones sociales, aquello que se categoriza y describe como violencia familiar subsiste como una manera de responder al malestar social que este fenómeno deja; sin embargo, el psicoanálisis muestra que existe algo más radical aún que interroga la cultura, más allá de la objetivación de un hecho violento y su paradoja dentro del porvenir de una sociedad: El deseo y el goce. Detrás de un escenario de violencia familiar lo que se encubre es lo enigmático del deseo, que sus miembros mantienen como eje de relación posible con el otro y que de muchas maneras puede ceder al desenmascaramiento de lo real. Así para hablar de una posibilidad clínica a la violencia, se debe empezar por ir más allá de su nominación y del anonimato que deja para el sujeto ser estigmatizado como violento o como víctima; ir más allá es darle vía a la singularidad de su palabra;

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

pero es justamente en este punto donde la verdad de un sujeto puede ser intolerable para la cultura y donde sus instituciones no siempre están dispuestas a escuchar.

La violencia familiar es hoy uno de los fenómenos sobre el cual se demanda mayores esfuerzos para identificar e intervenir y al mismo tiempo, es quizás en el que menos un sujeto es escuchado e interpelado en su singularidad al momento de ser asistido institucionalmente, ya sea desde los marcos legales, jurídicos, sociales y/o terapéuticos. Desde una mirada psicoanalítica se trataría de escuchar más e intervenir menos; paradójicamente, al tiempo en que existe un ambiente de especialización del problema y divulgación en ámbitos escolares, comunitarios, familiares, de los recursos que permiten reconocer las manifestaciones en que la violencia familiar tiende a diversificarse, todavía muy en el seno familiar ésta se presenta como una violencia no hablada que es legitimada en el silencio y el temor social.

Decimos violencias no habladas, en el sentido de que carecen de un sujeto que al representarse en su palabra las nombre para hacerse responsable de su acto. Violencias no habladas donde ese silencio autoriza el ejercicio de las crueldades y las dictaduras más desgarradoras frente a la presencia de un otro como testigo de su propia segregación; obviamente, no se refiere al silencio que se apela al momento de la denuncia, sino a lo que impulsa a un sujeto a silenciar la verdad de su deseo.

Por otro lado, dicha violencia subsiste como lo que enmascara el drama familiar y sella su secreto y, al mismo tiempo, hace presencia como lo que está dispuesto a desenmascarse pero en lo real. En la escena familiar violenta

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

hay que admitir que algo de lo real se pone en juego y que en el espacio de la clínica emerge de algún modo para hacerse manifiesto; aquí se trata entonces de que a través del tratamiento de lo simbólico, eso real se haga síntoma en la palabra y no acto. Sin embargo, de esto solo puede darse cuenta en la particularidad de un sujeto, en lo que se denomina la clínica del uno por uno, lo cual pone en duda cualquier intento de predicción o generalización acerca de las consecuencias psíquicas del maltrato para un sujeto, pues éste en su singularidad elige lo que constituirá su realidad psíquica.

Esta investigación pretende captar aquella dimensión subjetiva inherente al saber inconsciente que compromete a una madre en la puesta en escena de su acto maltratante hacia sus hijas. De esta manera, su vigencia tendrá sentido en la singularidad de su palabra, su gesto y en el campo de la ética que compromete al acto de escucha en el dispositivo clínico y que autoriza, primero como terapeuta y luego como investigador hacia un decir.

Es el discurso de esta madre, a la que en adelante se referirá con el nombre de Sara, el que se privilegiará en este estudio.

Sara, madre de 29 años, llega a consulta en un estado de melancolía profunda diciendo: “No sé qué me pasa... yo no sé por qué maltrato a mis hijas.... yo las quiero mucho pero no puedo evitar gritarlas y... no me puedo controlar, yo sé que les estoy haciendo daño y no sé qué hacer”. (ver anexo p. 191)

Habrán rastros invisibles de violencias estalladas en la memoria de Sara, una mujer madre que en sus primeros años, es atravesada por la crueldad de un Otro primordial (madre) que la niega en su forma más siniestra, haciéndola

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

emblema y objeto de su odio más secreto; crece negada, igualmente, a la sombra de un padre muerto que no supo mediar en la voracidad de aquel odio materno.

En Sara el espejo siempre estuvo roto, escrita de gestos y voces desheredados de deseo, se armó de lo que pudo para hacerse a un nombre y un rostro. En medio del desarraigo existencial de Sara, existía una negación más extrema aún: La segregación de su ser de mujer; en un círculo de repeticiones, su historia se tejió en medio de derrumbamientos psíquicos, siempre con la sombra del dolor de un desencuentro primordial ¿A caso Sara ya no estaba habitada por el deseo desarticulado, agujereado de otro que no supo donar su palabra simbólica sino sus marcas de goce?

Si el discurso de la ciencia desubjetiviza y aísla como error una palabra singular, no debe extrañarse que las ciencias humanas y específicamente la Psicología en su pretensión de alguna vez aterrizar como ciencia, mantengan una exclusión tan radical al sujeto. Así, abordar una investigación privilegiando el discurso de un solo sujeto, puede leerse como insinuación a los desastres poco reconocibles de una violencia más extrema y perversa: Aquella desubjetivación, donde un sujeto frente a lo perdido de un saber sobre sí, se aliena como emblema de un discurso capitalista, en una obscena carrera por la evaporación de su diferencia, en un panorama donde la posibilidad política de lo otro, se degrada vertiginosamente hasta el desquicio.

Este estudio, puede traducir para el investigador en una vía posible de canalizar “el horror que produce el toparse con lo real” (Milmaniene, 1995, p. 9),

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

allí donde la angustia del saber marca con más fuerza: En el encuentro con el otro que demanda escucha.

¿Pero quién se es frente al sufrimiento del otro? y ¿En qué lugar instalarse para escucharle? En la labor clínica, la pragmática del saber psicoanalítico, antes que en su palabra, está en su lugar de escucha, lugar nada sencillo, porque lo que un sujeto logra nombrar, depende de lo que el otro desde su inconsciente, está dispuesto a escuchar. En la práctica clínica podemos reconocer que escuchar puede ser intolerable, lugar que conlleva su propio vértigo, donde lo ético consiste en privarse de reparar o sustituir por alguna astucia el sufrimiento del otro, en tanto esta ética de la incompletud es la posibilidad que tiene un sujeto de encontrarse en una palabra singular, pues ante el sufrimiento del otro queda la posibilidad ética.

Igualmente, esta investigación es la travesía por una dictadura que pasa por el rostro, de una mirada cuchilla capaz de agujerear, alienar, silenciar, exiliar una subjetividad, pero al mismo tiempo, es la travesía de la palabra que puede fecundarla a partir del dispositivo clínico y en acto de una antropología de la soledad femenina.

Cabe, además, pensar en la escritura en su más puro modo de subjetivación, en tanto el sujeto subsiste como escritura de una violencia originaria y fundante; existen muchas violencias sin nombre que nos escribieron, gestos y palabras de las que venimos ¿Cómo mirar aquellas violencias anónimas que escribieron a Sara? y ¿Acaso aquella comunicación que se moviliza en el lugar clínico, orientado por un saber psicoanalítico, no es una manera de escritura íntima con el Otro?

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Sara ingresa a este lugar clínico durante cinco meses para escribir la metáfora de su vida e inventarse allí, justo en el punto donde nos encontramos con el límite que nos separa de lo simbólico, una pregunta propia sobre su feminidad y a través de ella sobre su ser de madre ¿Qué es amar? ¿Qué es ser mujer?, se pregunta Sara, preguntas que son de su piel.

Planteamiento del Problema

Título

Violencias anónimas y alteridad femenina en el malentendido familiar.
Estudio de caso clínico, de una mujer que sostiene actos de agresión frente a sus hijas.

Formulación del problema

¿Cuál es la dinámica inconsciente de goce presente en una mujer que sostiene actos de maltrato hacia sus hijas, acudiente del servicio de atención psicológica del Centro Proinco, en la ciudad de San Juan de Pasto?

Descripción del Problema

No todo en el sujeto queda atrapado por el significante, hay algo que escapa a él y se resiste a saberse en falta, que reclama una unidad perdida para siempre y que en lugar de posibilitar dialectizar su palabra lo empuja a borrar los límites en los que ella (la palabra) lo inscribe como ser simbólico para encarnar en acto su pregunta desesperada hacia el otro: Dime lo que soy. Esto que se resiste a la incisión del significante, es efecto del goce que deja la opción en el sujeto de erotizar su sufrimiento como respuesta a la angustia que el deseo del otro como enigma le produce, y en lo insoportable del síntoma desbordarse en la manera de gozar de su sufrimiento.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Es así, por efecto del goce que la hostilidad desbordada de una mujer maltratante hacia lo más entrañable, sus hijas, aparece como síntoma donde su pregunta al otro por su ser de mujer, se precipita en el ejercicio de una violencia íntima justo en el punto donde su feminidad se hace enigma: En el dolor de ser madre.

Delimitación del Problema

El estudio de caso se desarrolla con una consultante (Sara, madre de 29 años) del servicio de atención psicológica del Centro Proinco, en el marco de una investigación en psicoanálisis pertinente a su rigor metodológico y campo conceptual y dentro del paradigma de la investigación cualitativa.

Sistematización del problema

¿Cuál es la dialéctica del goce y la ley a través de la cual se lograría captar, en Sara, la singularidad del acto maltratante?

¿Cómo a partir de la posición de Sara frente a la castración, se moviliza en ella el acto maltratante hacia sus hijas?

¿Qué incidencia presenta el masoquismo femenino en el sentimiento de culpa que acompaña el acto maltratante de Sara hacia sus hijas?

Justificación

La violencia como síntoma latente y manifiesto de la cultura hace su principal paradoja en el escenario familiar, allí la hostilidad se despliega sobre aquel que más se ama, el más entrañable, lo cual puede percibirse en lo manifiesto de las prácticas de maltrato que se dirigen hacia los hijos (López, 2002). La violencia que se desencadena en la familia ha desbordado los mismos niveles teóricos de comprensión al problema, donde por la magnitud,

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

repetición y gravedad de los actos de agresión, que en este escenario se soportan como prácticas de sujeción al otro, han alcanzado una dimensión de horror que no deja de interrogar los cimientos constitutivos de nuestra sociedad.

Si la familia ha sido entendida en su responsabilidad de promover valores singulares y colectivos que median sobre las tendencias agresivas entre semejantes, inscribiendo a sus miembros en un ideal solidario y fraterno necesarios para la vida en sociedad ¿Qué sucede para que sea justamente en este medio, donde sus miembros sean vulnerados de la peor manera?

Esta irrupción del orden de lo siniestro en el vínculo familiar, es lo que hace presencia como signo de malestar, donde el fracaso de la cultura por redimir y regular totalmente las relaciones humanas, se muestra con más desconcierto. La gravedad y el número creciente de denuncias entorno a violencia familiar y maltrato infantil hacen reconocer en el daño al más entrañable un problema social contemporáneo, el cual se enraíza como forma sintomática del lazo social y donde sus efectos se hacen sentir claramente en las tensiones y rupturas que este soporta.

Instituciones como ICBF, comisarías de familia y centros de asesoría a la familia, que se inscriben en la responsabilidad de atender y dar alternativas a infinidad de situaciones de violencia familiar, se apoyan en el saber de las distintas disciplinas de las ciencias sociales (antropología-psicología-sociología) para explicar de alguna manera eso incierto que ocurre en el escenario familiar, ese lugar íntimo y extraño a la vez para un sujeto; sin embargo, estos mismos saberes han reconocido no contar con la suficiente proximidad teórica y práctica que de cuenta totalmente de las motivaciones que lleva a un padre a

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

desbordarse en una violencia contra sus hijos. Estas instituciones al orientar sus estrategias de prevención e intervención terapéutica se encuentran con que el concepto de familia que guía su quehacer y que ha sido construido por las ciencias sociales, contrasta con las diferentes lógicas familiares en las que se sostienen y tejen prácticas maltratantes, que siempre son más de las que se quisieran reconocer y donde las condiciones socioeconómicas, los entornos culturalmente violentos o el cuestionamiento a la salud mental del maltratador, parecen no ser suficientes para comprender los márgenes de desarraigo subjetivo, inherentes a las violencias no habladas de la mascarada familiar (López, 2002). Es en este marco que una investigación sobre las violencias anónimas del vínculo familiar, desde una mirada psicoanalítica, se hace pertinente.

El Psicoanálisis, como un otro saber que a pesar de estar llamado desde su propia ética histórica a descifrar las nuevas formas del malestar de la cultura y que, sin embargo, no participa de los ideales civilizadores inmersos en las prácticas discursivas de las ciencias sociales, basados en la exaltación del individuo al estatus de un yo autónomo, y que además de poner en sospecha los intereses pacificadores de las relaciones humanas a través de los intentos de asunción de las diferencias singulares y colectivas, propone nuevas vías de análisis al interrogante de lo que en la familia y la sociedad se soporta como maltrato. Es desde el saber del inconsciente que el psicoanálisis habla del sujeto, en la emergencia de este de dialectizar su deseo frente al Otro de la cultura. La subjetividad se funda en el deseo del Otro y el deseo da cuenta de lo insospechado de una falta que convoca al sujeto a hacerse responsable de él.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Es desde este campo de la subjetividad que el psicoanálisis caracterizará el problema y se aproximará a develar el por qué de una subjetividad maltratante. Un estudio al problema privilegiando las formaciones de la subjetividad, permitirá “dialectizar lo que del inconsciente y la cultura se articula al acto maltratante” (López, 2000, p.23).

Escuchar a muchos padres maltratantes desde una posición orientada por el discurso psicoanalítico, deja entrever que a pesar de existir un sin número de razones que un padre logra nombrar para justificarse frente al maltrato, hay algo que lo delata en su discurso, pues la agresión a la que el mismo apela subsiste como algo sin nombrar y que está ligado a la historia de su sufrimiento, se arremete cuando la palabra no nos sirve de soporte frente al otro. En la práctica clínica, cuando asoma esto innombrable, el sujeto es precipitado al terreno de su verdad singular donde, como pregunta, es convocado para hacerse responsable de aquello que lo compromete en el maltrato hacia sus hijos.

Así, el problema planteado en esta investigación, cobra interés en tanto permite indagar, desde una escucha analítica de una posibilidad clínica a la violencia, específicamente la que se dirige contra los hijos, donde lo terrible de sus efectos hoy se diversifica y se hace síntoma al tiempo que una sociedad del capital promueve los vínculos familiares, y en un estado de cosas donde el sujeto se aliena, por imperativos de la cultura, a objetos de consumo, devaluando su deseo a cambio de ofrecerse y ponerse al servicio de una mercancía objeto del goce y donde la subjetividad es administrada como una cosa sin palabra.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Finalmente, esta investigación pretende ser un aporte, desde la perspectiva del sujeto, a la comprensión de las violencias inherentes al vínculo familiar y así tener eco al momento en que diferentes instituciones sociales encargadas de abordar esta problemática orientan sus planes de prevención e intervención específicamente en lo que concierne al maltrato hacia los hijos. Esto es importante en un panorama como el de Nariño donde son escasas las investigaciones entorno a familia.

De la misma manera, esta dirigida a diversos medios académicos donde existe un interés por profundizar en lo insondable de la subjetividad humana y su relación con la cultura y los fenómenos de violencia actuales.

Objetivos

General

Analizar la dinámica inconsciente de goce presente en una mujer que sostiene actos de maltrato hacia sus hijas, que acude como paciente al servicio de psicología del centro Proinco de la ciudad de San Juan de Pasto.

Específicos

Describir la dialéctica del goce y la ley a través de la cual, se lograría captar en Sara, la singularidad del acto maltratante.

Establecer la posición de Sara frente a la castración a partir de la cual se explicaría en ella el acto maltratante hacia sus hijas.

Explorar la incidencia del masoquismo femenino en el sentimiento de culpa que acompaña al acto maltratante de Sara hacia sus hijas.

MARCO REFERENCIAL

Marco Contextual

Estado del arte de la violencia familiar

El planteamiento de esta investigación: Las Violencias Anónimas Inherentes al Malentendido Familiar, estudio de un Caso Clínico, se revela sobre un panorama de desconcierto, donde aquellas violencias sin nombre interrogan profundamente el modo que una cultura promueve sus formas de lazo social. La familia, lugar privilegiado de una sociedad en la construcción de los cimientos constitutivos para la vida colectiva, muestra su paradoja en el momento en que se hace territorio de una violencia desbordada, donde se modernizan constantemente las prácticas de sujeción al otro, donde sus miembros se enmarañan en la aniquilación de su propia diferencia y a nombre de un desarraigo subjetivo incapaz de ofrecerse a la mediación del lenguaje.

Se trata entonces, de una pregunta abierta sobre un fenómeno que viene a hacer síntoma en las nuevas formas de malestar de la cultura y cuyo desconcierto no solo emerge en la escena familiar, sino en los múltiples contextos académicos e institucionales que desde su quehacer sostienen un compromiso con estas problemáticas.

La contextualización de esta investigación puede darse así, en dos vertientes: Primero, desde la ubicación del problema en un marco histórico político, para precisar además, los aportes y sus maneras de abordaje que otras disciplinas distintas al psicoanálisis, han hecho a la comprensión del fenómeno. Segundo, en el marco del saber psicoanalítico y en el contexto de su investigación clínica, para dar cuenta de aquello que vendría a estructurarse

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

como subjetividad maltratante y en vía a formular una clínica del maltrato en el vínculo familiar.

Muchos estudios muestran que es a partir de la década del ochenta, que se empieza a reconocer los altos costos sociales a los que conlleva la violencia familiar, obviamente este reconocimiento estuvo determinado por diversos factores, entre ellos los cambios ideológicos nacientes en la década de los setenta, que vendrían a repercutir en la dinámica misma de la estructura familiar.

Así, fue a raíz de las constantes denuncias de organizaciones feministas de las formas de sometimiento familiar, lo que vendría a desmantelar una realidad encubierta hasta entonces en el silencio y el temor social, y que como resultado diciente, llevaría mas tarde, en el escenario jurídico, al reconocimiento del niño como sujeto de derechos, en tanto había que proteger en aquel drama de violencia, al ser más vulnerable, “La actividad militante de los derechos de la mujer se extendió a los de la infancia” (Ramírez, 1999, p. 235).

Los costos sociales de la violencia familiar estarían ligados a la terrible diversificación de sus efectos en el tejido social, a la magnitud de sus secuelas que alcanzarían espacios más allá del círculo familiar y a los costos financieros que el Estado tendría que asumir, para mitigar y prevenir sus impactos; pero además, este drama de violencia constituiría un atentado contra los ideales altamente valorados sobre la familia; momento a partir del cual se ha dado al problema una particular preponderancia en las políticas de bienestar social ,desplegando enormes esfuerzos por desentrañar las lógicas de dicho malestar sea a través de planes de prevención e intervención como de investigación.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

La sociología, la antropología y la psicología han hecho lo suyo, así importantes investigaciones se han desarrollado dando un perfil a los distintos tipos de violencia que se soportan en el hogar y en aras de develar las coyunturas de su desencadenamiento, de sus interacciones que permitan reconocer sus factores de riesgo y dimensiones cualitativas y cuantitativas que como fenómeno social de profundo interés mantiene. En esta vía encontramos en Colombia estudios que son necesarios de resaltar por su abordaje y novedad y que para nuestra investigación, han sido fundamentales para una mejor comprensión del problema y objeto de estudio. Entre estos, se encuentra el realizado por Myriam Jimeno e Ismael Roldan, docentes de la Universidad Nacional de Colombia, titulado *Las sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia* publicado en 1996, el estudio fue elaborado desde la perspectiva de la antropología y la psiquiatría, en el que se intenta hacer una relación entre la agresión de la que son objeto niños y jóvenes en la familia y los contextos culturales de la población estudiada.

Una segunda investigación importante es el desarrollado por los investigadores Clemencia Ruano y Aníbal Mesa de la Universidad Nacional de Antioquia llamada *Lo Inconfesable en las Prácticas de Violencia Familiar, estudio sociológico y antropológico sobre la confesión y la denuncia pública de las prácticas maltratantes en el escenario familiar*. Este trabajo es uno de los primeros, quizás, en que, para dar una voz de alarma sobre este drama social, no se dirige a las estadísticas, sino a la magnitud del acto maltratante y sus significaciones tanto para la familia como para el conjunto de instituciones sociales; así los resultados resaltan que la violencia inherente al vínculo

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

familiar a pesar de ser reconocida por una política de asistencia social a través de instituciones encargadas de dar atención a la familia, al momento de la denuncia ésta se muestra y percibe aún como algo indiscernible, incomprensible, y donde lo desconcertante, aparece también del lado del que escucha, pues es una violencia que al ser interpelada por un otro exige más que su reconocimiento; al final se concluye que la violencia familiar es una realidad extremadamente reconocida, pero en pro de mantener un velo sobre los significados devastadores que ésta sostiene para una sociedad, cuyas instituciones han demostrado aún no tener herramientas certeras para interpelar dicha violencia desde la palabra.

Otras investigaciones en síntesis se han centrado en caracterizar la población que demanda atención (edad, estrato social, agente agresor); establecer las relaciones de causalidad entre el hecho violento y las condiciones sociales, personales y familiares que lo propician; establecer los efectos físicos y emocionales del maltrato familiar; elaboración, evolución y desarrollo de estrategias de intervención y prevención.

Sin embargo, a pesar de estos esfuerzos, el desconcierto crece no solo por la cantidad de denuncias que a diario se reciben en centros de asesoría y atención a la familia, sino como afirma Yolanda López, “por la desmesura del acto de maltrato que conlleva al daño al más íntimo” (López, 2002, p. 18); y ante el cual las distintas ciencias sociales han reconocido no contar con la suficiente proximidad teórica ni práctica que les permita dar cuenta de ello.

Sobre este panorama y sin desconocer los aportes hechos desde el campo de las ciencias sociales a la comprensión del problema, la investigación se

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

contextualiza desde el saber psicoanalítico para dar cuenta desde una mirada distinta, que apunta al sujeto del inconsciente, de lo que en la familia y la sociedad se soporta como maltrato.

Para el psicoanálisis, la violencia familiar viene a instalarse como síntoma en las nuevas formas del malestar de la cultura y desde su clínica sabemos que el síntoma debe ser escuchado. La subjetividad se funda en el deseo del Otro y el deseo da cuenta de una falta que convoca al sujeto a hacerse responsable de él, o a precipitarse de manera fatal hacia el otro; es desde este campo que el psicoanálisis caracterizara el problema, marco en el que también encontramos un interés creciente desde su investigación clínica por el estudio de las violencias en el escenario familiar y su paradoja como forma sintomática de la cultura.

En la línea investigativa mencionada, se encuentra el trabajo de Yolanda López, trabajadora social e investigadora en psicoanálisis, titulado *¿Por qué se maltrata al más íntimo? Una perspectiva psicoanalítica del maltrato infantil*. La importancia de esta investigación, radica en que es el primer estudio con psicoanálisis en Colombia que aborda el drama de la violencia familiar, retomando conceptos fundamentales de la investigación freudiana y lacaniana; su interés se centra en el problema de la subjetividad que concierne a la violencia que ejercen padres contra sus hijos, la autora a partir de su experiencia como trabajadora social y desde una posición de escucha psicoanalítica, recoge relatos de padres y madres maltratantes, para reflexionar en torno al maltrato infantil desde la perspectiva del maltratador como sujeto del inconsciente, enfatizando en la responsabilidad subjetiva que le concierne en el

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

daño al más íntimo, así encuentra que existe una cuota de goce implicado en el acto maltratante; es decir, un empuje pulsional a dañar al otro íntimo y que escapa a cualquier justificación racional.

El estudio en mención, profundiza además, en la necesaria distinción entre maltrato, castigo y agresividad para aproximarse a las diferentes posiciones subjetivas frente al drama de violencia familiar.

El fundamento de esta investigación, tiene como referente de estudio el despliegue de teorizaciones desarrolladas por Freud y Lacan y que a lo largo de la historia del psicoanálisis, se han constituido en cruciales para la investigación de la subjetividad humana. El estudio, profundizará en conceptos clínicos importantes como el goce, la pulsión, alteridad femenina, deseo, agresividad y acto.

Coordenadas institucionales

El caso Sara fue abordado en el servicio de atención psicológica del Centro Proinco “Centro de Promoción Integral y Trabajo Comunitario Corazón de María”. Fundación sin ánimo de lucro, creada con fines sociales y ubicada en la Cll 8 No. 22F- 85 Barrio Obrero, San Juan de Pasto.

La historia institucional se remite a 1955, donde un grupo de mujeres laicas católicas buscan dar respuesta a la situación de pobreza que viven muchas familias de Pasto, momento desde el cual su quehacer se ha caracterizado por ofrecer alternativas de desarrollo comunitario a la población en condiciones de marginamiento; inicialmente en el sector urbano de la ciudad desplegando esfuerzos por vincular proyectos de generación de empleo a programas educativos y es así como ya en 1960 se desarrollan talleres de confecciones,

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

manualidades y bordado complementados con alfabetización, matemáticas y formación en valores para la familia.

Con el tiempo, ha logrado grandes programas educativos para población de alto riesgo, muchos de los que han sido avalados con Resolución de la Secretaría de Educación, como educación no formal. Así, en la actualidad, la Fundación cuenta con la Escuela de Artes y Oficios, además de la Escuela Primaria y el Hogar Infantil Corazón de María; en inicios de este nuevo milenio su plan de acción se ha extendido a algunas zonas rurales del departamento de Nariño y ha mantenido importantes convenios con otras instituciones educativas y sociales, entre ellas la Universidad de Nariño a través de la cual muchos estudiantes tienen la posibilidad de realizar su práctica profesional en áreas afines dentro de esta institución.

Un breve recorrido por la historia de Sara

La historia personal de Sara ha girado en torno a constantes maltratos. Sara nació hace 29 años en el municipio de Córdoba, Nariño. Es la cuarta de seis hermanos, su madre siempre la rechazó y la hacía objeto de maltratos y reproches, porque nació niña y no niño; frecuentemente la amenazaba con abandonarla y se esforzaba en hacerle sentir su estado de desvaloración frente a sus demás hermanos. En el discurso de la madre nunca estuvo el padre, se refería a él solo muy pocas veces y a través de insultos; su padre no vivía con ellos, solo era un visitante esporádico de la madre, el que nunca se asumió como el padre de Sara y sin embargo, se tomaba el derecho de maltratarla; cuando Sara tenía la edad de seis años, su padre, en un estado de rabia y alcoholizado, como era constante en él, le dijo a gritos que él no era papá suyo

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

y que su padre había muerto; desde entonces Sara se hizo a la idea de que nunca tuvo papá.

Sara soportó crecer a la sombra de los desprecios de su madre y sus hermanos hasta los dieciséis años, edad en la que decide escaparse de su casa. Llega a la ciudad de San Juan de Pasto en busca de otros familiares, inicialmente la reciben, pero luego también es rechazada; así se vió obligada a trabajar en diferentes casas como empleada doméstica. En este periodo de tiempo, de vagar de un lugar a otro, Sara decide volver a su casa materna pero su madre le hace saber que ella se había muerto como hija negándole su bendición y el poder volver.

A la edad de dieciocho años se casa con Arturo, quien se dedica a la construcción; pero las cosas no son para mejorar, pues llega a un ambiente igualmente hostil (casa de su suegra y sus cuñados) y en extremas condiciones de hacinamiento, que le evocaba muchos eventos de su vida temprana; la desvaloración hacia su feminidad fue mordaz, principalmente al momento de nacer su primer hija, donde su esposo su suegra y sus cuñados le recalcan que era una mujer despreciable por tener una niña y no un niño; de ahí en adelante constantemente le recalcan que era una mala madre y que siempre lo sería.

Al nacimiento de su segunda hija el desarraigo de Sara se hace más agudo, Arturo le hizo saber que ella era una carga para él y toda su familia y antes de nacer Jhoana, su segunda hija, éste le anunció que si nacía una niña y no le daba un hijo la sacaría de la casa y se olvidaría de ella. Durante los últimos meses de embarazo Sara mantiene un nivel de extrema tensión con episodios

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

depresivos fuertes; al momento del nacimiento de Diana, Sara siente deseos de morirse y arrancarse el vientre, su esposo no cumple su promesa de dejarla a su suerte y la acoge en su casa pero con un resentimiento peor, deserotizándola en su existencia, y negándola como su mujer, desde entonces, Sara se siente frecuentemente abusada por su esposo.

Sara asume su rol de madre a pesar de las constantes insinuaciones de su suegra y su esposo de que es mala madre, así ella se hace responsable del cuidado de sus hijas tratándoles de brindar afecto y estar pendiente de sus estudios, participando de las actividades a las que como madre de familia es convocada; Sara se aferra desesperadamente a sus hijas y a la tarea de cuidarlas como si fuera su único modo de existir; sin embargo, algo ocurre, desde un tiempo atrás Sara no soporta el llanto de sus hijas, momento en el cual ella se desespera y sin poderse controlar, las empieza a gritar y a sacudir violentamente, lo que le provoca llanto y un profundo sentimiento de culpa frente a las niñas.

Es en este momento, cuando su dolor se hace intolerable, Sara decide ir a consulta psicológica en el centro Proinco, lugar donde sus niñas asisten al hogar infantil Corazón de María.

En su primera consulta, el 29 de Enero del 2002, llega en un estado de angustia profunda, expresando sentirse muy mal pues dice ser consciente de que maltrata a sus hijas: “Yo sé que les estoy haciendo daño, pero no sé que me pasa. Las grito, las sacudo... yo las quiero mucho y no quiero seguir así... después de pegarles yo me siento muy mal, me angustio y lloro”. (ver anexo p. 191)

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

A partir de este momento, Sara asiste periódicamente y durante cinco meses a un proceso terapéutico orientado desde una escucha psicoanalítica. El 11 de junio del 2002 se interrumpe el tratamiento a raíz de cierre de vacaciones de la institución y finalización del año de práctica.

Marco Teórico

El Goce y la Ley en el Escenario de Violencia Familiar

La Trasgresión Freudiana. La dimensión subjetiva y la pulsión

Para referirse a aquello del goce que hace presencia en los actos de agresión de padres que participan en una dinámica maltratante hacia sus hijos, se hace necesario precisar algunas teorizaciones fundamentales del descubrimiento freudiano y su posterior alcance en la enseñanza de Lacan, más específicamente, en lo que se relaciona con la pulsión y su articulación con el inconsciente, con el deseo y la ley que lo organiza, con el fantasma y su desenlace en la búsqueda incesante del sujeto.

Es bien sabido que el descubrimiento freudiano no reside tanto en el reconocimiento del inconsciente, ni menos en el hallazgo de una sexualidad infantil; anteriormente, ya existía un interés por teorizar algo sobre el inconsciente, del mismo modo que ya existía un saber a través del cual se desarrollaba la vigilancia de la sexualidad en los niños, ejercicio que aunque silencioso, se conjuga tanto el discurso de la ciencia, como el rigor moral de la novela familiar de la época (Foucault, 1993/1976) ¿Qué es entonces, lo que viene a formularse con Freud y que haciendo ruptura, abrirá la posibilidad de ubicar al sujeto más allá de las determinaciones a las que la ciencia y la instituciones morales y jurídicas convendrían en relegarlo? Fue la articulación

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

de estas dos variables, inconsciente y sexualidad, lo que permitió ingresar en lo insospechado de los procesos psíquicos y toparse con lo más arcaico del ser humano, donde se es habitado por una pasión secreta por el sacrificio, la muerte y el erotismo; pasión que, de alguna manera, emergerá en las formaciones sintomáticas para hacer una grieta en el modo en que una sociedad naciente a la luz de los avances científicos, pretendiera desposeer lo humano del decir de su verdad.

La sexualidad en el inconsciente es perversa e infantil. A través del estudio de las aberraciones sexuales Freud (1905), expone primero, que el niño no es asexual, que él experimenta una sexualidad muy intensa y que posteriormente, participará en la formación de síntomas neuróticos; lo segundo, refiere a que la sexualidad del niño es perversa polimorfa; es decir, que está constituida por un conjunto de satisfacciones parciales no integradas, de rasgos ligados a una sexualidad profundamente erótica. Freud (1905), logró establecer que la identidad sexual es una adquisición tardía, que no se daba por su especificación anatómica y que la elección de objeto para el sujeto es profundamente compleja, pues él trasgrede sus determinaciones biológicas a nombre de un orden simbólico: “La ruptura producida entre instinto y sexualidad engendrará la pareja sexualidad pulsión” (Palacio, 1992, p. 22).

En el corazón de la reflexión Freudiana está el concepto de la pulsión la cual, mantenía una fuerza propia que no se agotaba con su referencia al inconsciente, ni menos, en una forma discursiva de la diferenciación sexual. El decir de la sexualidad en Freud (1915), remite a algo aún más desconcertante, la sexualidad al no ser instintiva, sentencia el encuentro con el otro en el terreno

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

de la incertidumbre, enfrentando al sujeto a la verdad pulsional que lo habita. Cuando se supera la noción de necesidad por la de deseo, las incertidumbres se hacen más mordaces, pues se ingresaba al campo de la pulsión donde su movilidad casi intraducible, operaba con mucha más fuerza en la formación de los síntomas; se dilucidaba el carácter y la fuerza subterránea que sostiene la pulsión.

El concepto de pulsión estuvo presente desde los inicios del psicoanálisis, incluso, antes que se abandonara completamente la pretensión de explicar los procesos psíquicos por ordenamientos biológicos; Freud (1915), en el texto *Las pulsiones y sus destinos*, toma de una de sus primeras investigaciones *Proyecto de psicología para neurólogos*, el concepto de constancia y lo empata así con el de pulsión: “La pulsión no actúa como una fuerza momentánea, sino constante” (Freud, 1915, p. 238). Igualmente, aquí el objeto tendrá un significado más preciso, este será el medio por el cual se satisface la pulsión; sin embargo, no se halla originalmente enlazado a ella como sucede con la respuesta del organismo ante un estímulo; el objeto se dice que es lo más variable, pues aunque el fin de la pulsión sea su satisfacción, ésta puede encontrarla a través de diversos caminos, de la misma manera que para cada pulsión puede existir diferentes fines susceptibles de ser combinados y sustituidos entre sí.

Gracias a la caída de la teoría de la seducción, se abre el camino para encontrar el núcleo a partir del cual se estructuraría el aparato psíquico: *Edipo*, pues a través de la teorización del concepto de fantasma se lograría formular el edipo como eje nuclear de las neurosis. Freud (1919), da a entender en su

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

escrito *Pegan a un niño*, que existe una fantasía originaria; es decir, escenificaciones que ya no sólo remitían a un deseo inconsciente sino al drama originario del sujeto en torno a los orígenes de su sexualidad. La noción de trauma también cambiaría, pues ya no sería visto como un nivel de excitación restante del aparato psíquico que no puede descargarse, ni elaborarse, sino como un anudamiento donde lo que se define es la subjetividad misma, lo que además permitiría uno de los hallazgos más importantes para comprender el tiempo de la experiencia psíquica: Lo traumático no es el hecho, sino su recuerdo.

Es así, que algo ya se precisaba: La sexualidad infantil es traumática, en tanto es reprimida y es a partir de esto que el inconsciente logra instituirse como metáfora de lo sexuado. Al respecto Peláez (1992), afirma:

Entendemos este término, el de metáfora, como lo indica su naturaleza lingüística, la de ser una acción de sustitución, que sustituye un significante por otro, metaforización – significación que da por origen la institución del inconsciente como sexuado (como saber sobre lo sexual), por efecto de la represión sobre el s1, significante privilegiado del otro (p. 85).

La represión subjetiviza en tanto por efecto de ley, recae sobre la prohibición sexual hacia el Otro primordial; es decir, algo tendría que venir a organizar la relación sexual, aquel conjunto desorganizado de satisfacciones parciales que daba cuenta de rasgos erógenos ligados a la voz, la mirada y la boca. En la reflexión freudiana el Edipo y su corolario, la castración, sería el recurso por el cual se inscribiría la renuncia al goce absoluto materno, en pro de la conservación de los genitales; en la teorización lacaniana, lo que organizaría la

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

relación sexual sería el significante fálico como potencia de todo significativo, en tanto éste es de lo que se está privado y cuya distancia es la que nos constituye como seres hablantes, la palabra pone límite al goce separando al sujeto del objeto perdido. Así, la represión en su modo de subjetivación recaerá además, sobre aquello que nos aproxima al goce; más adelante se retomará esta condición subjetivante y sus implicaciones en la vida anímica del sujeto.

Pero, ¿Qué significa que la pulsión no pueda entenderse desde las bases biológicas, sino en el plano de los procesos psíquicos? De acuerdo a Freud (1915), la pulsión, a pesar de provenir del interior del organismo, no es a él cuya finalidad se dirige, es decir, no mantiene la misión de estabilizarse a nombre de una homeostasis orgánica y que el plano de lo psíquico no aparece para desconocer o mantener supremacía sobre lo orgánico, lo psíquico es el trámite resultante de dicha emergencia, para dar vía a la metamorfosis del objeto a través del artificio del deseo.

Se podría ceder a la tentación de sostener que el psiquismo lograría ordenar la vida pulsional, pero la clínica ya desde los comienzos del psicoanálisis, mostraba el carácter ingobernable de la pulsión y por el contrario, es la pulsión la que pone a trabajar la psiquis; aquí, la pulsión ya no remite a un sustrato biológico, en tanto se funda como escritura erógena de un otro que pasa a través del cuerpo (Claire, 1980). La pulsión nace en la inscripción erógena de un otro y su movimiento es la búsqueda de la primera satisfacción proporcionada por ese otro privilegiado, búsqueda incesante pero fallida por el carácter inaprensible del objeto, lugar donde el deseo logra subsistir.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Así, lo que se precisa es la inadecuación estructural que existe entre el sujeto con el objeto, “entre lo que le viene del lenguaje y el objeto que designa esa falta” (Palacios, 2000, p.63). El objeto es lo más variable de la pulsión, es decir, la sexualidad humana no es una respuesta a una necesidad de tipo biológico; su inadecuación respecto al objeto hace que el deseo sea posible y que en el sujeto la sexualidad se formalice en lo simbólico para hacerse histórica, “el objeto es escurridizo, siempre más allá o más acá de las pretensiones del sujeto” (Parra, 1992, p. 12).

El objeto de la pulsión no es el que sirve para la satisfacción de una necesidad, Freud (1919), encuentra que el objeto suscitador del movimiento del deseo es de carácter ilusorio; es decir, fantaseado y he aquí, uno de sus hallazgos más dicientes: El sujeto se relaciona con el otro en una dinámica fantaseada, ya que dicho encuentro solo es posible bajo la interceptación del fantasma que viene a mediar entre el sujeto y el objeto perdido, objeto causa del deseo. El Otro es irreconocible, carece de objetividad real para dar cuenta que el tránsito hacia el otro, ya es de por sí fallido; así, aquella sensación efímera que sostiene el sujeto por alcanzar lo imposible, es mediada por la fantasía ilusoria del objeto que le permite ser incesante en su búsqueda.

La realidad objetiva, después del hallazgo freudiano, cobra otro estatuto, ya no es lo primado sobre lo cual, se confronta lo tangible de una verdad, la realidad tal como era entendida pasará a tener en la investigación psicoanalítica un carácter secundario; es decir, la realidad es construida por el sujeto, no algo que esté dado primariamente (Soler, 1988); siendo esto lo que hará una ruptura intolerable en un tiempo y espacio, en que la ciencia influenciada por una

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

mordaz lógica judeo- cristiana, pretendía objetivar la realidad del sujeto en lo real. En la enseñanza lacaniana se encuentra que lo real es lo imposible, el sujeto es lanzado a la aventura de construir realidad enfrentándose a lo imposible de lo real; “esta realidad a la que Lacan se refiere se trata de un montaje de lo simbólico y lo imaginario, de hecho Freud, aconsejaba no preguntarse si un acontecimiento infantil, traumático, que el paciente cuente es verdadero o falso. La realidad es una invención del sujeto” (Nasio, 2001, p. 19).

Cuando se dice que la pulsión es un concepto límite entre lo somático y lo psíquico, significa el ingreso a un nuevo campo de subjetivación que está más allá de la comprensión de lo biológico y lo psicológico, fuera de la oposición tradicional cuerpo–alma; en otras palabras, el registro de lo inconsciente no participaría ya de la dualidad entre una realidad objetiva y su fuerza representativa. El sujeto se debatiría en el plano de “una realidad alucinada y la ausencia de un objeto de satisfacción, entre el recuerdo de lo único perdido y su tentativa de reencontrarlo en una escenografía repetida” (Claire, 1980, p. 58).

Cada actuar del sujeto lleva la marca de su propia irrealidad, y esto es lo que ubicará al saber psicoanalítico, no simplemente como un estadio más de la racionalidad de Occidente, sino en una vía distinta, en el campo de una ética del deseo que nos remite al tiempo del inconsciente. Al respecto Milmaniene (1995), afirma: “La condición humana lleva la marca del fracaso de toda realización desiderativa, de forma que el cumplimiento del deseo no habrá de producirse jamás, y es lo que garantiza la permanente actividad subjetiva” (p. 17).

Ahora se precisará un poco más el concepto de pulsión y en su articulación con lo que, posteriormente Lacan, llamaría el goce; dejar entrever lo que del otro hará huella en el sujeto.

La primera escritura: La huella del Otro

Como se acaba de ver, el objeto que mantiene el deseo, es en primera instancia alucinado en tanto subsiste como catexis de una imagen mnémica resultante de una primera satisfacción. En un primer momento el seno, como objeto de necesidad proveerá alimento, pero en la experiencia de la succión otra dimensión aparecerá, pues lo que quedará no será la urgencia de calmar el hambre, sino el goce de chupar el seno. La emergencia del deseo consistirá en la búsqueda del placer a través de una imagen mnémica (seno alucinado), y constituyendo la boca en zona erógena (chupeteo); de la huella que resulta de esta primera satisfacción, la pulsión buscará destino y se mantendrá como causa del deseo; esta primera experiencia de satisfacción es perdida para siempre; es decir, llevará, en sí misma, la imposibilidad de su repetición, lo que Lacan llamará objeto (a) y a la satisfacción de la pulsión, goce.

La pulsión es la escritura del otro que vibra a través de la erogenización del cuerpo para hacerlo letra; marca de lo otro que instaura una diferencia en su ausencia, en un movimiento de excitación y en un intervalo de tiempo que lo conforma para tomar vía en una gramática deseante. La zona erógena se constituye así, más que en un lugar de excitación sexual, en una zona de intercambio con el otro, donde las pulsiones serán rastros privilegiados, trazas, urgencias de satisfacción y conquista fallida de las primeras huellas del otro.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

El Otro con su poder de deseo, ingresa por todos los orificios del cuerpo en una especie de invasión, dejará huellas perdurables y lugares de evocación de una excitación placentera. Aquí se puede precisar, además, “que la dimensión del goce alrededor del cual se organiza la posibilidad misma del deseo, no podría concebirse sino en un cuerpo” (Claire, 1980, p. 63).

Parra (1992), afirma:

El cuerpo antes que ser una totalidad ortopedizada por efecto del reconocimiento en la imagen, en la identificación primaria; identificación anterior a la diferenciación sexual, ese sujeto por venir; está en un goce absoluto, gracias a la correspondencia que en la identificación primaria logra con el objeto (p. 16).

No obstante, algo tendrá que venir a organizar el caos y librar al sujeto de ser objeto de la voluntad de goce absoluto de otro; al decir que es el significante fálico el que vendrá a organizar la relación sexual, significa en primer orden que tanto el hombre y la mujer al estar privados del falo, vendrán a ordenar en torno a él su manera de gozar y desear, inscribiéndolos ante todo como seres en falta. En las reflexiones lacanianas, el sujeto se constituye a partir de los significantes que el Otro le proporciona, pero el significante es observado más allá de su formulación lingüística para ser entendido, en tanto es atravesado por el deseo. Y así, nuevamente Parra (1992) dice:

Ese otro al colocar la palabra entre la necesidad del niño y la demanda crea un campo para que el significante despliegue sus efectos y pueda surgir el universo del deseo, a la par que una simbolización de la demanda. Es lo que Lacan llama el vaciamiento de goce y la alienación del significante (p. 169).

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

La operación del significante en el sujeto funda la pregunta por el ser propio ¿Qué soy yo? Pregunta en la que siempre se está en falta, pues “en el lenguaje ningún significante puede dar cuenta del ser propio” (Palacios, 2000, p 38); es la pregunta por aquello que el sujeto no puede nombrar de sí y que convoca con su síntoma el cual, emerge como verdad no dicha, como malestar y como incompatibilidad con el sí mismo.

Pero existe una inadecuación estructural entre el sujeto y el lenguaje, pues éste también se allá en falta; dicha inadecuación se traduce en que él solo puede tener alguna realidad como representación de otro y ante la imposibilidad de encontrar sentido definitivo a su existencia en el lenguaje, sólo le queda ser lo que coyunturalmente el significante le permite ser (Palacios, 2000).

¿Qué es lo que para un sujeto se hace sostén de su propia insatisfacción? Esta pregunta es fundante en la enseñanza lacaniana, pues es a partir de ella que se logra articular un interés del sujeto por el goce. El sostén de su insatisfacción se mantiene en tanto el deseo es imposible, su causa es por definición perdida.

El deseo marca un movimiento donde el sujeto tiende a recuperar un goce perdido para siempre, del cual está radicalmente separado y subsiste como un resto que por más proximidad que le brinde el objeto de deseo, jamás alcanzará. El objeto (a) es inaprensible y solo puede bordearse a través de objetos parciales o sustitutos, e imprime un movimiento en que aquella falta del lenguaje, en lo real se oriente hacia el goce, pero fundador del deseo en lo simbólico; el objeto (a) subsiste como lo que escapa a las determinaciones del lenguaje, pero que al mismo tiempo, funda el ser hablante; es decir, es un lugar

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

que nos hace hablar para intentar nombrar lo imposible. El deseo puede cumplirse pero no se satisface completamente, pues en él subyace algo que de alguna manera, no alcanza a decirse y por cuanto, es este goce perdido el que estructura al sujeto como un ser en falta, es un sacrificio de goce el que hará condición estructurante en el sujeto, Milmaniene (1995), plantea:

El deseo tiende a aproximarnos a los sujetos a condición de que siempre se preserve la mínima distancia simbólica, para no sucumbir a la disolución subjetiva del lado del goce. Esta será ocupada por los soportes fantasmáticos que devienen así en defensa frente al mismo deseo del cual son expresión (p.18).

Dicho de otra manera, existe una tendencia pulsional que excede el límite que el principio del placer, instituido por el nombre del padre, pone al goce, y que empuja al sujeto a precipitarse en un círculo de repeticiones, en los actos compulsivos y en la manera de gozar de su sufrimiento. “Es inexacto hablar de un dominio del principio del placer sobre el curso de los procesos psíquicos. Si tal dominio existiese, la mayor parte de nuestros procesos psíquicos tendrían que presentarse como placer, lo cual está contradicho por la experiencia general” (Freud, 1920/1996, p. 275).

La ley que en lo simbólico imprime el Otro, dice que no se puede hacer todo lo que se quisiera, que el Otro es ley en tanto exige una renuncia, un sacrificio de goce; de esa posición fundante frente a la ley del Otro, es lo que constituye la particularidad de un sujeto, pues esa ley anima una potencia deseante; el otro media entre el sujeto y su deseo, pero además, es el otro quien da sentido a lo que se desea.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Esa herida que nos produce una palabra y que nos deja en falta, es la que nos permite ingresar al campo de la ética con la propia extrañeza, y como condición para acceder al campo de lo Otro, para que el otro también dialectizado en su falta exista, pues aquella palabra de la que viene un sujeto es del orden del Otro. Entonces, la pregunta ¿Qué soy yo? logra interlocutor: ¿Qué soy yo para tu deseo?; y justamente, el deseo del otro aparecerá como enigma, el otro es extremadamente imprevisible y como objeto absoluto de goce es imposible.

Pero hay algo que se resiste a saberse en falta, que reclama una unidad perdida para siempre y que en lugar de permitirle al sujeto dialectizarse en su palabra, lo empuja a borrar los límites en los que ella lo inscribe como ser simbólico y para encarnar en acto su pregunta desesperada hacia el Otro: *Dime lo que soy.*

Esto que se resiste a la incisión del significante quedará como resto de goce, dejando en el sujeto como opción erotizar su sufrimiento, en respuesta a la angustia que el deseo del otro le produce. En lo insoportable del síntoma habrá un desborde en la manera de gozar que impulsará al sujeto a desaparecer y borrarse como escritura de Otro. Lo mismo acontece en lo que al interior de la clínica psicoanalítica se ha llamado como las patologías del acto, donde “el hacer reemplaza al decir y el sujeto desconoce todo registro imaginario y simbólico para en el acto, hacerse a una significación nueva” (Milmaniene, 1995, p.13). El acto, en el sentido psicoanalítico, es una trasgresión radical al significante del nombre del padre que instituye lo simbólico, pues rompe lo que del lenguaje lo sostiene y lo representa; habrá circunstancias en las que un

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

sujeto producirá un acto perdiendo los referentes del otro que lo sostienen (suicidio, asesinato, incesto); en el acto se está en el límite con la muerte; es decir, en el punto donde el sujeto, en una indeterminación horrorífica se enfrenta a una falta de la que el otro jamás podrá responder. Cuando el otro no responde a esa falta urge entonces, un nuevo significante que le permita representarse en el Otro, *estaré junto a tí hasta la muerte, la muerte nos unirá*; lógicas del crimen pasional. Miller (1997) afirma:

En el pasaje al acto el sujeto se sustrae de todos los equívocos de la palabra, del reconocimiento de la palabra, porque el mismo es impase para el Otro (...) él sale de la escena para encarnar hasta la desesperación su pregunta hacia el Otro (...) el acto es salirse de la escena, no hay espectador por eso el acto no es premeditable, cifrable, esta fuera del orden de las suposiciones (p. 13).

Es en este punto donde explicar la dinámica del acto maltratante y su relación con el inconsciente, como eje alrededor del cual se orienta el problema de esta investigación, es consecuente abordarse desde los riesgos, impases y rupturas que son inherentes al sujeto al enfrentarse a la posibilidad dialéctica de hacerse a su palabra “como el que dice se debate con su goce” (Claire, 1980 p. 115). Y así de este modo intentar aproximarnos aquellos fenómenos, donde el vértigo de una violencia de intimación con el otro, gana terreno en el escenario familiar, donde una política del sacrificio se muestra con más imposibilidad de ofrecerse a la mediación del lenguaje, para hacerse perversamente legítima entre el absurdo de una ley que hace pacto con una violencia sacrificial y el

silencio, igualmente pactado del deseo, que entierra la palabra necesaria para que el sujeto se distancie de lo mortífero de su goce.

Una primera mirada al síntoma en el malentendido familiar

El sujeto entre sus anarquías pulsionales y sus gobiernos de goce, se posiciona en su más extrema indeterminación, resistiéndose a la cualificación de sus causas y efectos; es desde este lugar que nos referiremos a lo que hace síntoma en la mascarada familiar e interrogar desde allí, el discurso que sobre la familia se sostiene en la praxis social.

El síntoma es el padecimiento en carne propia de lo indecible, es del orden de lo innombrable, lugar estructurante de la subjetividad, en tanto es desde aquel vacío imposible de la palabra que nos constituimos en seres hablantes. El síntoma que en Freud (1905), se evocaba como retorno de lo reprimido, conlleva a una emergencia en que el sujeto del inconsciente habla en metáfora para acceder a la posibilidad de la palabra; es decir, el síntoma es palabra no dicha, enigma, malestar y goce para el sujeto.

El síntoma no es un hecho objetivable sino un acontecimiento del lenguaje, es decir, la manera con que el sujeto responde a la falta del Otro. En la enseñanza de Lacan, se llama discurso a las formas del lazo social, y más aún, al estar el discurso estructurado vía el inconsciente se puede decir “que todo lazo social es sintomático, al ubicarse como respuesta a una carencia estructural del lenguaje” (Soler, 2001, p.12). El discurso, distribuye además las conexiones entre cuerpos y significantes para tratar de responder a aquello del encuentro con el otro que escapa a cualquier regulación social. Así la familia, más que en su alianza con los valores imaginarios que le provee la cultura, se

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

soporta en la marginalidad del deseo del otro, en tanto este subsiste como el timbre de un silencio que aunque negado, evoca de alguna manera la angustia de saber del deseo del otro.

¿Cómo desea el otro? Esta pregunta a la que el sujeto se enfrenta, es el punto donde las pequeñas diferencias se tornan insoportables, y le conducen a precipitarse hacia el otro, ya sea como objeto del amor u objeto de maltrato. En la familia no solo subyacen un conjunto de relaciones que se pretenden objetivar en una mera reunión de padre-madre-hijo; la familia soporta además, un campo de subjetivación donde voces, gestos, palabras, silencios, hacen límite para que el sujeto pacte en el lenguaje, una vía alterna a su deseo devorador del otro y no se desborde en la extrañeza que éste le impone.

En la enseñanza de Lacan padre-madre-hijo son lugares de discurso; es decir, lugares de la falta en ser. Posicionarse o encarnar uno de estos lugares, implica para el sujeto participar con su síntoma para ser función subjetivante.

La mascarada familiar es la que desmiente del síntoma, en tanto éste remite a lo insospechado del otro íntimo, es el velo que en lo imaginario inscribe a la familia en una función civilizada. Sin embargo, ¿Cómo entender las prácticas de terror familiar, donde sus miembros se enmarañan en el aniquilamiento de su propia diferencia? Habrá que empezar por admitir que algo en la familia no participa de los ideales civilizadores y pacificadores de una sociedad, pues en la convivencia de los síntomas, en un espacio donde se ha instituido lo privado como forma de relación, urge la trama silenciosa por donde lo no dicho busca escenificarse (Correa, 1997). En lo simbólico, el sujeto trasgrede su propia esfera funcional; es decir, rompe con aquello que en el discurso y la praxis

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

social se ha esforzado por nombrar como individuo biosicosocial; concebir el espacio familiar dentro de las coordenadas biosicosociales imprime en la familia una misión estabilizadora, en un movimiento de ajuste y reacción dentro de un ideal de homeostasis del individuo. Es en este orden donde se comprende al sujeto en torno a sus determinaciones familiares; pero, ¿Acaso la familia no es el terreno de la indeterminación más extrema, en tanto aquel pretendido equilibrio inevitablemente estaría ligado al vértigo que produce para el sujeto las redes del deseo, cuyas alianzas, pactos lo animan y lo conforman multiplicándolo?

En el escenario familiar, son las redes del deseo las que cumplen una función subjetivante; es decir, son los síntomas del otro los que nos subjetivizan, más que sus relaciones comunicativas necesarias para la integridad de un individuo-biosicosocial. Lo que constituye a un sujeto es el impase que produce en él enfrentarse a lo que no marcha, no a lo que no marcha del padre y la madre, sino de su deseo frente a ellos que subyace como pregunta fundante para su singularidad (García, 2000). El niño busca habitar un lugar en el deseo de los padres, más que recibir de ellos lo necesario para su “crecimiento integral”, si el niño no logra significar su deseo frente a los padres, éste no encuentra un lugar para crecer. Si padre-madre-hijo son lugares de discurso, y es el mismo lenguaje el que nos instala en la más profunda indeterminación, en el sentido de que no hay en él algo que pueda responder definitivamente por la identidad del ser propio, sólo a través de rodeos, se podría decir que estos lugares no captan toda la dimensión de un sujeto; es decir, no solo se es madre sino también mujer, no solo se es padre, sino además, amante en su-versión,

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

no solo se es hijo sujeto a las determinaciones de los padres, sino también a su decir inconsciente desde donde su deseo hace elección.

La palabra del sujeto no sólo se agota en el lugar que le concierne ocupar en la escena familiar, él dice además con su síntoma que su deseo migrará más allá a buscar un lugar donde pueda ser nombrado. Así, la familia se constituye en el territorio donde el otro nos dona y nos hace sujetos expulsándonos.

El síntoma suele expresar, por ejemplo, el lugar que ocupan padres que no participan de la responsabilidad de donar su síntoma y que al no poder asumirse en su falta, se precipitan hacia el otro como amos de ejecución, del mismo modo, como madres ocupan ese lugar como renuncia a su ser de mujer (Gallano, 2000).

Puede donar su síntoma el que ha logrado hacer relación con el otro a sabiendas de verse en falta; además, el que participa con su síntoma lo hace sólo como representante de un gran Otro, las preguntas que trae el niño son preguntas de la cultura, así como los mecanismos que los padres mantienen para forjar a sus hijos son autorizados por el imaginario que la cultura sostiene, de hecho, es así como la arbitrariedad del castigo de padres hacia los hijos suele encontrar justificación (López, 2000).

Decir que un sujeto viene de una familia, puede ser una definición no muy precisa, por eso Lacan se distanció cada vez más de pensar el sujeto en relación a las determinaciones del padre y la madre como orientaciones del psiquismo, arriesgándose a proponer que el sujeto es efecto del lenguaje, venimos de la palabra del Otro, en tanto, este Otro es entendido como una comunidad de signos hablados donde se ingresa para ser captado y cernido.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

El sujeto desde antes de nacer se vuelca sobre una permanente construcción y de-construcción de signos hablados para instituir un régimen de signos propios. Existe una inversión de goce innombrable en lo que cada sujeto presta a la dinámica familiar, pues lo que la familia mantiene y encarna es además el impase del lenguaje, donde el otro puede adoptarse dentro de un régimen de violencia ya anticipada.

Si las agresiones desbordadas contra el semejante en el drama familiar, hacen síntoma en el lazo social y cuestionan el modo en que una sociedad del capital promueve los vínculos familiares, dicho malestar compromete al mismo tiempo, el conjunto de relaciones en que la sociedad promueve los modos de circulación de la palabra. Se arremete cuando la palabra no sirve de soporte frente al otro, una palabra es la distancia que un sujeto pone con lo anhelado de su goce, pero en la medida que ésta sea singular.

Así, lo que hará velo en la mascarada familiar será además, la devaluación misma de la palabra, donde por efecto del discurso capitalista, lo que autoriza el decir en la familia, ya no es un sujeto, sino el conjunto de instituciones sociales ideológicas y políticas que creen representarlo; sólo como ejemplo vemos, que lo que no es capaz de decirse en la familia, ya lo dice la televisión, como autoridad legítima que hace ley en lo imaginario, pero al servicio de una mercancía que impulsa a la inmediatez del goce; es así, como a nombre de un terror legítimamente perverso, el padre es desplazado y sacrificado en su palabra singular, donde la madre es deserotizada como mujer (y la mujer desembarazada de su ser de madre), y la infancia administrada como una cosa sin palabra.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Nada más dicente para una fobia a la diferencia camuflada de alguna manera al discurso social, que referirse al sujeto como: Otro en mí (atreimiento de Levinas). Una práctica de subjetivación que no se promueve en los semblantes de la cultura que apelan por una autodeterminación subjetiva, se mantendría en sospecha frente a una pantalla virtual de la diferencia. Esta advertencia en Lacan, ya se señalaba en medio de lo que se creía imperaría como imágenes tele-mediáticas, a las que el sujeto se alienaría para no saber de su herida; es decir, se sumiría a la tiranía de una imagen totalizante que succionaría su otredad, haciendo máscara en la segregación de lo otro.

¿De qué manera nos conforma el Otro? Lo que el Otro dona es justamente una herida, saber del Otro es saberse ya herido.

El sujeto (Otro en mí), ya está habitado por una diferencia ilegible, la del Otro; es decir, el sujeto ya está desbordado en su mismidad, asistido en su propia extrañeza. La aceptación del otro no es solo un valor jurídico-moral dentro de lo que hará margen en el lazo social, el Otro es un estado de subjetivación, donde de lo que hay que hablar es de sus lógicas de posición, de sus impases, de sus remiendos, de sus artes y artificios, y de la ética que conlleva el saber “Lo insoportable de la levedad del ser” (título de un libro del escritor Kundera, 1986)

Esto designa una clara, pero a la vez extraña condición para el sujeto: El solo puede hallarse en el Otro; la mirada y la voz del Otro, es el campo de subjetivación del sujeto, pero el otro solo puede ofrecer una pequeña señal de sí; en tanto éste en su deseo es imprevisible.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Hablar de subjetividad en psicoanálisis, es hablar de la dimensión de lo otro como campo de subjetivación, mostrando que el tránsito hacia el otro es de por sí fallido, lo que produce el vértigo de una diferencia que puede saberse intolerable.

El Otro es inaprensible, ausencia y presencia ¿A caso lo que subyace como violencias inherentes a la convivencia humana, no es precisamente que la relación con el semejante puede tornarse mortífera? Y más aún, si el otro es el más amado, como se revela al observar la magnitud de los actos maltratantes en el malentendido familiar, ahí en ese territorio donde se modernizan permanentemente las prácticas de sujeción al otro, donde lo insoportable del desencuentro despierta los signos de una violencia sin límite; en tanto, aquello que se desborda en la escena familiar es el lugar donde el sujeto se desconoce, pero para reconocerse en el otro de manera fatal. Aquello que se soporta como violencia en el drama familiar es un pacto con el deseo del otro, cuya característica justamente, es que es un pacto no dicho más, se encuentra instituido desde el inconsciente como ley, en un punto cuyo límite insita en acto a la disolución subjetiva del lado del goce, pues la ley incorpora su propio desgarramiento. Esta última afirmación nos la aclara Milmaniene (1995), cuando dice: “El superyó ordena incesantemente, arroja al sujeto a actuaciones que no hacen sino incrementar la culpa, la cual siempre anuda un goce en su constante repetición” (p. 61).

El otro es ley, pero en la proximidad de su palabra, en aquello de su decir que le constituye otra intimidad para no verse desbordado en la fatalidad que a el mismo lo conforma. El sujeto no sólo desea, sino que además, se interesa

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

por el goce a través de su sufrimiento, donde el otro hace telón de algo insoportable que lo lleva a desconocerse en lo siniestro.

Esto es justamente lo que se puede entrever en las prácticas maltratantes dentro del vínculo familiar; el hogar es un escenario donde las palabras mueren a merced de un conjunto de relaciones, donde lo que prima es un circuito de goces fallidos.

La huella material del Otro, el rastro del que pasa, marca el tránsito de una violencia escrita en los pliegues del cuerpo.

Así, se sostiene que antes que especificar una situación familiar, se debe nombrar aquellas violencias que en intimación con el otro, hacen margen en la manera de desear y gozar de un sujeto, pues el otro en la novela familiar, aparece con su deseo como interrupción de lo que en lo imaginario hace lazo con el semejante, el otro aparece desde la ley o el sacrificio.

En muchas situaciones, aquel que nos escribe puede aparecer como la huella a flor de piel y al mismo tiempo secreta, de una violencia del otro que no supo donar su palabra sino sus marcas de goce, instaurándose en un desarraigo aniquilante, al servicio de lo que aquí se quiere precisar como subjetividad maltratante.

De la Castración y la Alteridad Femenina

La feminidad y las operaciones simbólicas en la reflexión freudiana

Hasta aquí se ha planteado, a la luz de esa doble implicación del síntoma, en la que el sujeto no sólo se debate con su saber inconsciente, sino además con lo que lo desborda desde esa falla estructural del lenguaje, donde no logra representarse, que el sujeto no sólo viene a ser reconocido, sino sobre todo a

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

ser interpelado; es decir, a confrontar y a ser confrontado en la ley que lo nombra: *¡Dime entonces tú, si puedes decirlo, que es lo que soy... y sabrás también de lo imposible que te habita!*

El sujeto convoca esa ley primigenia para exponerse con su queja o afirmación, o mejor para afirmarse en su queja que siempre es dirigida a otro, pero ese otro que como ley nos marca en los pliegues del cuerpo no tiene apellido ni nombre, pues es precisamente desde el derrumbe del nombre propio que nos trasciende en el cuerpo como escritura.

No es desde el conjunto que lo identifica que el otro nos habita, sino por un lado, desde la exclusión de la verdad de su deseo; y por otro, desde una fuerza de fuga que lo lleva a desconocerse como lugar de ley, es decir desde el interés de huida del sujeto por el impase del lenguaje.

Entonces, el sujeto resulta del impase del Otro y es precisamente aquí que el Otro es el lugar donde el sujeto puede subjetivar su posición frente a la falta que le constituye y la ley que lo convoca

¿Cómo nos conforma la huella material del Otro? Como peregrinaje del deseo diseminado en el vacío de las palabras que me fueron lanzadas para escribir en mi cuerpo.

Por otro lado, se ha mencionado que la palabra no sólo representa al sujeto sino que además lo desborda, lo traiciona y lo delata, en tanto éste no es autor de su decir, sino efecto de ese decir; hablar es un riesgo que corremos siempre en el borde de desfallecer o recobrar el aliento frente al otro; la palabra subsiste como emergencia dialéctica en relación a la manera de desear y gozar del sujeto, y como efecto de una violencia originaria fundante, desde la cual ha sido

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

lanzado para hacerse a su lengua. Dicho de otro modo, es en la palabra que el sujeto puede subjetivar su sufrimiento, el cual está atravesado por el enigma de su deseo y el interés de alcanzar algún tipo de goce en la vía de mantenerse en su malestar; el goce y el deseo son dos movimientos que constituyen al ser que habla y que logran anudarse dialécticamente en el movimiento de la palabra, que le hace puente para sí mismo en la emergencia de renovar su pacto constante con el gran Otro de la cultura y el lenguaje.

Entonces, el desciframiento del síntoma se trataría de cómo el sujeto se hace a su decir y cómo el que dice se debate con su goce. Sin embargo, ¿Cómo aproximarnos al síntoma maltratante de una madre, donde su pregunta no dicha por su ser de mujer, acontece como despliegue de una violencia íntima contra sus hijas y cuyo decir, al convocar la escucha de su sufrimiento, es justamente lo que la abre a la pregunta por el extravío de su feminidad?, ¿Cuánto ha de navegar una mujer, para hacerse a su palabra a costa de toparse con lo imposible de encontrar respuesta en el Otro para su ser femenino?, ¿De qué violencia orgánica, subterránea, resulta la palabra de Sara?, ¿Cómo Sara se debate con su decir, el cual lleva el signo de su travesía y extravío?

Es aquí donde se hace necesario examinar más a fondo el lugar de estudio y reflexión que ocupa en el campo del psicoanálisis la feminidad y su implicación a la hora de abordar el síntoma de un sujeto que deviene en mujer.

Sabiendo de antemano que en el corazón de esta investigación está aquella herida de una mujer que viene a ser herejía en el lenguaje, abordaremos este capítulo en torno a la castración femenina; es decir, de aquello que viene a

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

fundar su falta, y desde la cual heredara su manera de desear y gozar. De la castración femenina se mencionará las posibles vías en las que ella asume su diferencia, de donde devendrá la pregunta por su feminidad; pregunta que en la reflexión lacaneana, no se agota en la promesa de ser ella, vía la maternidad; ser madre o ser mujer deseada por otro, son dos deseos que no suelen corresponder armónicamente, pues no acontecen desde el mismo lugar y trama significativa. Inscribirse en el lugar de la falta y asumirse como diferencia de otro, tejerá en ella la manera de habitar su cuerpo, de verse en él, al igual que su manera de hacer pacto para existir en el orden de las palabras.

Inicialmente abordaremos el contexto en el que Freud se refiere a la sexualidad femenina y los interrogantes que deja abiertos.

La feminidad no fue el centro de la reflexión Freudiana, sin embargo era inevitable que a medida que se desentrañaran los procesos anímicos, apareciera el enigma de otra gramática en el inconsciente. Apariciones de otro gesto, de otro rostro, de otra piel, se precipitarían al momento en que el Psicoanálisis interrogara la fragilidad de la razón instrumental de la época, donde además la historia legitimara el ser mujer sólo alrededor de la escena familiar. Mas, entre los lapsus de la época, el síntoma femenino vendría a interrumpir, incluso el desarrollo mismo del psicoanálisis; de igual manera a movilizar su investigación.

Freud, cuyo rigor metodológico lo lanzó más allá de sus propios prejuicios, no construyó un nuevo discurso sobre la sexualidad, ni menos sobre la sexualidad femenina; lo que hizo fue abrir campo a la pregunta en la que el sujeto se interrogara por su subjetividad y en el momento en que el discurso de

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

la ciencia, merced a su invasión tecnológica, pretendiera desposeer lo humano del decir de su verdad. Es decir, lo que inauguraría Freud sería el campo de una nueva ética, ética con aquello que desborda la palabra del sujeto y que lo liga a una pregunta por su existencia.

Aquellos lenguajes no dichos emergerían de lo subterráneo del sujeto, hablando de su exclusión más radical: la del deseo, y ahí el psicoanálisis funda una ética propia con aquello de incierto que desborda al sujeto y con la extrañeza que le produce estar habitado desde el lugar del inconsciente por un otro. Así, el cuerpo de la histeria aparecería como una insurgencia psicosomática del deseo, para reclamar un lugar distinto, el de la palabra. Cuando el síntoma de la histeria habla, emerge un decir femenino más allá de su silencio doméstico, que habla de un deseo singular; otra sería la mujer que asomaría indiscretamente balbuceando su fuerza anómala. Cuando se fórmula, el síntoma habla y debe ser escuchado, nace el psicoanálisis como un saber también a balbucear, pues es gracias a la interrupción que viene a ser el síntoma, en el orden del discurso, que se posibilita el tiempo para vérselas con lo indecible. Donde falla el discurso del sujeto, el Otro del inconsciente asoma.

Estructurar algo acerca de la sexualidad femenina ha sido igualmente dispendioso en el desarrollo del psicoanálisis, Freud nos da elementos importantes de ella tardíamente y a través de hipótesis en las que él mismo deja abierta la duda; no fue algo que se resolviera en su investigación con el estudio de las primeras tesis de la sexualidad infantil, de hecho, tan solo hasta 1.920 en una nota agregada a *Los tres ensayos para una teoría sexual* (1905), reconocería más decididamente la existencia de un complejo de castración

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

también en la niña, pero ¿Castrada de qué, sino tiene en lo real nada que perder?, ¿Qué abandona ella?, ¿Qué sacrifica?

Y aquí el alcance freudiano permite diferenciar el órgano (pené) de su dimensión simbólica (falo). La amenaza de castración recae sobre el orden simbólico, porque esta presente en el psiquismo como una ausencia; aparece como símbolo porque es precisamente lo que no se tiene, es decir la castración opera para fundar la falta; el falo es el significante de la falta que atraviesa el psiquismo y alrededor del cual se estructura.

Esto opera tanto para el hombre como para la mujer, se tiene el órgano pero no el falo; en lo imaginario el sujeto cree tenerlo o no tenerlo, pero en lo simbólico es una carencia estructural (García, 2000).

Sobre la cuestión del falo como significante de la falta, se profundizará más adelante, cuando insistamos en aquella dialéctica de ausencia y presencia que es inherente al lenguaje y con el que el ser femenino deberá pactar su existir en el orden de las palabras, a sabiendas de que no hay nada propio en él que la represente. Antes avanzaremos un poco más, en la reflexión freudiana acerca de la castración femenina.

En un primer periodo de la investigación psicoanalítica, se había inscrito el desarrollo psicosexual de la niña en relación a un paralelismo con el niño, se presentía de algún modo cierta asimetría, pero aún no se podía formular ni esclarecer.

Ese paralelismo inicialmente consistía, en que tanto la niña como el niño mantenían un periodo donde su sexualidad, se caracterizaba por ser autoerótica, es decir donde no se necesita de un otro para satisfacerse, por lo

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

tanto había de suponer que subsiste en su desarrollo un movimiento en que la pulsión sexual logra captarse en el campo del Otro; búsqueda del goce perdido en el campo del Otro.

Esto significaba que la elección de objeto en el sujeto es posterior a su inscripción como tal, pero además que la identidad sexual es una adquisición tardía, no dada primariamente sino construida en la historia de cada sujeto.

Entonces ¿Qué hace que un sujeto se asuma como hombre o mujer? Esa ya era una incertidumbre difícil de afrontar, pues, estaba implícito que la diferencia de los sexos no era definida por su inscripción anatómica, surgía un nuevo ordenamiento donde la anatomía no lograba su destino; esas primeras tesis, fueron arrojadas no sin desconcierto; Freud (1905), hablaba de la vivencia profundamente erótica del niño y la niña, en el momento en que la novela familiar de la época, asistida por el conjunto de instituciones morales, jurídicas y académicas, expiaban sus aberraciones sexuales alrededor del mito de una infancia asexual. Desmitificar aquella erótica de la escena familiar, permitió abrir un nuevo territorio para que el decir femenino lograra escenificarse bajo palabra.

Freud (1908), sostenía que en la niña existía un equivalente de igual estatuto que el pene, pues anterior a la diferencia de los sexos existe en el universo infantil el supuesto de que todos lo tienen (teoría infantil del universal del pene). El clítoris, como equivalente del pene, es el primer referente que le permite a la niña inscribir su sexualidad en lo simbólico, el cual dice por su presencia en lo real, de un goce de orden fálico en la prehistoria de toda mujer;

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

goce que en la niña, según Freud (1931), exigía un sacrificio, pues este debía ser reprimido como condición para acceder posteriormente a la feminidad.

En muchos de los escritos posteriores a 1.924, se reconoce la insuficiencia teórica existente hasta el momento para comprender la sexualidad femenina, pues había sido una constante considerar el desarrollo psicosexual de la niña en relación al varón, pero en dicha lógica lo enigmático de la mujer se hacía más denso y cosa intransitable; por ejemplo, cuando se formula el complejo de Edipo, siguiendo esa misma lógica, se sostiene que tanto el niño como la niña atraviesa por el complejo de Edipo, donde se deriva que el apego de los primeros deseos amorosos se dirigen hacia el progenitor del sexo opuesto y la rivalidad hacia el otro miembro de la pareja parental.

Pero lo que viene a encontrar Freud (1925), es que el primer objeto amoroso para la niña fue la madre y no el padre, “el niño se mantiene en ese primer objeto amoroso, ¿Pero cómo llega la niña a resignarlo y a tomar luego al padre por objeto?” (Freud, 1996a /1925, p. 2899). La masturbación clitoridiana, que se afirma en la etapa fálica, donde la libido anteriormente ligada a las pulsiones parciales, tienden a organizarse alrededor de la primacía genital, es evocador del signo de una posición erótica viril y hacia el vínculo materno, evocación de un tiempo lógico, donde ella estaba más interesada en colmar a la madre identificándose, al igual que el niño, con el falo que a ella le falta (García, 2000).

La niña delira en los desplazamientos eróticos que ella le a inscrito a través de sus cuidados, pero con el deseo de corresponderle desde una posición viril “El objeto primordial de la actividad clitoridiana es la madre, durante la actividad fálica la niña fantasea en la seducción de la madre” (Gaxiola, 2002. p. 33), es lo

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

que se ha llamado el periodo pre-edípico en la niña caracterizado por una profunda ambivalencia de hostilidad y agrado hacia el vínculo materno; así Freud (1915), vislumbraba un tiempo primordial, donde es la “madre quien inhibe o pone en suspenso la sexualidad de la niña” (Gaxiola, 2002. p. 16), es un periodo de intensos despertares pulsionales, gramática primera de su sexualidad a la que posteriormente deberá resignar, y resignificar en el pasaje por la castración hacia una posición femenina.

El acceso a la feminidad parecía ser para la niña más arduo y complejo, por estar llamada a realizar un conjunto de operaciones simbólicas diferentes al niño; además de la renuncia al primer objeto amoroso, le era necesario un cambio de vía sexual y un cambio de zona erógena, se trataba entonces de la renuncia a la posición viril originaria respecto al vínculo materno; el cambio de objeto amoroso, de la madre al padre, y la conquista de una nueva zona de sensibilidad erógena, la vagina, portadora del goce propiamente femenino.

Pero ¿Qué es lo que moviliza estas operaciones simbólicas? Un acontecimiento primordial, el saber de la diferencia, el derrumbe de ese supuesto infantil de que todos lo tienen, el derrumbe de ese engaño fundante. Algo se desprenderá en el sujeto al descubrir que no todos lo tienen; esa verdad que se experimenta, no sin una cuota de desengaño y angustia, tomara como destino plegarse al silencio de cada desencuentro del sujeto, pero además abrirá la dimensión de pérdida simbólica, para que el lugar de la diferencia, sea una indagación permanente al saber inconciente; no se descubre sólo el órgano del otro sexo, también se descubre al Otro, el Otro no sólo vendrá como semblante sino sobretodo como interrupción.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

El descubrimiento de la diferencia, permitirá que la castración opere en el sujeto; en el niño saber que hay otro que no lo tiene promoverá salir de la encrucijada del Edipo, pues esa verdad se traduce en la amenaza mordaz de que él también lo puede perder, entonces él opta por preservar sus genitales antes que mantenerse en su deseo incestuoso, lo cual como resultado le permitirá acceder hacia la identificación con el sexo del padre. En cuanto a la niña, imaginariamente sostendrá la esperanza de que su pene crecerá, pero al darse cuenta de su tragedia, se sentirá herida en su amor propio, instalándose en el pasaje por la envidia del pene, el cual esta acompañado de profundos sentimientos hostiles hacia la madre, a quien reprocha su falta de amor por privarla de algo importante. “El complejo de castración en la niña tiene como función forzarla al complejo de Edipo” (Gaxiola, 2002. p. 6).

Lo anterior, nos permite comprender que aquella hostilidad hacia la madre es anterior al paso por el Edipo, pues surge como efecto de la castración; esto es importante a la hora del desciframiento del síntoma femenino pues, es frecuente encontrar que las demandas de amor en una mujer, no obedezcan en principio a la triangulación edípica, sino a ese desencanto anterior; puede suceder como se suele observar en la experiencia clínica, que una mujer reactualice con su pareja, no el malentendido con el padre, sino su desengaño amoroso con la madre, repitiéndose bajo el signo de una agresión abiertamente declarada con el otro amado, como pedido de cuentas por ese desamparo primario; o en el peor de los casos, algo de la gramática de ese desamparo, suele revelarse en mujeres que hacen de su esposo otro hijo, igualmente con un monto de hostilidad, “esto dejaba en cuestión, para el mismo Freud, la

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

universalidad del postulado según el cual el complejo de Edipo sería el núcleo de las neurosis”(Gaxiola, 2002. p. 35)

Inicialmente, en el universo de la niña, es la madre la que transita como objeto primordial de su deseo, la niña, al igual que el niño, queda sumergida en un juego imaginario de encantamientos y desencantos, por ser el ideal que colmara el deseo de la madre.

La niña se interrogara por los ires y venires de la madre *¿Qué desea ella que sea yo?* Al respecto Lacan (1960), insistirá en que lo que ella desea es una incógnita, incluso para ella misma pues, como sujeto del inconsciente, también está en falta, oscilando al rededor del falo. La niña se identifica con eso que falta a la madre, pero en ese juego imaginario, muchos acontecimientos le harán saber que el deseo de la madre no es incondicional, “le harán saber que la madre esta mirando ha otra parte con su deseo, ella le arrulla, le da seno, pero mirando a otra parte” (Tendlarz, 2002. p.3), esa mirada le hará saber que la madre no es toda para la niña *¿A dónde mira esa madre?* Al horizonte de su deseo y esa es la incógnita no solo para la niña sino para la cultura. Es una mirada atravesada por una ley primigenia que inscribió su falta en su paso por la castración, es la aparición de la metáfora paterna, que como ley, le hace saber que su hijo tampoco es el falo prometido.

Entonces a la pregunta *¿Qué soy para tí?* que le dirige su hijo, ella tampoco podrá responderle, solo con señales a medias. La pregunta por el amor de los padres es estructural, una incertidumbre constante en la vida anímica del niño, y con la que cada sujeto se debate profundamente a solas, y sin salir completamente bien librados. En muchos casos vemos como el sujeto insiste

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

en identificarse con lo que le falta a ese otro primordial, como una manera de responder a la incertidumbre que el otro le produce. El tejido significativo hace de la madre una matriz lingüística, donde a bien o a mal, el niño busca orientarse, de ahí que un hijo pueda identificarse como objeto de amor u objeto de maltrato frente a ese Otro primordial.

La niña también se encuentra en esa posición de ser lo que le falta a la madre, pero al saber de que ella la ha privado de algo importante, su desengaño se sentirá hasta el punto de no resignarlo, ofreciendo su ser, a pesar de la pérdida, a una identificación ansiosa con los semblantes fálicos, ella persiste en buscarlo, en seguir siendo el falo de otro, en no resignarse a la exclusión de ese lugar que antes ocupaba.

Pero algo ocurrirá en ella que se sumará a sus primeros desencantos: descubre que la madre también está castrada, ella tampoco lo tiene, el que lo tiene es el padre, pero no es simplemente que la niña se dirige al padre a buscar lo perdido; lo que le produce virar hacia la figura paterna, es ese monto de horror que trae el enfrentarse a la castración de la madre; se va hacia el padre, pero para no verse en esa angustia mordaz. “Cuando la niña asume que el otro materno está castrado y ella también lo está, resignifica esas aspiraciones sádico-anales bajo la expresión de culpa por el deseo incestuoso de la madre” (Gaxiola, 2002, p. 11)

Entonces, la envidia del pene viene a configurar una posición fantasmática que reactiva las pulsiones sádicas hacia el otro materno, donde todas las pérdidas anteriores, seno, heces, tienden a resignificarse. Y eso que

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

emerge como pasión sádica hacia la figura materna, le hace vivir la falta como una desventura, como una mutilación psíquica, como una pérdida de ser amada.

Desde Freud se sabe que ser mujer no corresponde a no tener pene, no es suficiente decirse mujer ubicándose del lado de los sujetos que no lo tienen, por eso ella se lanza a la búsqueda de algo que le diga que es ser mujer, dirigiendo su mirada al padre. Gaxiola (2002) afirma:

“Este viraje hacia el padre no está exento de la culpa originaria de la fase pre-edípica de la mujer, donde se establecieron las mociones sádico activas hacia la madre, las que son subrogadas por aspiraciones libidinales de metas pasivas; así, ante el ni tú me lo das, ni yo lo tengo de la madre, en su imposibilidad de satisfacer las aspiraciones activas de la niña, ésta asume una posición pasiva frente al padre” (p. 12).

El padre desde su función permitirá el pase para que la niña trasmute su deseo de ser el falo, al deseo de tenerlo (García, 2001), pasar al anhelo de alojarlo y de girar en torno a la producción de sus semblantes; es decir, de gozar en la actuación del coito con el padre. El padre para ser función simbólica deberá dar su castración, permitiéndole saber que él también está en falta, que él sólo es un representante de la ley que el mismo padece. Así su deseo de tener el falo persistirá bajo la ilusión de tener un hijo de él y aquí la ley de prohibición del incesto operara para que esa herencia en el deseo se sostenga como una promesa de hijo, pero ya no del padre, sino para encontrarlo en un lugar distinto, el efecto es siempre una lógica de expulsión. *Lo que tú buscas, lo encontrarás fuera de aquí.*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

La castración en la niña produce un desplazamiento, una migración de signos frente a eso perdido, inicialmente es ella la que está en un tiempo de movilidad siniestra en la relación imaginaria con el otro, atrapada en la lógica de ser el falo, de completar la falta del Otro. Es una relación profundamente compleja, pues inicialmente ninguno de los dos tolera la falta, dando pie a ese encierro imaginario de dos que se aman hasta el punto de destrozarse sino viene un tercero a romper esa ilusión de querer ser uno con el otro.

El drama amoroso puede hablar de esa posición, en la que el sujeto se ofrece como objeto de goce de otro, para ser uno con él, pero al tiempo de caer en una demanda repetitiva e insaciable de amor que conduce a una voracidad riesgosa del otro; muchos rostros de la violencia doméstica asoman en esta lógica, encontrando su mayor justificación en el amor.

No hay desprendimiento voluntario de ese ser amado, debe venir una voz de afuera que hable de la falta de los dos (madre-hijo), para no quedar sustraído sólo a un juego siniestro de espejo; Palacios, (2000) planteará en este sentido: “se ama para no saber”, para no saber de lo que existe afuera a pesar de dos, para no saber que el amor es una suerte de desencuentro, un repetitivo adiós.

Ese movimiento de ausencia y presencia del Otro primordial, permite el ingreso al lenguaje, es la ausencia de lo que se ama, lo que nos adentra al orden de las palabras (Zuleta, 1985), pero no es suficiente que algo que se ame esté o no esté para acceder a lo simbólico, hace falta además, la palabra del padre que es quien sacará a la niña de esa correspondencia imaginaria, para que adquiera una posición distinta frente a lo perdido: pasar de pretender ser el falo a desear tenerlo, pasar del yo ideal que sostiene la relación pre-

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

edípica con la madre, al ideal del yo donde se acepta el reconocimiento del lugar del Otro, en tanto le sirve como soporte de identificación, “tratar de obtener lo que no se tiene por la vía de la identificación, ser como otro que porta algo que a mí me falta” (García, 2000, p.18). Es en el pase de lo imaginario a lo simbólico que se sostiene uno de los principales hallazgos freudianos: El movimiento de la identificación consiste en la búsqueda en el otro de lo que no se tiene, y es una respuesta subjetiva por la cual la angustia de castración encuentra curso.

El deseo de hijo del padre y de alojar el pene en el coito propicia el descubrimiento paulatino del órgano portador del goce propiamente femenino. El desplazamiento del clítoris a la vagina, no es simplemente un cambio de zona erógena, lo que se da fundamentalmente es una migración de signos, donde la demanda de amor hacia el otro se inscribe en una nueva gramática deseante, pasar de verse angustiadamente plana a verse en la profundidad de su ser. El descubrimiento de la vagina es un destino lingüístico que la hace a ella hablar en el límite con lo innombrable, en una lógica estremecida en las primeras soledades que recorrieron su cuerpo.

Freud (1931), precisó que una mujer ante el descubrimiento de la diferencia puede optar y posesionarse en su falta en tres vías fundamentales, en tres lógicas que encierran una organización deseante.

Posiciones subjetivas frente a la falta

Se reconocen tres posiciones diferentes frente a la falta: En la primera, la mujer renuncia a saber de eso que la hizo verse en falta *ni lo tengo ni lo soy, ni*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

lo quiero recibir, posición de la cual deriva un distanciamiento e inhibición al goce sexual.

No convoca al otro sexo para el deseo ni el encuentro amoroso, pues eso es algo que ella evita para no volverse a encontrar con ese hecho doloroso, donde la diferencia con el otro sexo ha sido atribuida, no como una herida que esta aflorando en su vida, sino como una herida ya clausurada herméticamente. Sabe que hay hombres y mujeres, pero en su deseo prefiere mantenerse lejos de esa confrontación, en un lugar distante que la salve de ese enfrentamiento para no saber de esa ausencia de otro que recorre su piel; pero aún así su cuerpo puede estar habitado de remolinos, donde la falta de otro empieza a recorrerla de manera fantasmática.

También puede ser madre, pero con el precio de lo terrorífico de experimentar el encuentro sexual con el otro y vivir al hijo como un extraño, en tanto él al cobrar un valor fálico, la rompe en una completa extrañeza de no saber que es eso que aloja. También puede sustituir el deseo de ser madre de un hijo del hombre al que ella puede amar, ubicándose, subjetivamente, como la madre de todos, curiosamente para que el vínculo con el otro semejante sea posible en un mundo desexualizado.

En la segunda vía, ella no se resigna a la pérdida y busca repararse manteniéndose en sus aspiraciones activas, que la sostienen en la esperanza de ser varón, *sé que no lo tengo, pero puedo llegar a tenerlo*.

El otro sólo es convocado para competir en los semblantes fálicos, incluso con la aspiración inconciente de castigar al hombre. Reniega de toda posición femenina, pues toda situación de desventaja y preferencia contraria le

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

incomoda; el otro sólo cobra sentido como objeto de deseo, en tanto acepte ser denigrado y la eleve en su valor fálico.

No necesita de un hombre para que la signifique como mujer, sino para usurparle su lugar

¿Dónde se pregunta ella por su feminidad? No en el encuentro con un hombre, sino en el derrumbamiento de los semblantes fálicos que la sostienen (Gallano, 2000), ella no es sensible a lo que el hombre le ofrece, la infidelidad no produce la agudeza de un desamor, lo que interesa es sentirse como la elegida; desde esta posición ella puede estar más interesada en cumplir con el ideal de los padres, pero cuando no cumplen con esos ideales, ese desinterés por el amor empieza a enfermarlas, pues a la caída de sus ambiciones, algo ya no es capaz de sostenerla (Gallano, 2000).

Una manifestación clínica reconocible es la depresión de las mujeres que se han procurado éxito en cumplir estos ideales, *he corrido tanto, tratando de ser la mejor para los demás... y ahora todo se evapora... siempre detrás de un imposible y ahora me encuentro ignorando todo sobre el amor*, y ese no saber que es amar, es lo que se produce en el extrañamiento que ella siente de su propio cuerpo. Así, ante la depresión de el *no soy, lo que el otro ha esperado de mí*, aparece la voz y la mirada severa que viene a pedir cuentas en una vertiente persecutoria del deseo.

La tercera, es la vertiente por la que Freud pensó que el extravío de la feminidad encontraría un curso y un destino; es la inversión del deseo de encontrarlo, a la posición subjetiva de recibirlo de otro, *no lo tengo, pero lo puedo recibir de otro que si lo tiene*.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Acepta no tenerlo, pero con la promesa de recibirlo luego, que por efecto de la ley, se traduce en el deseo de tener un hijo de un hombre diferente al padre. El otro se constituye en una posibilidad real de deseo, pues espera recibir de él algo que ella no tiene; ya no se trata de ser lo que el otro posee, sino de posicionarse en la lógica del don, para devenir interés en el despertar por el deseo de un hombre.

En Freud (1931), este era el alcance propiamente femenino, desear tener un hijo del hombre al que ella pueda amar desde su falta, bajo la promesa de ser ella en una nueva significación: ser madre.

¿Pero donde ella se pregunta por su feminidad? Cuando se da cuenta que su maternidad no la colma, no agota todo su ser, pues ella desea algo más.

La ecuación pene-hijo franquea y nuevamente la castración aparece para hacerle saber que su hijo no la completará, que no es el falo prometido; por lo tanto, debe dejarlo ser, sacándolo de esa relación puramente imaginaria.

Sabemos de ese franqueamiento de la ecuación pene-hijo, cuando ella desea un hijo, pero no de un hombre cualquiera, si no de el que está andando en la razón de su deseo; el hijo tienen sentido en tanto es hijo del hombre al que ella cree amar, pero si la madre se mantiene en la ilusión de complitud con su hijo, su posición obedecerá a su goce devorador. La clínica revela la posición subjetiva de muchas madres que no necesitan de un hombre para amar, sino simplemente para que les haga un hijo, puede suceder por ejemplo, que una mujer después de tener su primer hijo, desertice al esposo o al compañero, pues ya no lo necesita, pues cree tener lo prometido. Podemos decir que enfrentarse a la presencia de un hijo, revela en los ojos de la madre la

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

distancia de una doble renuncia, distancia necesaria para que su hijo nazca en la palabra.

La madre que se ha subjetivado en su castración, es una mujer habitada pero no colmada, es una mujer habitada pero sabedora del vacío.

En síntesis, el tránsito por estas operaciones simbólicas, movilizadas por el encuentro con la diferencia sexual anatómica, es lo que produce en una mujer un posicionamiento de cara a su falta, y aceptar o no aceptar la falta y la forma como lo vivencie la niña, es lo que se denomina complejo de castración.

No obstante, se hace necesario profundizar un poco más en la diferencia, como un punto clave para abordar las fórmulas de la sexuación en la enseñanza de Lacan y en relación a la feminidad.

Mujer herida en su diferencia

Lo que Freud exponía en estudios posteriores a 1924, es que la niña y el niño pasan por el Edipo, el complejo de castración y la organización fálica, pero se desarrollan, en uno y en otro, por vías distintas.

Así, la disimetría del niño y la niña acontece en el orden simbólico, pues ese encuentro del sujeto con la diferencia sexual, es interpretado de manera distinta de acuerdo a su lugar atribuido por el otro desde lo real de su cuerpo; para Freud, eso real del cuerpo, que habla de lo que se espera que el sujeto sea, interviene en su desarrollo posterior, pero no es exclusivamente eso real, lo que hará destino en el plano de lo psíquico, sino la diferencia que insta en el sujeto, el saber que el mundo se ha dividido entre los que lo tienen y no lo tienen. “El sujeto en principio ignora la diferencia sexual; por lo tanto, aún no puede asumir una posición sexual, sólo cuando la descubre en el transcurso de

la castración, puede comenzar a asumir una posición sexuada” (Evans, 1997 p. 72).

Lo anterior, permite comprender que el falo no es el significante que da la identidad sexual, sino es el significante que da la diferencia, en tanto es el que habla de la distancia de cada sujeto para responder al falo no poseído e inscrito en el inconsciente como pérdida, ser hombre o ser mujer son maneras de responder a esa diferencia. “La función del falo, no es una función de identificación sexual, éste sólo define la diferencia a las que se somete la relación entre los sexos, sólo se puede hablar de la identidad sexual, situada a como asumir la diferencia” (Gallano, 2000 p. 39).

Frida Saal (1989), sintetiza muy bien esto parafraseando una frase bíblica, dice: “Dios los creó, ni hombre, ni mujer, pero distintos uno y otro” (p. 148). Ahora bien, la diferencia deviene en falta para el sujeto, al momento que lleve implícita la experiencia de la castración, que opera, fundamentalmente, como una pérdida de goce; siguiendo a Lacan, Gallano (2000), afirma: “La castración es la ecuación entre pérdida de goce y la falta del sujeto es una renuncia al valor de uso del órgano” (p. 42). Es un tiempo lógico, en el cual el sujeto es impedido de inscribirse como uno junto al falo, estar castrado es ubicarse como menos uno en relación a él (un menos de goce); es decir, es lo que impide que el sujeto se aliene, determinadamente, en la fatalidad de su complitud, la cual debe instalarse sólo como horizonte fantasmático que guía el deseo del sujeto, pero estructuralmente inalcanzable. Se trata de que el sujeto se libere de esa aspiración fatal de complitud, al creer ser él el falo y no diferenciarse de él; si no se esta diferenciado, no se existe, y eso es lo que hace la castración; permite la

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

diferencia, sacando al sujeto de la posición de ser objeto de goce de otro, para pasar a ser sujeto deseante.

Aquella invalidez primaria del sujeto frente al otro, le hace ofrecerse como objeto de goce; que él nazca en la palabra como una voz distinta, dependerá de la castración de los padres, la cual garantiza la no posesión total del otro, en tanto la castración puede leerse además, al hacer posible la diferencia, como un sacrificio del goce devorador de toda alteridad, del goce que se ahorra la angustia de saber de la diferencia.

El hijo viene a hacer evidente la falta de los padres; cómo ellos hayan subjetivado esa falta, permitirá que él pueda existir como lenguaje distinto a ellos; en los enunciados “quiero que sea como yo”, “que no cometa los mismos errores”, “que tenga lo que yo no tuve”, “que no me decepcione”, se anidan muchas fantasías devoradoras a merced del goce de los padres hacia los hijos, en tanto aquella pasión de devorar, se resuelve en una identificación total con el otro por la vía de su incorporación; de ahí que sea posible hablar de una clínica del que ha sido incorporado por la voz de otro, merced a la búsqueda de un goce absoluto de una pasión canibalesca. Al respecto se profundizará en el último capítulo, en el que se precisará un poco más sobre el estar atravesado por el deseo del otro o ser objeto de su goce. Estar como un menos de goce, frente al uno fálico, es lo que hace que la identidad sexual se juegue constantemente en el campo del Otro; no es una identidad que asegure el devenir del sujeto, sino una indagación permanente en el terreno de lo que el otro sexo, desde su deseo, le hace saber de sí (Evans, 1997); de hecho, el efecto de la castración es además, que la identidad del sujeto sea

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

profundamente inestable, una edificación frágil, como un castillo de naipes en medio de terreno sísmico, esa es la realidad del sujeto, arena movediza, pues como ya se ha mencionado, no hay significante alguno que pueda dar cuenta del ser propio; es en el derrumbe de la identidad donde se renueva insistentemente la pregunta ¿Quién soy? En el lenguaje no hay nada que permita ahorrarse esa pregunta, nada que asegure la adición total a una identidad, dicha pretensión sólo puede subsistir en la producción fantasmática del sujeto, alusiva más al movimiento de permanencia paranoica del yo.

Lo asombroso es que la castración rasga la identidad del individuo, pues el orden de la diferencia le habita, éste no yace fuera de él, *el sujeto es: Otro en mí* (atrevimiento de Levinas, 1978).

Si la posición sexual es una constante pregunta al otro, podemos seguir parafraseando, Dios los creó... ¿hombre?... ¿mujer? Esto designa que hay algo en el sujeto que no se consuela con saberse hombre o mujer por regla genérica; Saal (1989), pensando si lo femenino y lo masculino es contingente y cambiante a lo largo de la historia y las culturas, se pregunta: ¿Qué es lo que conserva un carácter estructural? Y concluye: “Es la diferencia de los sexos, que es una diferencia significativa en tanto el falo es el lugar de la represión imaginaria, tachadura que funda el sujeto diferenciándolo del otro, promovido a objeto de deseo ya y de siempre perdido” (p. 149).

Es a la diferencia a la cual se responde con un síntoma, justamente ahí, donde la historia no se detendría sino para declarar otra guerra, quizás por eso Lacan, se referirá al síntoma como la única política del psicoanálisis.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

La diferencia radical del sujeto es el síntoma, es el lugar desde donde cada cual se repite tratando de alcanzar lo imposible, que no es común a todos, es la ruta, la letra que dibuja en sus búsquedas y donde es posible movilizar un tiempo singular. El síntoma es una falla en el ejercicio del poder de todo sujeto.

El falo, es curiosamente la pérdida de lo que nunca se ha tenido, esto sólo es posible en los ires y venires de lo imaginario a lo simbólico, lo que hace además que nunca este donde se le busca, en eso consiste que sea una falta estructural. La falta define un lugar posible para que el otro, en su ausencia, sea nombrado, para que el deseo hable de esa distancia siempre en la ausencia del otro; el Otro es fundamentalmente ausencia, de ahí la posibilidad ética, en tanto el otro en su alteridad, evoca siempre la castración, la falta; por eso encontrarse con el Otro es saberse ya herido. (Lo simbólico es que se pueda nombrar lo ausente, y eso tiene un compromiso ético).

Avanzando en la reflexión lacaniana acerca de la diferencia, como pase necesario para precisar, un poco más, sobre la castración femenina, se ha de afirmar que el falo no da la asunción del sexo, precisamente porque lo que pone de manifiesto es que la relación sexual falla; este planteamiento puede considerarse en una misma vía análoga, cuando se menciona que el psicoanálisis a partir de Lacan no constituye una teoría del lenguaje, como un estudio forzosamente arrimado a las premisas de las que se ocuparía la lingüística; por el contrario, pone acento ahí donde todo discurso falla, pese a las leyes que se han considerado inherentes a los campos asociativos del lenguaje.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Es análogo porque lo que falla en la relación sexual, dice de lo que falla por estructura en el inconsciente como discurso de Otro.

En el corazón del lenguaje hay una carencia, falta algo que debería estar y no aparece, falta el significante del otro sexo; lo dramático del asunto, es el resultado de que en el inconsciente no hay cópula de significantes entre uno masculino y otro femenino; es decir, solo a través de la significación fálica, el sujeto accede a alguna posibilidad de goce, pero fundamentalmente como un goce en el terreno del desgarramiento del sentido, pues el falo por sí mismo no lo tiene, falta es el otro significante que pueda dárselo (Gallano, 2000); entonces lo que acontece, es el movimiento loco de un uno (falo) que está sólo y que no puede encontrarse en la cópula con el Otro. En esto consiste lo inconsciente, en el temblor del habla de cara al agujero que aparece en el lugar del Otro.

Entonces la formulación lacaniana es que a nivel del inconsciente la relación sexual no existe, esto nos remite a la constante insistencia en la reflexión freudiana, donde la libido sexual es principalmente masculina, o dicho de otra manera, la pulsión sexual, tanto para el hombre y la mujer, es de carácter fálico. En esto consiste el llamado falocentrismo freudiano: el goce sexual en el inconsciente es fálico, no hay dos sexos, solo hay uno en relación con el goce fálico (Gallano, 2000).

Freud, apelando a la búsqueda de un principio de normalidad, que explicara el fundamento de la sexualidad humana, es decir, de un régimen que desde el deseo sustentara la atracción de los sexos, se muestra en desconcierto para decir que dicho principio no ha sido encontrado por ningún lado, que la pulsión

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

genital no logra dar cuenta de ese impase, pues lo que se sostiene en toda su obra y que aparece inicialmente en los tres ensayos para una teoría sexual, es que no hay objeto genital que corresponda a una pulsión genital (Soler, 2001); claro, esto daba cuenta del desprendimiento del sujeto al orden biológico, pero además, dejaba ya la premisa de esa incomunicación de los sexos. Lacan sintetiza ese balbuceo de Freud al plantear “no hay proporción sexual”; la mujer y el hombre en sus goces no se corresponden, en tanto obedecen al principio caótico de un significante, al que no le queda más remedio que gozar de sí mismo.

¿Pero qué es lo que hace discernible y a la vez accesible ese movimiento caótico en unicidad del goce fálico, para que el sujeto no se destruya de lado del sin sentido? Lo que hace que este goce sea, por así decirlo, vivible, es que al no tener otro con quien copular, no le queda más remedio que copular con la palabra para dar sentido a lo imposible de la relación sexual; entonces se dirá, lo que hace que un hombre y una mujer se atraigan en el terreno del sexo, el amor y el deseo, es un artificio del lenguaje (Lacan, 1973).

Para enfrentarse al encuentro con el otro sexo, el sujeto antes copulará en la palabra; de alguna manera Freud también lo asume así, pues al no encontrar respuesta entre los sexos a nivel pulsional, trata de resolverlo por la vía de las identificaciones edípicas, o sea por la vía del discurso del Otro.

Podemos comprender así ese tránsito inevitable del sujeto hacia el otro que le constituye, pero a la vez le desborda, en tanto al estar sujeto igualmente al lenguaje, es un tránsito por definición fallido; de ahí que éste tampoco pueda

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

responder totalmente a la identidad del sexo de un sujeto y que esta se mantenga como una indagación permanente en el campo del Otro.

Decir que la relación sexual falla, significa que no hay comunión de los sexos. Lacan, (1973), se pregunta, ¿Cómo es ese encuentro de un hombre y una mujer sino buscan lo mismo? y da a entender que se trata fundamentalmente de un desencuentro estructural, pues no hay nada en el lenguaje que pueda resolverlo, no hay algo en el lenguaje que pueda decir como ser hombre para una mujer, y como ser mujer para un hombre; así, esa disimetría vislumbrada desde Freud, en la que el hombre y la mujer en el terreno del deseo son guiados por intereses distintos, empuja el enigma de lo femenino a un más allá del deseo.

En conclusión la diferencia radical del sujeto, hombre o mujer, es con el Otro sexo. “Quien se opone a la cultura es el Otro, siendo el Otro, para cada sexo el otro sexo” (Saal, 1989, p. 156).

Lo masculino y lo femenino, son dos modos distintos de acceder a algo del goce y retornar con alguna ilusión de ser; y en tanto es posición sexual que se asume desde el habla, es mediada por la intersección del fantasma, como un interés del sujeto por alcanzar algo de goce ahí donde no hay otro idéntico. “Femenino o masculino son funciones correlativas a una posición subjetiva frente a la sexualidad, al deseo, al goce y sobretodo al fantasma del sujeto” (Gaxiola, 2002, p. 3).

¿Mujer? (mujer) solo mujer...

¿Mujer? Se habla del sujeto que deviene mujer y no de ella como género, por que lo que aparece como pregunta, logró fundarse como enigma en el

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

orden mismo del lenguaje. Tuvieron que ocurrir muchas cosas en la historia del desencuentro humano para que la mujer pueda existir como pregunta, pues por mucho tiempo ella ocupaba un lugar distinto; aparecía entre paréntesis, como lo que se señalaba sin nombrarse, como la que hacía presencia en el vacío, como lugar de lo siempre no dicho, lugar que al mismo tiempo evocaba lo siniestro de una época; no por más, el cuerpo de la mujer a subsistido como emblema de cierto terror en el imaginario de la cultura. La fotografía familiar en la que la historia pretendía hacer de la mujer semblante legítimo como esposa o como madre, no podía ocultar la soledad de un cuerpo marcado por una ausencia.

Que mujer aparezca hoy entre interrogación y no entre paréntesis, implica una migración de signos, gestos de los que cada una deberá dar cuenta desde su saber para su ser propio, pues estar entre interrogación, le abre en cuerpo y alma a eso que la hace pregunta para sí misma; ella en su intimidad siente que su ser de mujer no se define por la línea que separa los géneros, no se conforma con saberse mujer por regla genérica; lo que la hace indescifrable, es que ella habita como otro del lenguaje, habita en el reverso de las palabras. Ubicarse como pregunta tanto para el discurso social como para sí misma, le exige darse como palabra, pero como palabra que hace herejía en el mismo lenguaje; es decir, ella habita en la palabra para ser testimonio de lo que no puede encontrarse del ser mujer en el lenguaje.

De esto el psicoanálisis puede dar cuenta desde su praxis clínica: *¿Mujer?, ella es ausencia para sí misma.*

Una mujer no posee en el lenguaje algo que la represente, pues por definición, lo que estructura el campo simbólico de la palabra es el falo,

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

potencia de todo significativo, y es lo que ella no tiene, de lo que está privada. Una mujer ingresa a este orden de significaciones que instituye el falo, precisamente, para encontrar que su goce de ser mujer va más allá del lenguaje, pues no hay en él, lugar para eso de su goce que la hace extraña para sí misma. Entonces ¿Qué quiere una mujer? Gallano (2000), ubicándose como Otro del lenguaje, dirá que el encuentro ya no es con la diferencia sexual y el conjunto de identificaciones que le permite a un sujeto asumirse como mujer, sino con una posibilidad de alteridad, de alteridad femenina.

¿Qué quiere una mujer? A esta pregunta el saber psicoanalítico, como cualquier práctica del discurso, sólo puede tratar de bordear, pues hace parte del orden de lo indecible del ser femenino; pero es justamente el ubicar el ser mujer como enigma tanto para el saber, como para ella misma, lo que sustenta su ética, la cual remite al ejercicio de una antropología de la soledad femenina a través del acto de escucha. “De la mujer nada puede decirse, porque esta excluida de la formulación universal (palabra), las mujeres son no todas por que no se puede generalizar un planteamiento sobre su goce, habría que referirse a ellas de una en una” (Lacan, 1973, p. 65)

La clínica psicoanalítica busca que una mujer, al entrar en el dispositivo analítico, pueda encontrarse con eso que la hace extraña a sí misma, y desde ahí invente nuevas maneras de encontrarse en el lenguaje, de inventar una palabra, que le permita pronunciarse a ella misma.

Mujer que habla... en trance

Que ella, como el otro sexo que falta, no aparezca a nivel del significativo, sino como Otro tachado, designa que el lugar de lo femenino será siempre Otro

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

para el inconsciente. Este es el avance en cuanto a la diferencia en la enseñanza de Lacan; no simplemente para decir, la mujer no existe, sino para precisar que ahí donde el lenguaje no logra inscribir lo femenino, algo se hace presente desde un real; la mujer pone en evidencia eso, que existe una presencia ahí donde nada puede nombrarse, donde nada puede decirse; entonces lo que se encuentra en la reflexión lacaniana, es que la mujer está excluida en el orden del discurso, pero está muy presente desde la región del goce que subsiste como real innombrable.

Gallano (2000), lo aclara al plantear: *“no basta con tachar al Otro, con decir que en el inconsciente el Otro sexo está tachado, excluido; pues esto no quiere decir que no exista un real. El problema para el sujeto, es lo que existe en el lugar de la inexistencia del Otro... por que si el Otro no existe, no hay que preocuparse más por él, quedarse con el goce del uno y punto final. ¡Que tranquilidad!, pero no es así, justamente no hay tranquilidad ninguna para el sujeto porque tiene que arreglárselas con lo que existe como alteridad”* (p. 66)

El falo como significante alrededor del cual se estructura el lenguaje inconsciente, dice además del otro sexo que falta, entonces el paso por la castración define la distancia del sujeto con el otro sexo; esa es la principal diferencia que instituye el falo como función; la diferencia de todo sujeto con el Otro femenino. No es sólo por el más menos, en relación al falo, que un sujeto puede decirse hombre o mujer, sino con lo que lo espera del otro lado, en la diferencia que acontece a la hora de relacionarse con el otro sexo que subsiste en lo real del goce y del que nada puede decirse, región siempre de alteridad y fuerza femenina, con la que cada sujeto deberá confrontarse. Dicho de otro

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

modo, lo que distingue a un hombre o a una mujer, es la manera en que cada uno se posiciona a la hora de abordar la alteridad femenina; Gallano (2000), retomando a Lacan, expone: “Hay dos modos de fallar la relación sexual que no existe, dos modos de relacionarse con la alteridad del sexo femenino” (p. 64), esto es lo que prescribe Lacan en las fórmulas de la diferencia sexual del lado del hombre y de la mujer: El Otro femenino, es Otro para ambos, porque es radicalmente Otro para cada sujeto del inconsciente que se subjetiviza en su ausencia.

La pregunta en cuanto a la posición femenina en Freud, estaría ligada igualmente, a la incertidumbre de saber que es lo que define el deseo heterosexual, e intentaría responderla articulando la pulsión al goce fálico; es decir, localizando una zona de goce en la que se subjetivara su existir para otro; pero fue ahí donde no se encontró ninguna correspondencia; los goces del lado del hombre y de la mujer no son complementarios, entonces Lacan(1960), se ubicará desde el otro lado de la razón fálica para balbucear algo sobre el enigma femenino, y desde allá, planteará que la posición heterosexual se define “si existe de lado del sujeto un interés de confrontarse con lo real del otro sexo” (Gallano, 2000, p. 65). Y lo real del otro sexo es el goce Otro femenino, tanto para el hombre como para la mujer; es decir, se habla de un deseo que no se reduce al semblante del todo fálico y empuja al sujeto a un interés por saber que hay del otro lado. Así, una mujer deviene femenino, si en el horizonte de su deseo se agujera la pretensión de recuperar lo perdido, de inscribirse en el todo fálico.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

¿Pero, con qué se confronta el sujeto a lo real del otro sexo? Con lo único que ha recibido como don de Otro: Su decir, que, además, emerge desde la escritura del cuerpo, y donde la escena más penetrante, ha sido la del paso del Otro. De ahí, que la posición sexuada sea algo que se asuma desde el habla, como respuesta a la falta del Otro; pero entendiendo el habla ligada al campo de lo inconsciente, no es simplemente decirse hombre o mujer por el semblante de la palabra y el sentido, sino más bien, desde los abismos que subsisten entre palabra y palabra, y donde el sujeto desfallece en su decir; eso es justamente la castración, una falla, un agujero en el decir; ésta asoma de manera profundamente densa ahí donde la palabra no alcanza para abordar la alteridad del Otro, en la imposibilidad que recorre vertiginosamente a cada cuerpo. Es con esa imposibilidad que el sujeto se enfrenta a lo real del otro sexo.

Como efecto del paso por la castración, está la imposibilidad de decirlo todo, y es ahí donde el sujeto debe subjetivarse en el límite de sus palabras, en ese desvanecimiento frente al Otro.

Hablar es un riesgo que se padece siempre al borde, subjetivarse es confrontarse a ese doloroso presentimiento de ser siempre otro para sí mismo, la castración produce esa extrañeza del sujeto en sus propias palabras. El tiempo lógico de la castración es el de la palabra, y el tiempo de la palabra es el del Otro, por eso de lo que se trata es siempre de un trance en el campo del habla, donde se desplazan y transforman los cuerpos.

La palabra es el trance que designa aquella metamorfosis del sujeto en el tránsito hacia lo Otro; en la clínica esto cobra importancia, en tanto en la

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

imposibilidad de decirlo todo, se moviliza la posibilidad ética del deseo. Esa ética concierne a como el Otro pasa por el cuerpo de quien lo nombra.

Para Levinas (1978), la ética del encuentro sólo es posible cuando el Otro pasa rompiendo todo contexto de significación, y lo que no tiene contexto es la desnudez del rostro, que irrumpe como una aparición. La ética de cómo el Otro pasa por mí, es la ética del rostro, es la epifanía que asoma al momento en que el otro es expulsado como desecho; pues en la desgarradura del sentido se hace posible confrontarse con la alteridad.

El rostro es lo no localizable, lo infinito por no tener contexto y estar desnudo, el pasaje para que el Otro pase hablándose en mí. El pase para toparse con la alteridad del Otro femenino, tanto para el hombre como para la mujer implica un estado alterado de sí, pues ese Otro no solo asomará para hacer interrupción, sino exigiendo además el abandono de sí, danzar en el filo de la navaja.

Así, aquello que se puede comprender de la castración es que ya no es un simple anécdota infantil (Zuleta, 1985), ligado a la memoria perdida de un desencuentro en el pasado; decir que es un tiempo lógico significa que es una presencia vigente en el habla del sujeto, y no sólo en lo que para el sujeto interesaría o no recordar; la experiencia clínica en psicoanálisis, no tiene nada que ver con la rememoración del pasado, "quien ama su pasado, desprecia lo inconsciente" (Soler, 2001, p. 26). Se había mencionado que el sujeto no termina enloqueciéndose en lo caótico del goce fálico, gracias a su copulación con la función de la palabra; articulando ese real de goce de orden localizable, con el orden simbólico; por eso la pretensión de la razón fálica no es la erección del órgano, sino la erección de la palabra, la cual le permite ganar algún sentido;

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

su movimiento consiste en sellar el sentido de lo existente a razón de ser nombrado, para el sujeto sólo existe lo que por la vía del orden simbólico ha sido enunciado; pero ese goce Otro viene a dar cuenta que la incisión del significante sobre un real no logra capturarlo todo y eso que no logra capturar por la vía del sentido es lo que subsiste como Otro, algo se resiste simplemente a ser nombrado. El movimiento fálico es nombrar la noche, pero desde el otro lado femenino, es lo que de la noche no alcanza a decirse en esa palabra; es la alteridad de Sara que no alcanza en el nombre de Sara; es una mujer siempre desde la orilla de lo incierto; porque además de pasar necesariamente por la inscripción de lo simbólico, puede desplazarse a través de ella para ser de otro modo, gozando de otro modo; un goce de más que se produce igualmente por el paso de la castración y el lenguaje, pero fuera o más allá de ellos.

Este es uno de los principales saltos de Lacan en la reflexión psicoanalítica, pues la reflexión freudiana acudía a aproximarse al enigma de lo femenino a partir de la lógica del todo fálico, toda ella desea el falo; por lo cual, para Freud, el máximo umbral del deseo femenino era la maternidad; en Lacan las preguntas se desplazan, ya no es como desea una mujer sino como ella goza y, lo que se sabe desde la clínica, es que ella goza aspirando siempre a algo más allá que no logra abarcarse con el deseo de ser madre. Lo que dice de la singularidad de una mujer, es lo que se desdobra en ella en la cercanía de su goce, pero lejana de nombrarlo en el deseo. Esa región del goce femenino, va más allá del punto donde el amor masculino podría responder (Gallano, 2000). Decimos que es un avance, porque permite comprender la posición femenina, ya no simplemente en la diferencia con otro que si lo tiene, sino como alteridad

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

que asombra y asoma donde se está ausente del decir. Una mujer subjetivada en su falta renueva, constantemente, su pacto de existencia en el campo de las palabras, pero también recibe el don de la lejanía, promovida por esa sensación de abismo insalvable que la separa de ellas. Sus gestos siempre están migrando en esa búsqueda de ser ella, al estar con todo en las palabras, o al estar con todo estando ausente, captada en una lejana vibración que la desborda y hace de su cuerpo una experiencia errante sin destino.

Le será necesario hablar y hablar, para no encontrarse del todo excluida, pues su insistencia por representarse en las palabras que enuncia “es un pedido que le permite inscribir algo de su sexualidad en el lenguaje” (Gallano, 2000, p.38); ese goce que está demás, que la empuja a gozar de otro modo, le hace narrarse *como una suerte de arañita, tejiendo solo entre abismos*.

La castración es esa gran telaraña de significantes que nos precede, en la que se ha sembrado una ausencia *para hacer posible la ramificación de sus hilos, sus vacíos y sus cruces; para que al menos algo del vivir siga siendo una necesidad de invención, una necesidad de nombrar la vida migrando siempre a otro modo que ser* (Levinas, 1978). A esa telaraña significativa, el sujeto llega para ser agenciado en su cuerpo, para nacer en el cruce de dos palabras. La telaraña puede sostener algo sólo en virtud de los vacíos que sus hilos bordean y crean, en tanto lo que dibujan es también el límite hacia el vacío y ese asombroso encuentro en el cruce. Así, la trama significativa es tan dependiente de hilarlo todo nombrándolo, como de sus vacíos.

Cada palabra lleva su propio vacío... el de todas las palabras.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Lo femenino confronta la castración de todo sujeto, pero no porque desde ese devenir se goce con la caída de los semblantes fálicos, sino porque esa necesaria desposesión, es una abertura que evoca la falta de todo sujeto, la verdad del movimiento donde él, se repite desesperadamente por amor a sus síntomas.

Para devenir femenino es condición que no toda ella quede atrapada en la aspiración de someter su goce a la función fálica; ella deviene femenino, si no toda ella habla en función de ser para otro; si al menos algo, habla para descender bajo la red, para ver lo que es común a todo desarraigo; si al menos algo habla desde los temblores de su cuerpo. Ser no toda, significa que no toda ella se consuela con el saber, que algo habla para darse sin tiempo; si no toda goza en el sacrificio por el otro, por el otro-hijo, otro-amado; si no toda ella, se ofrece como objeto del fantasma del hombre al que entrega su razón y sacrificio; sólo así, ella podrá amar y desear a un hombre como umbral, como puente que le permitirá ir más allá y viajar en las profundidades de su cuerpo, conmovirse de sus silencios y hacer resonancia consigo misma en el extravío, en los vacíos que le gritan en virtud de no quedar plegada al fantasma de él, entregándole toda su razón de existir. El goce Otro, es una abertura que confronta todo encierro, toda autosuficiencia imaginaria del yo, esa pasión delirante de autosequestro, merced a una imagen totalizante de sí; quizás por eso, el goce Otro en la vía de la experiencia mística, no sea más que el pase a un estado de abandono en el ejercicio del poder de sí. Una mujer en devenir femenino, no confronta, no posee, no se deja poseer, ella habla, pero no para negociar su existencia en un comercio de goces, habla en trance, en el trance de decir lo

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

imposible con toda la vibración de su cuerpo; casi balbuceando, ella logra articular una palabra para nacer, para hacer interrupción, para asomar como alteridad.

De forma paradójica, lo que a ella la hace gozar infinitamente, no es lo que la completa, es ese borde donde el otro le hace relevo para alcanzar su lugar de no correspondencia; al que el goce del lado masculino ya no podría dar respuesta.

El otro le hace relevo para que ella siga siendo la que mira a otra parte, la que mira más allá de su deseo por medio del hombre que la reviste con sus ojos creyendo amarla; no es solo referirse a ella como lo incognoscible, sino como ese modo de retirarse a otra parte, sabiéndose sin lugar alguno. Ella mira a otra parte, porque ella goza donde ya no hay género, donde no le queda más remedio que ser mascarada, y es este su eterno velo, su manera de ocultarse en las palabras; ella mira para saberse en falta pero distinta, para escarbar otra ley que le permita decirse mujer; “la feminidad es anterior a la diferencia masculina” (Levinas, citado por Gallano, 2000, p. 49). Es anterior al código del que viaja en el habla, es un gesto que abre los diálogos de su cuerpo, donde la historia siempre espíará su misterio, y como se explicará más adelante, haciéndolo emblema de persecución para pretexto de toda guerra, o más aún, lanzándolo como mercancía de goce.

Nekevah, la palabra que en hebreo menciona a la mujer, designa perforada abertura a cierta oscuridad interior. Ella huyendo de la luz, de ser a fin de cuentas un no lugar.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Hay que preguntarse entonces, por el trance de Sara en el viaje por sus palabras, donde desplaza su cuerpo lastimado y la huella a flor de piel de otro que instalara sus marcas de goce; es decir, de su paseo por el revés de su silencio, no del que niega su deseo, sino del que lo descubre; es el trance de Sara que habla para dejar de ser objeto de maltrato, y pasar ha ser, desde los temblores de su piel, sujeto de palabra, buscando salir del anonimato de una violencia doméstica.

¿Por dónde se fuga Sara para escapar de esas huellas?, ¿De qué se queja ella? Sus palabras y su cuerpo son fuga que acontece donde la castración trazó la ruta de un designio, de una letra que es el signo de la herida que no cicatriza, de la letra de su nombre que no aparece “No me alcanza la palabra para saberme herida” dice Sara en trance.

Acerca del Masoquismo

El decir del otro sexo es la pere-versión del padre

Si lo que existe es un goce que no la identifica, sino que la desborda; si no toda ella se subjetiviza en el Otro de la ley, si ese no toda es una abertura *por donde se huye de la luz de las palabras para saber de lo infinito*; si esa abertura es lo que aún la hace preguntarse por su ser de mujer a pesar de los semblantes de madre y esposa; ¿Qué es lo que la puede llevar a darse en posición de sacrificio hacia el otro a cambio de amor? Si no toda ella se da desde aquellos significantes que levemente la sostienen, si al menos algo en ella, darse es deshilarse entre la telaraña significativa y no al revés, ¿Qué es lo que la hace darse toda bajo la insensatez más abrumadora, que va desde su silenciamiento, hasta permitir la marca en su cuerpo? “Soy lo que tú quieres que

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

sea, bella, infantil, pero también apasionada, seré tu amante, tu esposa, tu hermana, tu madre y hasta tu amiga, todo junto; pero por favor hazme sentir que me amas” (Lemoine, 1982, p. 66)

¿Qué es lo que la hace insistente en su exigencia de amor, para ser del lado del goce la menos una, la que hace la excepción en la cadena de todas las mujeres que habitan fantasmalmente a ese hombre? Precisamente, lo que la hace darse irreparablemente al otro, es esa sensación profundamente marcada de no tener pertenencia a sí misma; de no encontrar más remedio que existir colgada de los hilos significantes, aunque de ese lado no haya lugar que la represente a ella con su goce; de existir plegada y adherida a la atmósfera significativa, donde no le queda más que ser bajo una mascarada, la que ella construye para hacer posible su devenir en el lenguaje a pesar de su exilio “soy débil, no me pertenezco, una nada me hace temblar, soy el don hecho mujer. Sin ti no soy nada. Espero todo de ti, sobretodo no te alejes” (Lemoine, 1982, p. 66).

Entonces, aquello que se precisara como posición masoquista en la mujer, no es más que la mascarada por la que ella intenta habitar en el fantasma de otro; de ahí que para Lacan, las mujeres con su masoquismo, pretenden complacer el fantasma masculino, se trata más de una fantasía del lado del hombre. Ella puede someterse a las condiciones que el otro requiere, da todo, para ser ella toda en el deseo del otro; esto como una imposibilidad de subjetivar su ser en la dirección de encontrar algo que le permita saber que es ser mujer más allá de la norma fálica.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Ese, *sin tí no soy nada, no te alejes*, refleja esa imposibilidad, y puede ser la encrucijada para muchas mujeres, pues es la búsqueda de su ser siendo algo para el otro, cuyo goce si está inscrito en el orden fálico; así el drama surge cuando ella se intenta ubicar únicamente en el uno del orden simbólico, cuando por la vía del amor que ella cree profesar, reclama hacerse uno con el otro; “cuando no quiere saber que ese hombre no puede responder a la otredad de ella; cuando no quiere saber de la diferencia, de lo imposible de la relación sexual” (Gallano, 2000, p. 12).

En esa pretensión, que la empuja a ser uno con el otro, en la que ella se suspende flotando en el fantasma del otro, lo que se produce es que ella puede encarnar hasta el desespero más extremo el lugar de objeto (a). Sabemos que el fantasma no encubre la relación del sujeto con el otro, sino la relación del sujeto con el objeto (a); recordemos, que lo que el objeto (a) traza, es el circuito de la pulsión que consiste en el movimiento de encontrarse con pedazos del cuerpo del otro, en ese movimiento reside lo que se ha llamado la condición perversa de la sexualidad humana; y aquí lo siniestro de su ofrecimiento, *goza con los pedazos de mi cuerpo, goza con la punición de tu fantasma, márcame*. Como no reconocer en la experiencia clínica dicho ofrecimiento; el despedazamiento de su cuerpo merced al fantasma de otro, su exigencia llega a tal punto que ya no interesa tanto el ser amadas, sino presentarse como mujeres objeto (a) (Gallano, 2000). *Si necesitas una mujer para maltratar, puedes hacerlo conmigo, pero miénteme, hazme sentir que al menos soy algo para tí*. Y aunque la marca o el golpe no aparezcan puede darse a la crueldad que goza de enterrarla en vida, matando su palabra; enterrándola como mujer

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

de palabra. Lo doloroso, es la elección por la crueldad del otro, a sabiendas de que ya no se le ama, por lo terrible de verse sola cuando con el otro ya está más sola que nunca. Ella se desliza, flota entre el fantasma del otro y en él se desorienta, pero se tranquiliza porque sabe su lugar a la hora de complacerle. Del darse en posición de sacrificio a otro, ella sustrae un lugar de existir; no obstante, la reflexión que permite hacer la teorización lacaneana, es que aquella posición masoquista del lado de la mujer, no es lo que da la especificidad del ser femenino, pues dicha postura es más bien inherente al desconocimiento en ella, de un devenir femenino del lado del goce Otro, desconocimiento de que ella es otra para si misma. Lacan no acuerda con esa asociación, muchas veces mal sustraída de la teorización freudiana, entre dolor y posición femenina, para explicar cierta posición masoquista; para él la mujer no está hecha para sufrir, “ella se puede dar cuenta del goce particular que una mujer puede tener en despojarse de su tener y sin que eso constituya ningún masoquismo” (Tassara, 2003, p. 8) porque lo que si hace especificidad, es dicho goce en el que ella puede amar la falta y a la vez gozar de ella, se trata de un goce de privación.

Ahora, habría que volver, necesariamente, sobre aquello de la soledad femenina, que no es simplemente soledad de otro, sino soledad de infinito, donde todas las geografías cambian, donde las epifanías de su cuerpo muerden lo otro de las palabras. Soltar al otro, es recibir una mordedura del infinito, *entregar esta epifanía de mi rostro ya huérfano, que no sabe del tiempo que se da en el amar, del tiempo que falta para amar, del tiempo que se desvanece amando; esa aparición le hace abandonarse para gozar en el decir, cuando ya*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

nada es necesario decir, cuando ya se está libre del impulso de hablarle al mundo siempre, lo que se dice cuando nada debe callar (Levinas, 1978).

La posición masoquista demanda un límite para ese goce infinito, su castración lo produjo, pero no fijó barrera para él; entonces ella pone más de sí, pone su propio cuerpo para alcanzar el punto en que se asegura que *el tú me pegas*, sea el retorno de la pulsión a su cuerpo como límite.

Ese masoquismo es lo que la arrastra, a ubicarse en el todo fálico, pero como un pedido que nace de ella misma para poner límite a ese goce infinito, “el masoquismo es la búsqueda de representación de dicha carencia ocupando el lugar de objeto de goce del otro, y a través del ser pegado por él, en sus múltiples avatares, provocándose con ello el goce del padecimiento. Es más el pedido de un límite a ese goce no simbolizable” (Gaxiola, 2002, p. 15). La lectura de dicho padecimiento puede precisarse con el concepto de estrago, el cual “es el reverso del amor, es el retorno de la demanda de amor infinita que ella dirige al Otro. Es el ser devastado, como un saqueo que se extiende a todo, que no termina, que no conoce límite y es en función de esta estructura, que un hombre puede ser la pareja estrago de una mujer” (Tassara, 2003, p. 14).

Aquí Freud, abre camino para comprenderlo, él precisaba el compromiso de satisfacción profundamente erótica que rodea a una pulsión de autodestrucción, Freud (1920), inscribió el masoquismo como el placer al recibir dolor y castigo del que se ama, no de un hombre cualquiera, en tanto lo que cuenta es que sea propiciado por la ley de otro al que se ama; se trataba para él, de la posición erótica del sujeto frente al Otro de la ley, *yo sólo me dejo maltratar de mi marido*. Así, lo insostenible más que el golpe y la humillación, es decirle adiós al que

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

cosifica a su cuerpo y se cosifica en ella; Miller (citado por Tassara, 2003), lo entiende así: “No es que él le pega lo que cuenta, es que ella sea su objeto, su síntoma y tanto más si esto la devasta” (p. 9).

Es vía su mascarada que ella se hace objeto o síntoma para otro, “Es por lo que no es que ella pretende ser deseada y al mismo tiempo que amada” (Portillo, 1997, p. 27). En el correlato de la erótica que la sostiene frente a la ley, ella puede traducir en el deseo, el hacerse castigar por el hacerse amar, Gaxiola (2000), lo plantea así: *El acceso a la feminidad vía el complejo de castración, pasa por los tiempos de la estructuración fantasmática, donde “ el ser pegada por el padre” no tiene otra significación que el “ser amada, deseada por el padre”, con la culpa originaria que conlleva este deseo* (p. 18).

Es por la angustia a perder el amor del otro lo que nos permite ingresar a la ley, de ahí, quizá, el pedido inconsciente de muchas mujeres de hacerse amar por la vía del maltrato.

Por otro lado, es importante aclarar que Freud (1924), aborda el masoquismo femenino, no para referirse exclusivamente a las mujeres, “si no a una posición sexuada del sujeto, independientemente de su sexo, caracterizada por una aspiración a la satisfacción pulsional, a través de una vinculación sexual pasiva, que subsiste bajo fantasías de atribución femenina, como el ser castrado, ser poseído sexualmente o parir” (Gaxiola, 2002, p. 16), fantasías que incluso Freud encontró en el desarrollo de algunos de sus historiales clínicos con sujetos masculinos. Freud (1924), se interroga sobre el masoquismo a partir de ese empuje pulsional que lleva al sujeto a repetirse en lo que lo hace padecer (reacción terapéutica negativa), y al encontrar que el

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

principio del placer no es el eje que organiza y regula totalmente la vida subjetiva, sostienen que se trata de una posición estructural a la división del sujeto, pues es el recurso que permite tramitar su culpabilidad originaria, que se hace insistente en las entrañas que sufren la ambivalencia del superyó; en la enseñanza de Lacan, se sabe que aquella culpabilidad es estructural al sujeto, pues remite a la culpa que le persigue por haber tomado la elección de hablar, decisión adscrita a la misma angustia de existir. “Lo que angustia a la sujeto, es que hable o sea que esté articulado a lo simbólico” (Palacios, 2000, p. 62).

El carácter perverso que mantienen el fantasma se inscribe, por un lado, bajo todas las formas del hacerse, lo cual revela el monto de agresividad radicalmente activa que se dirige hacia si mismo, no es simplemente la razón pasiva de esperar del otro su cometido, sino una fuerza de exigencia activa que implora una posesión, un castigo, una incisión a partir de un vínculo mal logrado; no es ser pegado, es hacerse pegar, hacerse penetrar, hacerse ver, oír, hacerse castrar. Para Bruno (1992), estas fantasías bajo cualquiera de las formas del hacerse, derivan de la feminización de todo sujeto frente al padre, lo cual es parte de la naturaleza misma del fantasma, él expone: *Este fantasma como perverso, no sólo es lo propio al final del análisis, sino que tiene que ver con la naturaleza misma del fantasma; es decir, de la relación de la sexualidad con el padre; la última tarea del analizante consiste en enfrentarse a su masoquismo* (p. 47).

La posición masoquista como constitutiva del fantasma fundamental es lo que hace discernible las voces del súper yo, voces marcadas igualmente por imposibilidad de límite, de drenarlo todo, pues la castración no resuelve toda la

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

exigencia del superyó (Bruno, 1992). Ahí, en la imposibilidad de límite, el fantasma masoquista propone pacto e intercambio en la relación del sujeto con el superyó; ese no drenaje absoluto por la castración, hace la paradoja de la ley; es decir, ese precipitarse del superyó como una voz irracional y ambivalente que ordena y empuja el sujeto a gozar, pero sólo hasta el límite en el que le sea posible volcarse a pedir cuentas por lo demás de goce que él mismo promovió.

Lo paradójico de la ley y el tratamiento del sentimiento de culpa, es que entre más se sujete a la ley, más culpable y en la vía contraria, de desatender los mandatos del superyó, igualmente culpable; siempre una voz haciendo indescifrable el límite, siempre burlándose del absurdo de toda empresa de reconciliación consigo mismo, de reconciliación con el Otro de la ley que le habita, lo incorpora, lo estremece, lo desconoce y sin embargo lo nombra a fuerza de un deseo mal trecho, una voz que se aprovecha de saber lo que su nombre esconde. “El superyó cobra al sujeto lo que este guarda detrás de sus identificaciones e ideales sociales, es una especie del sujeto supuesto saber, acerca del mal sobre el cual el hombre germina” (Gallo, 1991, p. 76). Lo asombroso y angustioso en el descubrimiento freudiano, es que el sujeto es efecto de la ley que lo nombra, su posición y tensión particular frente a ella, se sostiene a partir de un correlato pulsional, en una erótica seducción al significante, que también seduce velando todo decir de lo imposible, velando las lejanías a lo siempre Otro infinito. Efecto de una ley que lo nombra permitiéndole reconocerse, sólo como fantasma entre fantasmas, velos e invenciones; velando la trama con la lejanía de lo Otro femenino que también reclama su parte desde sus restos.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

En los retornos al cuerpo de la pulsión, algo ya de lo impropio aparece, pues vuelve de la incertidumbre por el deseo del otro, aunque aún insistente en su demanda; lo que retorna en el cuerpo es la deshidratación de ese otro causa del deseo, es la no equivalencia del sujeto con su objeto y que lo lleva por la vía fantasmática a preguntarse por el otro “el fantasma se levanta sobre la emergencia de lo pulsional para interpretar el querer del otro” (Gallano, 2000, p. 29); pero también para interpretar su signo y las grietas de su ley, su desfallecer, el vencimiento de su mirar; por el querer del otro se filtra el signo de su herida que no cicatriza, para pasar a retomar algo del goce en algún mandato no cumplido.

Lo que retorna es lo que lo lleva a desconocerse en los márgenes del cuerpo ¿Y qué son los márgenes del cuerpo? Son aquellas regiones donde nadie paso para fundar un decir, para fundar un deseo, ahí donde el otro sólo invadió con sus marcas de goce; es en esa región de márgenes que el cuerpo goza destrozándose. *No hay deseo que no sea fuga, pero a la vez captura, no hay deseo que no se acune en la propia parcela para luego desconocerse en el otro ¿De qué se fuga? De la mordaza de una voz, ¿Qué captura? Un decir, ¿Qué queda? El mal-decir de su verdad entre los restos.*

La verdad del sujeto está en sus desechos, a los que por imperativos del superyó, él retorna ya sea del lado de la ley o del lado de su trasgresión, “mientras unos erotizan el delito y gozan masoquísticamente a través del castigo, otros erotizan la ley y gozan sádicamente con la punición” (Milmaniene, 1995, p. 60). La verdad del sujeto está en lo que no dice, en los restos, a los que el superyó exige no abandonar, del mismo modo que empuja a un medio

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

decir de esa verdad en la vía del deseo, a un balbuceo, así, “el superyó no es lo que da cuenta de la autoridad institucional o paternal es al contrario producto de la tendencia presente desde el más primitivo encuentro con el Otro” (Gallo, 1991, p. 76).

Con lo anterior se ha intentado exponer el masoquismo como inherente a la fantasmática de todo sujeto en relación con la ley, cuya verdad inscrita desde la fuerza de la pulsión, aparece en lo que él desecha como razón de sentido y significado, pero que fuerza igualmente a hablar al cuerpo en el punto donde él calla. “Con la posición masoquista se intenta alcanzar la verdad del ser. La verdad de la existencia de cualquier cosa está en sus restos; ese lugar de desecho, de resto, es el lugar de la presencia del masoquista” (Zefiropoulos, 1989, p. 108); de ahí, su existencia viviente en el amordazamiento de su cuerpo, como escenario para sus restos. Esto permite situar mejor aquello del masoquismo del lado de la mujer, diferenciando su condición de sacrificio al deseo del otro, de la perversión como estructura.

El punto de subjetivación en el que ella intenta alcanzar el falo, a través de una posición fantasmática masoquista, habitando decididamente en la causa del deseo del otro, no desmiente necesariamente de la falta; ese intento de la mujer de significarse en posición de sacrificio, no corresponde a una orientación del lado de la perversión como estructura; no es un goce que la haga hablar para negar la diferencia de los sexos, para no saber de la alteridad; la búsqueda de una significación para su ser es desde la falta, ella en el amor da su falta y es por eso capaz de angustiarse, porque ama anclada a lo que ella no puede ser. Ella no profesa un saber sobre el goce del otro para arrojarlo a su angustia más

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

extrema y destituir su valor significante (signo de la erótica del perverso), ella ama para que en la angustia el otro renueve su significación en la palabra, es decir, en el devenir del deseo. Vivir en el fantasma del otro es hacerlo pervivir, sostenerlo en su significación fálica, pero también interrogarlo para la continua renovación en su deseo. "Ella habita el fantasma del otro, pero no para aniquilar su potencia significante, sino que siendo causa del deseo, y sobre su vacío haya una elevación significante" (Zefiropoulus 1989, p. 116), incluso lo que ella invierte en la elevación de sus atributos femeninos es para hacer brillar el semblante fálico del otro en el que ella intenta sostenerse (Gallano, 2000).

Sin embargo, ante el hecho de que en la niña el paso por la castración precede al complejo de Edipo ¿Cómo pensar en ella la formación del superyó, si entra al Edipo como ya castrada? Es decir, si excluida de la angustia de castración está ausente de un motivo importante para instituir el superyó, ¿Cómo plantear la severidad de su masoquismo? Gaxiola (2002), nos da a entender que la existencia de ese goce otro que no alcanza a ser simbolizado por el pasaje de la envidia fálica, carece de un superyó que pueda regularlo y que justamente es esto de lo que ella hace llamado, de un límite a eso que está vibrando en ella y del que no sabe ni puede decir nada; entonces se le invoca en el sacrificio desde la posición perversa de su fantasma fundamental: hacerse castigar, penetrar, y golpear; ella precisa:

No encontrar límite a este goce, impulsa a la mujer acercarse a una posición perversa, a la versión del padre: pide el castigo que limite el goce que la hace padecer, sin embargo en el acto mismo de sacrificio, produce un plus de goce exedentario, que no alcanza más a simbolizar, entrando en la

espiral sádico masoquista. Ante la ausencia de un superyó que castigue, es el yo masoquista el que pide ser castigado (p. 14).

Lo que resulta curioso, es que ese goce de más, ella lo viva como menos, pues por efecto de la castración, es lo que le hace sentirse ajena a su inscripción simbólica, no por tener de menos es que ella envidia al otro, sino por tener de más, por tener un goce otro. La envidia fálica es la imaginarización de que ella ya no está toda dentro del goce fálico, sino que aparece un goce Otro (Gaxiola, 2002).

¿Qué busca una mujer en las versiones del padre?

Un decir, es dirigirse al padre para encontrar en él algo que le permita decirse mujer, que al menos él, que si lo tiene, le responda por lo que ella no es; pero el que dice se engaña, y el decir del padre vela igualmente la verdad imposible de su sexualidad, la verdad de su castración; él no lo tiene y al no tenerlo sólo puede dar su pere-versión. Su versión de la ley, heredada del rostro del padre muerto, para aparecer en el lugar de impostor de la falta. El padre se desenvuelve en los semblantes paternos que lo sostienen, pero ella tropieza, además, con el peso de su falta, él lleva la marca de sus desencuentros con el objeto causa de su deseo, donde siente padecer de incomplicidad; la tensión en el que él se orienta hacia el objeto (a), que no es otra cosa que su insistencia a mantenerse en el engaño que le autoriza su fantasma. Es decir, lo que cuenta del padre a la hora de donar un lugar de ley, es lo que encubre, y lo que encubre es lo que habla de su versión de amante, de quién es él con una mujer que no es su madre y para qué la quiere ha su lado y si luego de hacerla madre puede seguir deseándola como mujer; lo que cuenta es

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

cómo él ha resuelto o ha aplazado esa encrucijada en el campo del deseo y la palabra.

La pere-versión del padre es como él se pone en relación con la alteridad del otro sexo, se trata de cuanto ha logrado hacer de una mujer la metáfora de su goce, o por el contrario, instalarla sin palabras como mujer objeto (a).

La sintomatología del padre, entonces, son las versiones por las que él excluye la alteridad del otro sexo, en el rostro de una mujer que siempre lo confronta con su castración.

Él puede encarnar cruelmente el lugar de ley para no reconocerse en sus pequeñas muertes, él puede erguirse en el trabajo o en su cama desde el semblante que le asegura un dominio, pero a nombre de una ley a través de la cual espía en los otros la degradación de su vida erótica.

Sólo se podrá hacer función paterna desde el síntoma. Soler (2001), aclara que se trata de un síntoma que trae una solución, por la cual él ha logrado articular su goce al campo de la palabra, “ella dice: Es el síntoma berromeo que hace lazo entre los sexos, entre las generaciones, entre el deseo y el goce, entre el goce y el síntoma, entonces, su función no es reprimir, sino decir con su versión de la represión inherente a todo sujeto” (p. 55).

Así, el padre es el que narra su travesía por la ley que aún padece, de la que él mismo es efecto, de su castración, que además le brinda espacio para interrogarse por lo que hay del otro lado, allá en la otra orilla donde su deseo no se conforma con su goce fálico para abordar la alteridad femenina. Esa narración no consiste en lo que él pueda nombrar de su sexualidad, sino más bien, de lo que emerge desde los mal-decires de su sexualidad; se trata de eso

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

que está agujereando constantemente la palabra del padre, “un decir no emerge desde los dichos del otro, sino desde lo que lo agujera” (Gallano, 2000, p. 68). Lo que narra es la soledad de su cuerpo para que pueda hablar de las caricias que le faltan, ahí donde desfallece con su goce al no saber a ciencia cierta como hacer gozar a una mujer.

Pero si él no ofrece su castración, mostrándose como el amo de toda significación y sentido, el efecto de su ley será devastador, pues con su llamado al orden, desplegará su aforada anarquía pulsional, la violencia del goce que no ha logrado simbolizar, y que lo lanza a escribir su ley en el cuerpo de los otros como territorio para su goce.

La pasión del amo es la vigilancia y el gobierno de los goces, su obsesión es por encuadrar todos los goces en el discurso, pero si este falla en tal propósito, viene entonces la tortura en lo real, la mirada cuchilla que silencia a nombre de una ley secretamente perversa, *vos la puta, yo tú salvador*. Únicamente ofreciendo su castración él podrá amarla como alteridad, pero amar es dar la falta, lo que a él más le cuesta saber.

Un padre que no tolera siquiera el borde donde asoma su castración, puede espiar su tragedia por todos lados, en el cuerpo de los otros, en la sexualidad de sus hijos, en el goce de su mujer, en las fracturas de la ley, en la palabra que es diferente a su ley; y, precisamente, lo que el otro hijo u otro mujer le recuerda, es su castración; ¿y qué hace él con ello?, subjetivarse en la palabra o expiarse en el deseo de los otros, bajo el gobierno de sus restos que insisten en reclamarse desde la violencia del goce. La pasión del padre en marcar el cuerpo de los hijos y de su mujer, como emblema de su narcisismo, dice de lo

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

catastrófico de su sexualidad, donde la crueldad que ejerce en el hacerse respetar, vela las miserias de sus restos. Hablar de la transmisión de la ley, es remitirse al erotismo del padre, donde la ley del Otro, ha grabado igualmente la ruta de un designio en su cuerpo, el cual intenta descifrar a través de su fantasma. La amenaza de castración pone a trabajar forzosamente al fantasma, pero la alteridad femenina, que no solo remite a una mujer sino a toda relación de otredad, exige además atravesarlo para salir con una posición distinta frente al goce; en ese pasaje, el sujeto incorpora la función paterna como lugar de palabra, como una voz de afuera que viene a organizar los lugares simbólicos de toda relación inter subjetiva; es una palabra que puede instalarse en la dialéctica del deseo, una palabra desprevenida de ser amo del sentido. Lacan se refería a un padre que no se distrajera demasiado haciendo la guerra, o que no se apasionara con los semblantes del amo que circulan por entre los magisterios, pero también de un padre capaz de mantener el velo de su represión frente a sus hijos y de la que él mismo es testimonio; es decir, de un padre que al no ser amo tampoco “exponga abiertamente lo que él es a nivel de su perversión, se trata de que exista un cierto velo sobre el goce” (Soler, 2001, p. 57).

El que ocupa la función paterna hace, con su voz, evocación de la ley del padre simbólico que ya está muerto, para hacer posible los horizontes del deseo y la palabra. Cómo no reconocer la muerte de padre simbólico, si es esa la garantía para la transmisión del deseo, su muerte es el medio que le permite pervivir por entre el mito de todas las soledades humanas, para no ser destrozado y proteger su secreto, el secreto de la represión de su goce.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

¿Qué busca una mujer en las versiones del padre?

Una mujer busca esa fisura que hace pervivir la dialéctica de la ley y el deseo del padre, para construir igualmente una posibilidad de articular algo de ese goce de más al campo de la palabra. Ella busca persistentemente en el padre una ley que no la deje huérfana, pero al mismo tiempo, que le permita pecar con ese material de la palabra que le es ajeno; ella dirige su mirada al padre buscando una metáfora posible para vivir con ese goce que la fracciona y la hace sentirse extraña al orden del discurso; es decir, una metáfora por la cual pueda seguir deseando, más allá de su sentimiento de pérdida; no se trata simplemente de un reclamo por lo que a ella no se le ha concedido, se trata de la necesidad de narrar sobre *su sexo, su pudor y sus lágrimas*.

Si el padre está bien apropiado de esa ley del deseo, que a él mismo lo pone en falta, no cederá a la pretensión de dar a la niña lo que no tiene, de completarle creyendo que puede dar algo de lo que en lo simbólico carece; entonces, él podrá devenir en metáfora para la niña. La niña va al padre, él no lo tiene, pero tiene una solución, una ley por la que es posible mantenerse en el horizonte del deseo, una ley que le permite subjetivar su falta en la promesa de un hijo que no será de él. El padre no le puede dar un hijo, pero sí un decir para hacer puentes en ese impase del lenguaje que le sobreviene.

Lo que hace metáfora del padre es su no respuesta por el goce femenino, donando así el tiempo en el horizonte de su búsqueda ¿Qué le sucede a ella con ese no responder del padre por su ser femenino? Ella no se conforma y aquí lo interesante del planteamiento de Gallano (2000), desde la metáfora donada del padre, la niña busca respuesta en la madre, que ella le diga cómo

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

se las ha arreglado con su feminidad, con su goce, con su abertura, con su no toda; es decir, convoca a la mujer que hay en la madre; la niña demanda ahora, que ella le trace una vía para descifrar como gozar como mujer, y esa vía es propiciada sólo a través de la falta femenina de la madre que revela quien es ella en su doble privación; Gallano (2000) propone que cuando no hay respuesta del lado de la madre, viene el estrago, ella expone:

Lo que busca es que su madre le diga como se las ha arreglado con la herida de su privación. Y ¿Qué es lo que encuentran las niñas? Que las mujeres con la herida de su privación lo que hacen a menudo es querella con el compañero, con el marido, con el padre o con la madre. Se ve el estrago al haber cierre de la cuestión con la exigencia al otro de que les asegure su ser femenino y responda plenamente de su satisfacción (p. 107).

La niña puede encontrar, del lado materno, no una vía para navegar en el enigma de la feminidad, sino un silenciamiento, de ahí, “que la hija no va ha encontrar para su extravío femenino más salida que el enganche histérico al padre y a los hombres” (Gallano, 2000, p. 108), es una salida que igualmente conduce a una relación de estrago con el otro masculino, exigiendo tercamente respuesta por su extravío.

Palabrear lo imposible

Para finalizar este capítulo, ¿Qué la libra a ella de su posición perversa en el fantasma masoquista? Lo que la salva, es que gracias a la división subjetiva, ella vuelva a preguntarse por el extravío de su ser, vuelva a enfrentar la angustia de castración para saber de su alteridad, recuperando la virtud de hablar para otra que es ella misma; subjetivar su falta le permitirá dar cuenta

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

que su demanda y exigencia incesante de amor es, lo que le ha llevado a ignorar todo sobre el amor.

El extrañamiento al sentimiento de amor, puede ser un indicio de apertura a la subjetivación de la falta, *me siento extraña cuando alguien me hace sentir que me ama y que puedo amar, no sé qué es amar.*

Del mismo modo, en la clínica psicoanalítica, se trata, como bien lo apunta Gaxiola (2002), “de poner a palabrear ese goce imposible de escribir, evitando así la actuación masoquista en el pedido de ser castigada, bordear ese goce en la articulación de la palabra” (p. 17).

Mujer Habitada

Alteridad y diálogos fallidos con la ley

Es en tanto no toda, que ella puede instalar a su hijo como una pregunta para su devenir femenino, no como algo que la colma, sino como lo que la vuelve ha abandonar en el trance de ser mujer, en ese camino de invenciones y herejías entre saltos y desposesión. Una mujer subjetivada en la falta, es una mujer habitada pero no colmada, la ausencia que le atraviesa es una herida en el habla que intenta narrar desde su cuerpo, y que va más allá o más acá de lo que la ilusión de complitud con el hijo prometido le puede ofrecer; su condición es estar ausente a pesar de hijo, ausente para ella misma como alteridad - *alguien muerde su existencia en mí vientre, alguien que mordió mí nombre crece dentro de mí, y me rompe; cuando venga no tendré casi nada que darle, cuando se vaya a otro lugar ya le habré dado todo lo que me falta; cuando sus ojos me acompañen seré la misma desconocida por mí, cuando me llame, estaré rota, y así rota nueve veces cantaré, sólo susurros y viajes, como madre*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

migrante por este deseo que nada sabe y poco dice, hiendo y viniendo; sólo así, tejiendo lejanías he de hablarle, con los temblores de esta piel maltrecha, con mis manos que son las que mejor narran mi historia, por eso le cuidaré, le bañaré entre rezos y secretos- ella habla en trance porque, aún sin ser madre, es ya cómplice de los nacimientos del lenguaje.

Se nace en el lenguaje; es decir, el hijo nace de la voz materna, registro de su deseo; así, se dirá que el parto es doble y también oral, nace un hijo, si una mujer también nace en el deseo de ser madre, pero cierta huerfandad en el deseo nos ronda.

Lo que se evidencia, es como la existencia de un hijo no es garantía de que exista una madre; es el drama de muchas mujeres, que a pesar de haber concebido ya a un niño o niña, no logran nacer como madres en el lenguaje.

Ella habla al hijo en ese trance de ser no toda, porque detrás del hijo, viene una pregunta promovida por ese diálogo pendiente con la voz que marcó en ella una ley. La noticia de un hijo estremece, en tanto lo que presiente sobre su ilusión o desilusión, es el diálogo con las sombras parentales, con ecos de ley que la convocan de extraña manera en su profundidad. Estas sombras no son del pasado, vienen del futuro de su deseo, del futuro en que una ausencia le hará hablarle a un niño que viene de sus entrañas, significándolo o no como hijo. El dolor de dar a luz es ausencia de lo que viene, no ausencia de lo que no está, es el porvenir del deseo. *-¿Madre?... he descubierto una ausencia...ausencia que viene...ausencia de lo que vendrá-*.

La significación de un hijo es posible en tanto se funde el enigma del deseo materno, "la madre como mujer guarda un deseo que excede a su hijo; esto

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

retorna en la subjetividad del niño como el enigma del deseo del Otro” (Tendlarz, 2002, p. 3); ese enigma es promovido en ella, por la ley del padre, si la ley logro fundar en ella, la pregunta por su alteridad, podrá donar a su hijo una pregunta en el enigma de su deseo, ¿Cómo la voz del padre la hace subsistir frente a su hijo como enigma? Abandonándola nuevamente en su búsqueda de ser mujer, no respondiendo totalmente por su goce, dando su castración. Detrás de una madre simbólica hay un padre simbólico (Tendlarz, 2002).

En el marco de esta investigación, se hablará de esos simulacros actuados o hablados ante las sombras, que desde la maternidad insisten en convocar la ley del padre, pero también de lo que desde el goce otro reclama su alteridad.

¿Dónde el sujeto suele convocar la ley del padre? Ahí donde su voz falló, donde nos marcó con su falta. Volvemos hacer llamado al padre, en la trasgresión de esa ley o en la palabra que escapa al cumplimiento del deber, de sus ideales, pero también en las repetitivas historias de desamor en las que gobierna el goce y se degrada el deseo, y entre esos avatares quizás podamos reconocer, como un hijo suele aparecer en el universo de la madre como una forma fallida de diálogo con el padre.

Delirios y agresión materna

La maternidad es nuevamente la experiencia viviente con la castración, con ese engaño mayor del que viene todo sujeto, pero en ella, ese pasaje se produce doblemente, primero, al enfrentarse a la diferencia del otro sexo, y ahora, al anunciar a un hijo que la hace delirar, al tiempo que la somete a la verdad, casi irreconocible, de una crueldad devoradora; la hace delirar en el límite donde ella tiene que renunciarlo como causa de su deseo, para que

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

nazca de la voz que lo abandona como material de una pasión secreta de goce. Es en la renuncia agenciada por su doble pasaje por la castración, lo que hace a una mujer instalarse en la función simbólica de madre, y ese abandono en ella, es lo que le hace amarle desde su falta. La primera ley, fue renunciar al padre en su posibilidad de amante para significarlo en el lugar de ley, la segunda *-no puedes devorar a tu hijo, el no es objeto de tu apetito-* Si ella acepta ese mandato, mirará a otra parte moviendo el enigma del deseo materno, de lo contrario, pondrá en escena el rito de su masticación psíquica del hijo, haciendo legítimo su goce en la invasión del otro. Diversas formas de devoración materna al más entrañable, revela el campo de la clínica psicoanalítica, que se observan de lado de lo incomprensible para la mirada académica e institucional, preocupadas por los brotes de desarraigo familiar, sobretodo porque son dramas frecuentemente encubiertos desde el amor.

¿Pero a través de qué, la prohibición de ese goce devorador, logra un eco en ella? Como ya se ha mencionado, se trata del lugar que ella reserva a la ley; el niño se orienta en el deseo de la madre, en tanto a través de ella opere la ley del nombre del padre, si en el universo simbólico de ella no hay un lugar reservado para esa ley, o si esa ley es lo que interesa desconocer o aparece más como estrago, maltrecha o fallida, no permitirá con facilidad que posteriormente un tercero venga a organizar los lugares simbólicos de la casa. Al respecto Ramírez (1991) expone:

Que el niño se coloque como síntoma, falo o desecho, es su respuesta a la ley paterna articulada o no, al deseo de la madre, es la nominación de la ley que regula su deseo y que se espera regule también la del hijo y lo que

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

en el fondo se juega aquí es el acceso del sujeto a la ley, su exclusión, su trasgresión o su desregulación (p. 51).

Ella le cuida, le mira, le habla, pero desde lo que ha podido significar de la ley que le precede; por su mirada, su piel, su voz, viaja rastros o despojos de su deseo.

“En la risa de la madre

Los niños deletrean

La escritura de los cuerpos,

Las carcajadas del mundo,

O la premonición del destino.

Encrucijada de la mirada

Sobre el grama explosivo de la letra corp-oral.” (Perico, 2001, p. 22).

En cuanto al contexto de las diferentes significaciones que puede tener un niño para una madre, en el desarrollo de esta investigación, es pertinente hacer una aproximación a las posibles posiciones que ella puede asumir frente a la ley, que la vuelve a convocar en su falta; es decir, de donde se deriva su hostilidad o su amor por el hijo que viene para interrogarla en sus abismos.

Así, ante ese límite que vuelve a exigirle una renuncia de goce ahora con el hijo, distinguimos cuatro pasajes por las que ella puede optar o por las que puede atravesar en su extimidad para reconocer su maternidad:

Primero. Niega el lugar de la ley. Después de tenerlo tan cerca, no acepta nuevamente esa pérdida, no resigna a su hijo como objeto de su goce, opta por el encierro imaginario y se precipita sobre él, con toda la ferocidad de su deseo.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Lacan precisaba que existe un elemento que acecha entre el deseo de la madre y el hijo: el falo; pero aquí, ella reduce su valor simbólico a objeto imaginario para delirarlo encarnadamente sobre el hijo. Ella invade, goza y no pregunta; pero el espejo llama lo siniestro hasta acabar en la aniquilación subjetiva del otro, o hasta romper el reflejo de toda identificación posible; ella se mira en el hijo como madre incondicional, pero se desconoce como mujer, y ahí presiente que algo falla al ver que su hijo inevitablemente crece recordándole, al menos entre lapsus, lo que ella ha excluido: la libertad de preguntarse por su soledad, no de hijo sino de mujer, a lo que su cuerpo se negara después de él. Es entre esos cortos lapsus de evocación de infinito a través del hijo, que despliega la violencia de su goce; ese goce de más, que la recorre a pesar de ella, lo vive como un constante presentimiento de desgracia, es la hipertensión por la que puede desfigurar su vida en el rostro de su hijo, haciéndolo suyo por posesión, merced a su agresión identificatoria al espejo, en una suerte de barbarie sacrificial de las palabras, como condición para tapar su falta. *-Solo madre, cárcel para el grito del padre. Memoria fatigada de alguien que se posicionó en la ley de mala manera y al que ya no se le permitió interrogar sobre el goce-*.

Segundo. Rechaza el mandato, pero no aferrándose a ser espejo con lo perdido, sino excluyendo a ese niño del universo de su deseo; es la confesión abierta por su desprecio al niño, el cual no es hijo de su palabra sino del goce - *yo no voy a criar a ese bastardo-* Ella mira en él algo de sus propios desechos, un trozo de nada (de un real) que esta ahí para recordarle los despojos de su deseo. Su interés, no es colmarse con el hijo sino desecharlo, en tanto está deshabitada de significaciones para él; sus entrañas no lo acogen, en el vientre

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

ella lo vivió como un objeto que ya le empezaba a estorbar; le niega significación pero no lo suelta, lo marca como objeto de goce, de una ley perversa que todavía sigue haciendo estragos en ella y que no acaba de deformarla.

Ella anda con su objeto desecho expiando toda su desgracia, el resentimiento con el cual a libidinizado el mundo, recae sobre el hijo, a ese niño le cobra todo su infortunio con cuotas de goce; él nace y entonces lo somete a su mal-decir - *arruine mi vida contigo, ahora tu responderás por mi enfermedad en la que cocino mi alma-*

No quería un hijo para darle su existencia, sino para expiar las deudas de su vida ya desecha y mal posicionada frente a su verdad inconsciente, recordemos que la verdad del sujeto yace en sus desechos.

Pero, ¿por qué lo rechaza y al mismo tiempo lo acoge para su goce? Porque desde su goce secreto algo no quiere sacrificar, esta gozando secretamente en el maldecir del padre, esa primera ley maltrecha en la voz del padre no la separó, sino que la empujó más a gozar; en cada relación de pareja, aunque desastrosa en el deseo y generalmente sin historia, activa fantasmáticamente un goce con el padre por la vía de estar perversamente instalada en la triangulación edípica. Es a esa posición que no quiere renunciar, por eso lo que lleva en el vientre le estorba como le estorban las palabras, vive al padre desde la piel, no como una voz que simbolice algo de su goce; teme y evita toda proximidad nueva con su castración, de ahí que su vida pueda quizás jugarse en el plano de identificaciones agresivas en la saturación de lo imaginario hacia el otro.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

En el relato de madres, se suele reconocer que el hijo cobra sentido para ella, en tanto es el recurso que le permite atar al hombre que la sostiene en su goce perverso. Su hijo no es el falo, ella delira anteriormente en otro lado de lo siniestro *-Madre deshabitada de deseo de hijo, cuerpo abierto para el goce silencioso del padre-*.

Tercero. Ella se desfigura ante la ley y ante su hijo. No sabe a ciencia cierta quien es frente a él, le ama desde ese suelo inestable que le procura el ser madre, pero le odia ruinosamente en su ansiedad. Ser madre no la tranquiliza, no la ilusiona, por el contrario, la perturba, en tanto en su universo, aquel de sus entrañas esta dividido por su propia voz, le grita, y le arrulla, evoca su amor pero también su hostilidad más secreta; su hijo gira como objeto de amor cuando es todo para ella, pero cuando asoma la falta, se vuelca sobre él en una fuerza incontenible, en la que de verdad se desconoce *-no se que me ocurre, no se por que termino sin razón alguna maltratando a mis hijos si ellos son todo para mí-* se observa entonces el drama de muchas madres que no saben, conscientemente, porque vulneran a los hijos y estallan de cara a ellos.

Ella se angustia porque no sabe como habitar el universo de su hijo, sus cuidados maternos son ansiosos y torpes, ni un signo que la oriente para interpretar la demanda de su amor; intenta arroparse en el semblante de madre, pero entre los dos hay fractura y desnudez; sufre, no sabe como cuidarle, como hablarle, como calmarle. Los gritos irreprimibles contra él son protestas a su cuerpo por lo que la habita más allá del hijo, una forma fallida de diálogo con el padre, en la que la aceptación de su propia alteridad esta comprometida por la incertidumbre de no saber como situarse de cara a esa ley, que pretende

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

saquearla de significaciones, sin revelarle nuevamente qué es ser mujer; ley sobre la cual hay muchos velos funestos y que ahora vuelven para desfigurarla. Ella ha sido habitada, pero no tolera que ahora una ley la priven de mala manera de él y de su significación fálica. En ese instante, donde algo del hijo le hace saber de su falta, protesta arremetiendo contra él: *Tú no eres lo que me prometieron -y por efecto de su desilusión lo degrada a objeto de maltrato, seguidamente asaltada y estremecida en la culpa-*.

En ese malentendido del ser madre, encontramos igualmente, como expresión clínica, la depresión de mujeres en embarazo o gestantes, que evocan en esa situación un desencuentro con la ley. Ella cumple el legado del padre, ya es madre de un hijo que no es de él, pero se deprime porque siente que le ha fallado, siente paradójicamente, cumpliendo el mandato del padre, que le traiciona por tener un hijo que no es de él, y eso las mortifica porque no saben cómo estar con el niño que espera o tiene en sus brazos. En la misma lógica, otro malentendido es el de las mujeres que se niegan a ser madres para no traicionar al padre, se siguen reservando a él.

En esa grieta, donde retorna lo no simbolizado brotan violencias sin nombre en las que se disuelven las posibilidades simbólicas entre madre e hijo, se pierden las coordenadas en las que se oriente el deseo. Dependerá de ella si en la pregunta por su hijo algo se desliza hacia la pregunta por su feminidad, si por esa fractura deja pasar al padre en su metáfora, para que algo se simbolice de la grieta primigenia de su desengaño, para que su maternidad y sus hijos no sean donde siempre mire sus espejos rotos.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Cuarto. La ley la captura en su devenir, ella acepta el trance de ser fecundada en su soledad al soportar otra vez el desengaño desde la falta que ya le habitaba. La noticia de su maternidad le procura un estado de subjetivación corporal que la interrumpe, le hace detenerse, nada le será igual, alguien viene recorriéndola en su soledad y ella también debe nacer. Decir que ella pasa nuevamente y en piel propia la experiencia de su castración, significa que la ley vuelve a pasar por su cuerpo, para hacerlo territorio simbólico de palabras para ella y su hijo *-son mis manos las que mejor narran mi historia por eso para hablarte de mí, me es preciso tocarte-* El cuerpo materno transmitirá lenguajes narrados desde el porvenir de su deseo, en tanto, ese pasaje ha dejado una abertura por donde se filtra un goce Otro, que la fuerza a ir más allá de su invasión al hijo, algo la ha dejado vacía de pretextos para ahogarle; su hijo no es lo prometido, pero es lo que ella ama desde la falta que le constituye, y además, le permite situarse en el terreno del amor y el deseo a un hombre; ella habla al hijo del hombre que ama, del que es aún importante en su deseo, es madre sin dejar de ser mujer.

Decir que es no toda, significa que no ha cancelado la abertura por donde se filtra el misterio, su enigma, su búsqueda. Ante la ley ella también desfallece en sus diálogos inconclusos con la voz del padre, pero se sitúa simbólicamente en la falta, no excluyendo la entrada de un tercero que hable de los límites de su goce. Si en medio de su ilusión de hijo aparece la inquietud de *¿qué es ser mujer?*, es signo de la ley en que ha subjetivado su deseo y que permite sentir al hijo como una pregunta para su devenir femenino. El don de la vida consiste en donar el horizonte de una pregunta *-Ella es una nación de delirios para un*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

solo dolor, su hijo no será un grito anónimo, ella le dará la vida pero no la cobrará después cuando asome a sus ruinas-

Con esta aproximación al delirio y agresión materna, a través de los diálogos fallidos con la ley, se deja advertir que el impase de una mujer con el rol de madre, es igualmente inherente a cómo ella se las ha tenido que ver con su propia alteridad, de cómo ha excluido o ha palabreado lo enigmático de su sexualidad. Ella deviene madre en como otorga la palabra, en lo que la hace sensible a su propia alteridad; sus cuidados maternos son cuidados lingüísticos, son actos de invención en el habla; si al anunciarse frente a él no se encuentra en esa sensibilidad, por cuidadosa que sea terminará estropeando a su hijo.

Se observa de la misma manera, que un hijo que no es esperado en el lenguaje, es demasiado esperado para el cumplimiento del goce. En la agresividad materna, un mal retorno de las primeras identificaciones edípicas se pone en juego y conjuntamente con lo fallido en el tránsito de lo imaginario a lo simbólico; en tanto el descubrimiento freudiano, revela que la agresividad es inherente a la relación imaginaria con el otro, merced a su identificación, y como una respuesta por la vía del fantasma a interpretar el deseo del otro; se puede ver que lo que retorna es el circuito de la pulsión que insiste en repetirse por la vía del maltrato.

“En el sólo hecho que la madre transfiera su deseo al hijo, se filtra algo del orden de esa agresividad, pues que el sujeto ocupe el lugar del síntoma, del falo o de desecho, es también una respuesta a la dimensión agresiva del deseo del otro” (Ramírez, 1991, p. 52). Se vuelve a demandar al hijo y a la ley lo irresuelto en la triangulación edípica, con el monto de agresividad que le es

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

inseparable; al hijo se le exige, con la más mordaz soberbia, respuesta por la pregunta *dime tú lo que soy*, y al no encontrarla ella se instala en el punto límite de angustia que la lleva desesperadamente a buscar una significación por la vía del maltrato y en las posibles modalidades, que desde el saber psicoanalítico, se atribuyen al acto; así, aparecen nuevamente los mensajes fallidos dirigidos al Otro y nunca escuchados, si se reconoce o no, en sus actos de maltrato, dependerá de si su angustia la lleva al extremo de saltarse lo simbólico y transgredir el significante del nombre del padre (pasaje al acto), o si su mediación fantasmática aún la sostiene en ese diálogo mudo con el Otro de la ley (acting out), es decir si en la escena de su vida con sus hijos, la ley del padre es aún objeto de sus mensajes actuados, o si por el contrario, éste deja de ser espectador de su vida para ella encarnar en acto su pregunta desesperada al Otro, ahorrándose los equívocos a los que la palabra la somete. Miller, (1988) dice:

Se puede hablar de acting out cuando hay una escena; y esta escena es la palabra, el sujeto se pone a actuar en esta escena bajo la mirada del otro. Le es necesario el otro, pero en el paso al acto, ya no hay espectador ni escena, el sujeto está eventualmente muerto para separarse de la dialéctica del reconocimiento (p. 13).

Así, encontramos actos de agresión materna, en los que ella no sabe lo que la empuja a descargarse violentamente con los hijos y en casos extremos, pero frecuentes, donde ella pacta una nueva significación del lado de la muerte -*si usted no responde por mí, yo me muero con mis niños*- pero del mismo modo maltratos que se consienten en la identificación feroz de lo que el hijo no le

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

puede dar, maltratando legítimamente conforme a sus ideales, *es por tú bien* (López, 2002).

En cada caso, la agresión hacia los hijos es un mal retorno de lo no simbolizado en la castración y en consecuencia un mal posicionamiento en la pregunta por su feminidad.

Se puede decir, que para ser padres simbólicos, se hace prudente, tener interés de dejar de ser hijos, aunque en lo inconsciente lo no simbolizado de la infancia insista en fraccionar y retornar en la palabra del sujeto.

En síntesis, la pregunta a la hora de abordar el síntoma maltratante de una mujer hacia los hijos es:

¿A través de qué fantasma ella se autoriza a gozar con el maltrato a los hijos? Pero también de cómo ella se sitúa en la pregunta ¿Qué es ser mujer? en tanto ello la excluye o la convoca en su alteridad y su goce.

Marco Conceptual

Acto

Trasgresión radical al significante del nombre del padre en tanto éste es el que instituye lo simbólico. El sujeto se subjetiviza en el acto en la medida que se reconoce y se hace responsable de él; condición ética del sujeto a la que convoca el saber psicoanalítico.

Amor

Aparece en el registro imaginario para hacer puente y unir lo que en lo simbólico está radicalmente incomunicado: Los sexos. El trasfondo del amor es narcisista.

Agresividad

Hace parte de la relación imaginaria con el otro donde, a partir del descubrimiento freudiano, se sabe de que es una relación habitada por la interdependencia entre el odio y el amor.

Castración

En la teorización Lacan es la falta simbólica de un objeto imaginario (el falo).

Para Freud es lo que lleva al sujeto a decidir entre el amor incestuoso y la conservación de los genitales.

Inconsciente

Efecto de la división que produce el lenguaje en el sujeto, es decir, de la alineación del sujeto al significante.

Deseo

Resultado de la inadecuación estructural entre el sujeto y el objeto pulsional. El deseo no puede ser satisfecho pues más que a un objeto está ligado a una falta.

Goce

Dimensión del sujeto que escapa al orden que instituye la metáfora del padre y que vendrá a desbordar al sujeto en los actos compulsivos, en el sufrimiento erotizado y en el círculo de repeticiones.

Fantasma

Conjunto articulado de fantasías que remiten hacia la escenificación de la realización de un deseo inconsciente.

Discurso

Si el inconsciente es el discurso de Otro, el discurso será la palabra que falta, es decir liga al sujeto, no al sentido de lo dicho, si no al decir que lo traiciona.

Cuerpo

El cuerpo es un hecho del lenguaje “el primer cuerpo que tenemos es el lenguaje” (Lacan). Un cuerpo se construye fundamentalmente en la relación con otro y para otro.

Objeto (a)

Es la causa del deseo en tanto se articula como un goce perdido para siempre y que se traduce en la pérdida de la primera satisfacción que el objeto le brinda. En tanto es imposible de alcanzar hace posible el deseo.

Simbólico

Registro que viene a instaurar el significante fálico que se instituye por la metáfora del padre y en la inscripción misma del lenguaje.

Sujeto

El que se constituye a partir de la falta en ser del Otro. Efecto de la operación del lenguaje sobre el organismo y que al estar escindido se posiciona como ser hablante. Para Lacan se trata del sujeto del inconsciente, el que se constituye a partir del deseo del Otro.

Zona erógena

Lugar del cuerpo habitado por una profunda excitación de tipo sexual. Zona de intercambio pulsional con el Otro.

MÉTODO

Paradigma

Teniendo en cuenta que esta investigación busca ingresar al campo de la subjetividad de Sara, y que la realidad de un sujeto no es un dato objetivable sino algo susceptible de ser interpretado a través del dispositivo de la palabra, este estudio se abordará desde los principios epistemológicos del Paradigma de Investigación Cualitativa.

Enfoque Metodológico

El presente proyecto de investigación toma como base un estudio de tipo Crítico Social, pues aunque no aspira generar cambios cualitativos dentro de una realidad específica, pretende, desde el método psicoanalítico, interrogar el conjunto de instituciones imaginarias, simbólicas, estéticas, políticas que configuran realidades sociales que la cultura soporta, y a partir de la puesta en acto del discurso de una paciente en el dispositivo clínico.

Enfoque Teórico

La formulación de este proyecto se hace posterior al tiempo en que Sara asiste al dispositivo clínico, orientado por una escucha psicoanalítica, donde la relación terapéutica se da de terapeuta a sujeto. Es a partir del material clínico resultante de dicha relación y, ya en el marco de la investigación en psicoanálisis, que se abordará el presente estudio; procedimiento que guarda una lógica propia en el saber psicoanalítico, pues compromete el campo de la ética, donde no se puede ser investigador y terapeuta al mismo tiempo.

Para su desarrollo este estudio tendrá vía en el marco de una investigación en psicoanálisis, en rigor a su propio método interpretativo, en lo que se

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

denomina la clínica del uno por uno y su validez cobrará sentido, en tanto privándose del orden de las generalizaciones, su interés se dirige hacia la particularidad del sujeto de la enunciación, pues es en la palabra que el sujeto vendrá a revelar su dinámica inconsciente como realidad única e irrepetible.

Instrumento

Se desarrollará a partir de un análisis de discurso, en tanto el material clínico resultante del dispositivo de escucha psicoanalítica con esta paciente, subsiste como discurso, es decir, su valor gira entorno al sujeto de la enunciación, teniendo en cuenta que el sujeto no es autor de su decir sino efecto de su discurso, el cual al no estar ligado al sentido de lo dicho, corporaliza una particularidad del sujeto; de esta manera, éste no sólo enuncia, sino además, se enuncia corriendo el riesgo de verse traicionado por lo pronunciado; el sujeto se desfigura en su palabra y se fracciona en su decir. Es en este campo de la palabra donde podemos encontrar que donde falla la cadena asociativa hablada, se hace presente aquella relación del sujeto con su goce; en el lugar de la escucha psicoanalítica, aquellos significantes vacíos emergen aludiendo a un resto de goce, abismo que se asoma entre las palabras del sujeto. Es importante mencionar que el material clínico está recopilado en grabaciones magnetofónicas, reportes clínicos y apuntes desarrollados en las sesiones terapéuticas.

Procedimiento

Después de construir la herramienta teórica de la investigación, el material clínico, se conceptualizó en las siguientes categorías de análisis: Las huellas del Otro; la castración; culpabilidad y sacrificio; alteridad femenina.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Estas categorías permiten el análisis sistemático de los resultados, en concordancia con los objetivos planteados. Posteriormente al análisis de la información, se sustraen los elementos relevantes de discusión, los cuales permiten concluir y ampliar el panorama de la investigación.

ANÁLISIS DE RESULTADOS

El Alfabeto de Sara

La primera vez que pude escribir mi nombre

Algo se desprendió en mí... tuve la sensación

De que algo aquí dentro se quedaba huérfano

Deletreaba cada letra de ese nombre

deletreaba cada ausencia que vendría.

Antes y después de la palabra está el signo

Y, en el signo, el vacío en el que crecemos

Así, siendo herida, sólo el signo es visible.

Pero el ojo miente.

(Edmond Jabés, 1984. p. 90)

Narraciones entre espejos rotos. Cuando Sara habla convoca las sombras de su alfabeto, los anonimatos de los que viene, sus ires y venires en las fracturas del tiempo del Otro; la palabra de Sara reclama un lugar para narrar lo que la muere ¿Cómo iniciar este viaje por las palabras de Sara? Por su grito. Por la puerta de un desgarramiento suyo, por la explosión de un silencio mordaz en su vientre.

¿Cuál es el grito que le duele? El de sus hijas. Ser mamá le duele en el cuerpo y en la sombra, entonces grita y se suspende, grita sobre sus dos niñas, dos espejos en los que no se reconoce, dos espejos que la fraccionan. Sara no soporta escucharlas llorar, algo la muere en ese llamado y le desfigura la vida; cuando Jhoana y Melisa lloran, Sara no se contiene y les violenta con un grito,

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

les sacude, luego se arroja en llanto aferrada a ellas. Por ese grito que la deshabita Sara demanda ser escuchada¹, *“necesito ayuda... se que estoy haciendo daño a mis niñas, yo las quiero, pero no se porque termino agrediéndolas, no me puedo controlar, termino gritándolas y luego...luego... no sé que me ocurre, la vida se desploma”*.

El grito de Sara es un llamado a las fuentes de los signos, pero desconociendo los senderos de la palabra; un salto no premeditado a los orígenes de la sexualidad, desatendiendo la erótica a la que la palabra convoca; un atajo para buscar respuesta en los orígenes comunes, aquellos donde el sujeto se ve de cara a la angustia de hablar, en la demolición del Otro. El grito precede a la palabra y la palabra es el terreno de los equívocos del sujeto; así, el grito es una huida a los equívocos que la palabra somete, huida a la erótica de los desencuentros con el Otro, a la erótica de la falta. Sara grita de espaldas a su castración, huye por la puerta trasera del impase del lenguaje y retorna desconocida para ella misma, suspendida, deshidratada del agua de los verbos que no la recorren. El impase del lenguaje consiste en la imposibilidad de encontrar respuesta a la pregunta por el ser propio, y ahí, Sara huye por la puerta trasera. Cada grito en que repite su angustia es una laceración de lo simbólico que la hace, eventualmente, desfigurarse frente a sus niñas.

¿De dónde viene el grito de Sara? Ese *“no me puedo controlar... no sé qué me pasa”*, habla de los sustratos que la recorren, los cuales al cobrar terreno la dejan sin vínculo con el otro de sus entrañas, al margen de los materiales de la metáfora. Lo que viene a reclamarse en un grito como fuerza subterránea y

¹ En este capítulo, los textos de Sara se especificaran usando letra cursiva y comillas.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

amistosa de las grietas del decir, es la emergencia de la pulsión, la cual evoca el rastro del Otro al pasar por los orificios de su cuerpo, la traza de esos primitivos encuentros donde sus intercambios quedaron grabados como horizontes en el cuerpo, dibujando la letra de sus retornos hasta esa primera erótica con el otro encarnado. La pulsión es la que vuelve de la fascinación con los restos del otro, no de la seducción en la palabra, sino del otro reducido a los objetos que proporcionan goce, se trata de esa otra metafísica de la presencia del Otro en la extimidad del cuerpo. La castración desata esa doble travesía, en la que el sujeto ha pasado por el orificio de las palabras de otro, consecuentemente, a la travesía que el Otro ha hecho por los orificios de su cuerpo, resultando así, la herida de la palabra y el cuerpo; la palabra se vuelve el campo donde se transforman y desplazan los cuerpos, y el cuerpo se hace la síntesis de los alfabetos olvidados en el tiempo de los otros.

La palabra y el cuerpo son las regiones de la huella del Otro, por ahí se filtra la dialéctica de su goce y su deseo, a partir de la cual el sujeto se hace a un síntoma. El síntoma exige estar sujeto al Otro de la ley, pero también, cierta fidelidad al empuje de la pulsión, cuyo movimiento, si se subjetiviza en la palabra, pasa a traducirse en el deseo, por el contrario, el goce es la pulsión que no ha logrado articularse al campo de la palabra, lo que del Otro no se ha alcanzado a simbolizar; se trata de una dialéctica en el campo del Otro que exige al sujeto ubicarse en la palabra, enfrentándose a lo indecible que le recorre en el cuerpo; ahora, la posibilidad de hacer puentes entre esas dos exigencias es a través de los materiales de la metáfora del deseo.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Lo *indecible* del goce no es lo más lejano para el sujeto, se desliza en su sustancia más concreta: El cuerpo. Se puede experimentar la lejanía del otro en el lenguaje, pero cuando la pulsión exige al cumplimiento del goce, el otro asoma con su cercanía anónima. La angustia muerde en los márgenes del cuerpo, el punto donde se carece de mediación simbólica para articular el goce a la palabra; de esa fractura el goce cobra su cuota a través del *sufrimiento del sujeto, la máxima erotización que se acuna en los pliegues del cuerpo*. La vibración del cuerpo que grita, es el escenario de la pulsión lacerando las superficies, algo retorna cobrándose lugar en el padecimiento del síntoma.

Lo que está por recorrerse es cómo el grito de Sara dice de la herida de su cuerpo y de su decir, de cómo la fascinación de laborar con los restos del otro, correlato de los destinos de la pulsión, la excluye y la destroza en lo insoportable de su síntoma: El dolor de ser madre. En otras palabras, de cómo el que la recorre por su herida, la somete a desconocerse entre los llamados de sus niñas, de la violencia que la expulsa en lo incontenible de un grito, ahogando su palabra.

El síntoma aparece donde menos se lo espera, con la precisión justa para hacer tambalear el campo de significaciones que sostienen al sujeto, de ahí que el sufrimiento resulte una paradoja que muerde; el síntoma interrumpe donde él más se erige sobre la levedad de sus semblantes, donde más se engaña intentando decir la verdad ¿Qué significantes sostienen a Sara? *“Mi vida se derrumba, mis niñas son todo para mí, no tengo más nada, no tengo a donde ir, no soy nadie sin ellas... y ¿Yo? ¿Por qué les lastimo?... me retumba cuando las escucho llorar, quejarse, es como si un hueco me abriera por dentro y no lo*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

soporto...tan pequeñitas y yo gritándolas, agrediéndolas...” Su grito irrumpe sobre lo que más la significa, Sara se esfuerza por ser buena mamá, pero en instantes se desconoce en ellas, y eso la mortifica; Sara no encuentra en sus niñas reflejo de lo que ella es como mamá, y se abalanza sobre ellas exigiendo respuesta por su extravío; al otro íntimo le dirige lo imposible de la pregunta por el ser propio, pero del lado de su desesperación en acto, con la hostilidad ligada a la incertidumbre que le produce no saber quién es en el deseo del Otro. “*¿Qué soy yo si me siento mamá mala, cruel?; ¿Quién soy para ustedes?; ¿mamá?... ¿Pero me quieren?*” Sus niñas nunca responden, sólo lloran despertando en Sara signos de lo que vuelve y se va con la velocidad más cruel. El síntoma es el límite donde palabreamos sobre los abismos del lenguaje para intentar hablar lo indecible; por eso, en ese trance, nombrar lo insoportable cuesta padecer la gravedad que nos atrae entre palabra y palabra; Sara tambalea en el decirse madre, presintiendo la sensación de ahogo y los cataclismos que le harán saberse herida, saberse en falta “*Siento que el aire me falta... ellos afuera piensan que lloran porque yo les estoy haciendo daño.*”

“Yo les cuido con amor, les llevo a la escuela, hago las tareas con ellas, les acuesto, las despierto, les llevo al parque, trato que estén bonitas, estoy pendiente de cómo se sienten, si se enferman (...) no tengo otra vida, pero saber que les hago daño me hace tiritar la sangre (...) me quedo muda, con culpa (...) y me agarro de ellas como si mi vida pendiera de un sólo hilo que se gasta (...) no me gusta que lloren porque ahí no se que hacer (...) yo trato de tranquilizarme y de tranquilizarlas, siento que si alguien las escucha

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

llorar, me van a regañar, entonces me desespero y a veces no me contengo y las niñas mas lloran (...) no encuentro palabras”.

Árida de palabras donde tanta humedad la llamaba, despoblada, donde tantas voces le gritaban al tiempo; sucumbir al goce cuesta ensordecirse al deseo del otro, no escuchar los signos que el otro traza para volverse palabra, para encontrarse en la ruta de un decir distinto de cara a la incertidumbre del deseo, ahí donde algo agoniza.

Sufrir cierta sordera en el deseo no le permitía a Sara descifrar el llanto de las niñas, por eso agoniza prematuramente en un grito; en el universo simbólico materno, el llanto es dado a interpretarse como un llamado, pero ahí Sara sólo es la explosión de un silencio: Vociferaciones sin fe de palabra, la llaga del otro.

El sujeto se aferra a los hilos que levemente lo sostienen cuando algo amenaza con derrumbarse, esos hilos son significantes con los que se pacta un devenir para desplazarse en el deseo de los otros. Sara pende de un hilo, el único que la puede soportar en lo simbólico, sentirse mamá es suficiente para tolerar lo insoportable, pero saberse “*mamá mala*” y no poder engañarse en ello, la fracciona, el hilo amenaza con romperse, entonces, se agarra a las niñas, ajena al límite que separa su vida y su muerte, con la pasión que la presenta extraña en el amor por ellas:

“Ellas no me dicen nada, pero creo que me desprecian, yo las veo tristes (...) que pesadillas, sueño que yo las busco, pero (...) ellas no se dejan ver, pero de lejos gritan, ¡por qué nos haces daño!, lloran y me dicen ¡por qué nos quieres matar! (...) y yo no sé (...) me duele aquí adentro (...)”

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Sufría de escasez de palabras cuando el impulso de vivir más la convocaba a descifrar su deseo de madre entre los otros, ¿Qué palabra le duele a Sara? Buscaba descifrar el llanto de sus hijas, pero faltaba cierta complicidad para encontrar voz en sus preguntas atoradas, *“que fe he ganado en lo que digo, si ha nadie logré decirle algo de mí (...)”*; nadie ha escuchado la desazón de sus huesos, su cansancio de buscarse en los ojos de otros y no encontrarse.

(Sara) ¿mujer?... sólo Sara ...

Sara se quejaba de huerfandad de oídos para su dolor, cierta fractura presentía en las canciones que sus niñas acarreaban del jardín; si ya no era ser mamá lo que la renovaba entre sus sombras ¿Qué nuevo mal aparecía? Asomaba un dolor más antiguo, la palabra que le dolía era su nombre, *“creo que aprendí a responder a ese nombre de mala gana...Sara, recuerdo sólo era un grito diario en la boca de mi mamá...Sara me llamo, y sí, respondo, pero me quedé esperando...no sé, cariño o no sé qué”*; esperando a que otro le trazara la ruta para encontrarse en una mirada que le concediera los secretos para inventarse una metáfora para vivir.

“Hice todo para que me mirara con cariño, pero yo no sabía que quería de mí, tal vez nada, ¿Por qué me odiaba? -no me jodas ¡lárgate a la mierda!- me decía cuando me le acercaba. Y la mierda era yo”. Verse como desecho de otro era en Sara la premonición de un destino, el de la sombra que no se puede despedir, el destino de las carcajadas del mundo en su cara, el destino de una salud tan pobre escrita en su cuerpo. *“La mierda soy yo”* es el cumplimiento de ese designio materno:

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Ocupar el lugar de los desechos y eso en Sara se había vuelto una sana costumbre en el maldecir de su familia.

“Y claro me orinaba...y no sé... me acuerdo que gritaba de frío, mi mamá me saco a la madrugada y me metió a la poceta... me dejó afuera, no me dejó entrar más –¡para que no te orines más, perra!- lloré hasta cansarme, donde vivíamos era retiradito del pueblo, en el campo, pues no escuchaba nadie y en la casa era como si estuvieran sordos”.

La memoria de su cuerpo es cada grito que le escribieron los que no le hablaron, los que se habían quedado sordos para su dolor: *“Nadie me escucha... por Dios nadie me escucha...me da miedo vivir”.*

“Casi nunca me hablaba, ella mandaba a gritos y castigaba... sentía su desprecio, quien sabe por qué, tal vez porque yo era una niña y no niño”

Alguien se había callado, silenciado perversamente en las fisuras de su castración donde era urgente una palabra de otro para decirse mujer, hubo un silencio de muerte para las preguntas sin respuesta de su sexualidad, en ese silencio se desplomaron sin prevención alguna las primeras soledades que recorrieron su cuerpo; cuántas cosas se fueron al suelo, las preguntas de su piel, las miradas negadas y afiladas, la certeza de un grito en el asesinato de las palabras y con ellas caían su voz, sus ojos, su piel devastada en el goce del otro, en la soledad árida donde había pocas señas para encontrarse en la pregunta por su feminidad, escasa erótica para transitar por la castración; qué quedaba, sino el deseo de agarrarse a ese otro como único caudal para respirar su existir, abrazarse al otro sometiéndose a su violencia de sacrificio, anónima en el deseo, pero viviente en las marcas de su cuerpo.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

“Yo sentía su rabia hacia mí, pero más me apegaba a ella. Yo la buscaba como mamá, que me protegiera, que me hablara, pero ella todo lo ahuyentaba sólo con sus ojos, me esforzaba en hacer bien lo que ella decía, en complacerla, en no faltarle...no fui desobediente...de un grito me mandaba al mmm...creo que así crecí, bien muda”.

Ser obediente ha sido el porvenir de su vida, responder al deseo del otro con el dolor propio, *“mala hija no he sido, le he cumplido, siempre aunque me alejé hice lo que ella quería, un poco tonta y enmudecida”.* Una promesa de cumplimiento que nunca se traiciona, la orden es: Sé fiel a los desechos del otro:

“¿Caricias? -¡no me hagas enojar mal nacida que yo si te reviento!- eso decía, Mamá Raquel, así se llamaba... lloraba poco, maldecía mucho...se quejaba mucho, de sus dolores, de nosotros, más de mí, de la vida...ella hablaba muy feo, los ojos también, me asustaba, todo era con insultos hacia mí, con mis hermanos no tanto”.

Marcas de otro que no donó su palabra, sino que hizo presencia en medio de circuitos de goces fallidos.

El otro no sólo escribe con su deseo, sino también con sus restos, así, lo que asoma en la pulsión es lo que del otro no se ha logrado simbolizar en el lenguaje, no obstante, la desproporción que recayó sobre Sara, fue de tal magnitud, que la dejó no herida en la palabra sino silenciada en un goce incontenible; la llaga de otro hacía al sujeto irreconocible en su metamorfosis, el otro materno eran las vociferaciones que le comía en la piel; por el paso del

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

otro se filtran sus restos, pero ese odio materno carecía de límites simbólicos que hablaran de la falta, mediando en ese pacto con la sombra materna.

“Mi mamá me hacía sentir sucia, despreciable (...) avergonzada de mí crecí yo; no quería que vaya a la escuela (...) pero fue la que me enseñó a arrodillarme a Dios ¿Qué hacía yo pequeñita, con tanta vergüenza ya en mí vida?” Puntada certera el ligar la violencia del goce al espectro de la ley de Dios, destreza ampliamente difundida para todas las dictaduras que se ejercen sobre el alma, que pasan por el rostro con la esguince de una mirada cuchilla de una ley desquiciada y esquivada a la vez *“(...) y ¿Cómo yo iba a levantar la cabeza y los ojos a Dios, ah?”* Sara permaneció arrodillada de terror, obediente esperando a que el mundo se desplomara para poderse levantar, pero su mundo eran los ojos de Raquel y esos permanecen imponentes en el universo anímico de Sara.

Mirando sus ojos Sara aprendió a esquivar las miradas del mundo, las miradas de todos, tanta frialdad y silencio de muro en los gritos de Raquel le horrorizaba: *“Siempre me cuesta ver a los ojos a las personas, reírme tranquilamente, decir cualquier cosa, es como si estuvieran a punto de callarme”*. Sus ojos y su voz la recorren, la navegan maliciosamente en cada agonía del deseo. La voz y la mirada del otro son los primeros registros antropológicos que fundan al sujeto, en tanto es por donde se transfiere el deseo del Otro que le constituye, pero en Sara una especie de “mal aire y mal de ojo” fue lanzado al nombrarla; es prudente hablar de los signos, virtudes y males que el otro transfiere con su deseo. Sara carga con la fractura del deseo de Raquel, pero de forma tan adversa, que no puede mirar sino colgada de su

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

sombra. *“De niña estaba como en el limbo, no entendía nada, sentía que hasta los perros estaban ladrando por mi culpa.”*

Raquel cocinaba sus resentimientos con Sara, no tenía significaciones para ella, quien evocaba su rabia más secreta, y en ese vacío árido de palabras gozaba sin límites, entretenida en el asesinato del alma de Sara.

Ese odio abiertamente declarado del otro materno, era objeto de una meditación desolada en la infancia de Sara, ¿Qué soy yo para el deseo del Otro? ¿Quién me nombra? ¿Cómo me mira? ¿Qué significo para él cuando me toca? Son enigmas imposibles que subjetivizan en el lenguaje, y en tanto instalan al sujeto en la soledad donde las incertidumbres muerden, se tienen que palabrear; -palabrear las incertidumbres que corroen en el alma-. El niño se la juega toda entre esos enigmas y empieza a responder al deseo del Otro, a orillarse entre la verdades nunca dichas de su origen.

“¿Qué sabía yo que era lo que quería de mí?” Se preguntaba Sara entre sus búsquedas.

¿Qué soy para el deseo del Otro? Es una pregunta que pervive en el lenguaje para fundar el deseo, no obstante, Sara encontraba como respuesta un cementerio de palabras en las marcas de su cuerpo, *“soy una mierda”*, eso es lo que había extraído de la masticación funesta que Raquel hacía de sus propios desechos, pero en su nombre.

“Para mí la casa era el rugido de mi mamá, sus quejas, sus dolores, sus gritos, sus afanes, nada para mí, nada mío, nada propio, que feo es sentirse arrimada en cualquier parte, así me sentía en la casa de mi mamá, ahora igual me siento arrimada, en una casa de mi suegra, ahí también soy mal

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

vista, sabrá Dios porque, es feo porque no sé qué es tener casa...de niña jugaba a hacer casas afuera, en el solar de la casa...afuera”

La exclusión más radical que padece el sujeto es la del deseo, siempre arrimada ocupando el lugar de lo desecho, excluida de un porvenir en el Otro.

Sumergida en esa atmósfera de exclusión y masticación psíquica, encontró la negación a su cuerpo de mujer, la que se amurallaría en su devenir femenino.

“Qué es que te miras en el espejo, si ni para que te hagan hijos haz de servir”.

Son las palabras que Sara recuerda de Raquel. Ella vivió el ser mujer como una maldición de otro, como un sentir confundido entre culpas, con rastros de rabia por no haber respondido al fantasma materno, y eso no lo podía ocultar ni su nombre, ni su imagen en el espejo, *“crecí avergonzada de ser niña, creía que ella me detestaba por eso, no puedo hacer nada, me cuidaba con rabia, casi pocas veces recuerdo que me peinara, será por eso que tengo el pelo como alambre, rebelde y escaso”* ¿A quién dirigirle su pregunta por su feminidad?; ¿Qué voces la acompañarían en su pasaje por la castración?; ¿A partir de qué ley, inscribir algo de su sexualidad en el lenguaje?; ¿A partir de qué ley encontrar vía para interrogar sobre su goce, el de su alteridad, Si en cada grito de Raquel acontecía el ahogo de la voz del padre?

El padre de Sara no estaba reconocido en el discurso de su madre, *“hablaba de él con insultos, -ese de tu papá es un pobre hijueputa que no sirve ni para esto-”* Raquel no permitía la entrada de otra voz distinta, en tanto gozaba del lugar que le otorgaba ser el amo de sus hijos bajo una ley desquiciada; Raquel era el semblante de la ley perversa donde expiaba lo fallido de su sexualidad, en la vía de hacer de sus hijos territorio privado de su goce, marcándolos,

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

disfrazando en la exigencia de cumplimiento a sus mandatos, las miserias de sus restos: *“Ella sólo ordenaba, mi mamá siempre cuando se le entraba el judas decía -ningún malparido me va a decir como sentarles la mano a ustedes-”*; ese goce se lo había reservado sólo para ella.

Sara tampoco encontró un referente paterno, alguien que mediara con su voz en la voracidad del odio materno; en el discurso de Sara no aparece un padre que viviera siquiera como ausencia, como horizonte de búsqueda:

“¿Mi papá? No sé, el que decían que era, era un visitante ocasional, llegaba de vez en cuando y borracho, yo si le decía papá, pero recuerdo pocas cosas de él, no me gustaba que llegaba a manosear a mi mamá(...) sí, borracho, y más rabia que mi mamá se dejaba, maldecía pero no protestaba de las pisas que le daba, de él recuerdo unos malos golpes, casi no me hablaba, pero eso sí, para quererme pegar si era mmm, pero yo si no me dejaba”.

Raquel asesinaba al padre en la palabra, manteniéndolo disponible para su goce; al que Sara llamaba papá, se entretenía con Raquel del lado del goce y se quedaba sin palabras para ella, aún así, se creía en el derecho de maltratarla; no era un padre que le donara una solución para articular el goce a la palabra, en tanto, del lado de lo perverso de su goce, desmentía de la castración:

“Un día llegó borracho, yo estaba afuera y como no hice lo que el quería me dijo -yo no soy tu papá, anda pregúntale a esa de tu mamá, yo creo que ese ya se murió, de ahí hice como si papá nunca hubiera tenido, o muerto que es lo mismo”. En el decir de Sara ese padre estaba enterrado y aún así

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

subsistía ausente en la palabra, pero demasiado expuesto a nivel de su perversión, sin velos de represión suficientes para su goce (Soler, 2001). Raquel estaba ligada al padre de Sara, no por el deseo, sino en tanto despreciable, le permitía gozar silenciosamente como semblante de su aspiración fálica; hacía el ofrecimiento de su cuerpo desmembrado para que otro goce con ella y ahí, entretenida, se quedaba sin palabras que narren algo de su deseo frente a los hijos, se daba como mujer objeto(a) para pervivir en lo siniestro de la ley. Raquel mujer deshabitada: Cuerpo abierto para el goce silencioso en la sombra del padre.

Sobre el cuerpo de Sara no hubo quien susurrara la verdad del deseo, demasiado entretenimiento al servicio del goce, la hacía vivir en un medio donde se evadía la falta, la palabra; el vínculo materno la desechaba en el deseo, el paterno estaba muerto en la palabra y vivo del lado del goce.

Lo irrespirable, era esa desertización de los encuentros, pocos signos para saberse mujer, para saberse otra para ella misma y pactar con la soledad de su cuerpo en el lenguaje, para narrar su sexo y sus lágrimas siendo herida en la palabra, para parir desde la voz, un nombre para sí misma, para intercambiar secretos del habla por despojos, para ir y venir tejiendo en la telaraña sus intentos, sus sombras significantes.

“Que no oís, ¡que te largues para afuera!”, y del afuera sustraería en secreto un poco de aire para vivir, aprendería a mentir religiosamente del amor para salvarse: *“Nunca decía las cosas que realmente quería, me las guardaba, aprendí a desear todo en secreto, hacía trampa para que no me regañen, pedía cosas que en el fondo no quería y me las daban, a veces me acuerdo, cosas*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

que si quería y que ellos pensaban que no quería, vera no, decía mintiendo que no me gustaba ir a cortar la hierba y me terminaban mandando para allá y como era lejos me quedaba jugando por ahí, lejos de todos, y era feliz(...) pero con lo que no me funcionó fue con la escuela, yo decía que no quería ir, todos mis hermanos iban a la escuela, y yo si quería, pero ahí si mi mamá no quiso... después, fue por la profesora que mi mamá no se pudo negar, llegué a la escuela a hacer de las mías, era una salvación, la profesora era muy buena”.

Afuera inventaría, entre juegos, fugas para los terrores que le fueron sembrados, “tenía miedo, pero jugaba con lo que podía, eso si era una loquita para jugar...mi mamá era rara, no me dejaba jugar con mis hermanos, pero jugaba, se me olvidaba el mundo jugando, mi mamá chillaba de rabia porque de jugar se me olvidaban hacerle los mandados, ya era más grandecita”.

Libidinizar el mundo de afuera entre juegos, en Sara era una resistencia, una insurgencia del alma.

“Tréboles de cuatro hojas, a eso jugaba, a buscar tréboles de cuatro hojas, para la suerte decían, bueno a veces en el parque todavía buscamos tréboles con las niñas... quien sabe...” Fuga, signo de metáfora.

A los dieciséis años Sara huye, se desprende de esa primera atmósfera de maltratos, deja la casa materna sin decir nada a nadie:

“A los 13 años empecé a salir con amigas, a bailar, a tomar, así andaba, mi mamá me seguía y corría a sacarme de los pelos de cualquier baile, una vez quiso quemarme, yo era lo peor para ella (...) me salí (...)me vine sin nada a Pasto”.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Sara en fuga quiso sentirse mujer frente a un hombre, pero ya había muchas fisuras en su psiquismo, llega a la ciudad y se casa con Arturo, su primer hombre de lo que resulta su ofrecimiento descarnado al sacrificio de otro, Arturo es el estrago de su vida, el que la rechaza indolentemente, y al mismo tiempo, el que cosifica su cuerpo en el abuso y el maltrato.

Sara mano que araña con su silencio rojo

Ella se incendiaba por dentro

Y del humo alimenta a sus niñas

Quemaron su nombre para sellar su sangre

Y fue mirada de mala manera

Y fueron ocultos todos los suspiros

No ha cesado de arder con los pétalos

De una infancia trasnochada

Sara, fluidos y trasnochos

Niña lágrima de petróleo en mis cenizas aún en brasas

No llores más... estoy herida en la fe

Así se quemaba por dentro

Con cada lágrima ajena del mundo que no entendía

En cada reclamo de vida

En cada grito de mamá

Sara danza en el humo

Sara se asfixia.

Sara Mal Herida en su Diferencia

“Quiero ser la mejor hija del mundo y también la mejor mamá”

(Sara)

¿Quién es Sara entre sus hijas y la sombra materna?. Una herida sin descifrar, un silencio entre paréntesis. Lo que cayó sobre Sara fue la incógnita de cada palabra mal dicha, los maldecires a cada invención de horizonte, el sacrificio de cada letra de su nombre, objetos y artefactos deslibinizados.

Sara, sigue laborando secretamente entre esos despojos y elige ¿Qué le quedó después de laborar entre ellos?. Un grito, su mal instalarse en la falta, su resentimiento con ella misma, su interés a repetirse en una historia de desarraigo maltrato y exclusión, sus intercambios a través de los cuales goza de su dolor, su insistencia a convocar al Otro de la ley en las marcas de su cuerpo, una maternidad melancólica y esperas sin cronología.

Esto es lo que se deja entrever en el discurso de Sara, en el marco de sus elecciones subjetivas, en el conjunto de sus relaciones que encontraron destino a partir de las huellas primitivas del Otro. Siempre fue una elección saber qué hacer después de laborar con los restos del Otro; el saber psicoanalítico, apunta a devolverle al sujeto la responsabilidad subjetiva de sus elecciones, y eso concierne a su ética con el sufrimiento del Otro: El síntoma es una elección, elección inconsciente, claro, pero de ese sujeto, de nadie más.

Si el síntoma es una manera de gozar del sufrimiento, entonces el sujeto se sostiene de su propia insatisfacción, y ahí, hay una responsabilidad que le convoca. ¿Qué hace Sara con los artefactos que le cayeron?. Inventarse un síntoma como respuesta a la falta del Otro. En el saber psicoanalítico, no se

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

habla del que está sujeto a las determinaciones del padre y la madre, se trata del que está sujeto al lenguaje, cuya abertura hace posible el margen de una decisión subjetiva. Padre y madre son lugares de discurso, lugares de la falta en ser, atmósferas primeras para las metáforas del deseo; el sujeto es el que interpreta el querer de los padres, y el que decide que hace con ello, en eso consiste su particularidad y su responsabilidad subjetiva, en inventarse un devenir por la telaraña significativa que le precede. El dispositivo de escucha psicoanalítica, opera sobre lo que al sujeto lo llama a hacerse responsable, desde los lugares inconscientes, de su laborar con los restos del Otro. En la atmósfera familiar es necesario admitir que circula el anonimato de una violencia secreta, la praxis ética del psicoanálisis consiste, en que el sujeto se responsabilice de sus propias violencias para acceder a su alteridad.

El síntoma se moviliza por una economía del deseo, por principios de circulación que son en sí, regímenes de signos por donde acontece el empuje de la pulsión en la economía de las aspiraciones subjetivas, no se trata de planos de referencia atribuida a las esferas y determinaciones familiares. La materialidad de esos signos, le hacen hablar al sujeto como extranjero para sí mismo, “tartamudear como extranjero en la propia lengua” (Deleuze, 1980, p. 48), tartamudear en ese río de silencios que le preceden.

Concebir el sujeto como efecto del lenguaje, brinda una apertura para saber de la alteridad de Sara a pesar de su exclusión, alteridad que subsiste en las gritas de su decir, ¿Cómo ella elije posesionarse en la falta?, ¿Cómo hace trama por las rutas de lo que insiste, desde la otra escena (inconsciente), en desconocerla, en hacerla anónima frente al Otro?.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

El efecto de la ley sobre el sujeto es la erótica por la que promueve sus encuentros, es la grafía por la que interpreta el querer del otro, sus límites y excesos buscando lo perdido, la singularidad de sus prevenciones o aspiraciones con el otro. Vamos a detenernos entonces, para vislumbrar el posicionamiento frente a la falta, en esa gramática de encuentros y desencuentros por las que Sara asume la ley del Otro; es decir, de la singularidad de su erótica, cuando de antemano, algo ha persistido en silenciarla como alteridad para ella misma.

En el relato de su dolor, Sara muestra cómo se posiciona frente al Otro de la ley, cómo se renueva y desfallece en lo que la hace soportar lo insoportable, lo que la fracciona en el tiempo del Otro mientras erotiza un viejo dolor: *“Me persigue la idea de que voy a hacer cosas malas, que le hago daño al que se me acerca, así me siento, míreme, haciendo daño a lo que más quiero”*; *“no me demoro mucho en el espejo arreglándome”*; *“camino como avergonzada, ¿Pero quién va a mirarme?”*; *“esa casa estalla todos los días y yo callada, viviendo como una arrimada”*; *“aprendí a esperar todo de los demás, a hacer pocas cosas por mí”*; *“camino despacio, como vacía”*; *“no quiero llegar a esa casa... me hieren, me hacen sentir fea; que feo llegar sólo a recibir insultos”*; *“es mejor olvidar, pero ya no puedo”*; *“no sé quién soy”*; *“vamos al parque a buscar tréboles”*; *“vivo en una pesadilla, no aguanto más”*; *“yo quiero que mis niñas rían, que jueguen”*; *“me duele hablar”*; *“me asfixio”*; *“mi vida es un cuarto oscuro”*; *“nadie escucha, todos sordos”*; *“he soportado humillaciones (...) por las niñas (...) son lo más hermoso que tengo, nadie les va a decir feas”*; *“a veces creo que no debo acercarme a las personas porque siento que les voy a hacer daño”*.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

En este enunciado se observa que la ley del Otro es una brecha que la separa del mundo, de la que heredó el abismo que no la deja amar o sentirse amada sin el horror de la culpa que la atenaza; espectadora sin entender, de una distancia ingrata con el mundo. La ley que brama en enunciados como “todo lo que tocas lo dañás”, la privó de una erótica para el otro y del verse como desecho en el universo materno, le quedó el sentirse expulsada, rechazada en cada encuentro; Sara busca que el otro salde la deuda de un reconocimiento fallido para ella, pero la llaga de esa voz perversa incursiona para hacerla huir a la violencia del goce, antes que el Otro la confronte en su castración, esto lo vemos en las constantes huidas de Sara a aferrarse a su sufrimiento o al maltrato cuando más el otro la convoca a saber de su herida; por ejemplo, en el llanto de las niñas. El otro es esperado con ansiedad de muerte, pero en la proximidad del encuentro, una ley la hace sentirse aterrorizada de sí misma y la separa, esa ley es la que llama al cumplimiento del mandato materno.

La significación fálica

En los despertares de la sexualidad infantil el enigma por el deseo del Otro se fraccionaba en el lenguaje materno que no la reconoce; por las miradas y palabras de Raquel se filtraba una certeza asesina, “*soy una mierda para mi mamá*”; esto es lo que enferma a Sara, no la incertidumbre del Otro, sino el presentimiento de esa certeza en el lugar que se le había otorgado, el de desecho. En su discurso, Raquel es la que goza con el abuso y los maltratos, quien a la vez, necesita de otro para transferirle la responsabilidad de sus actos, otro donde expiara su amargura, “*por tu culpa estoy como estoy*” escuchaba frecuentemente Sara en voz de Raquel, la cual, en su imposibilidad de ubicarse

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

como no toda, sacrifica cada letra del nombre de Sara bajo el signo de su hostilidad más secreta. Sara no es delirada en el lenguaje porque para la madre no tiene una significación fálica, ella goza fálicamente pero en otro lado de lo siniestro, en el asesinato de la palabra del padre, quien promueve, con su decir, el saber de la diferencia.

En un medio familiar donde se privilegia el goce, las sexualidades que circularían serían poco solidarias con la diferencia, eso lo vivió Sara en sus primeras emergencias pulsionales; en su pasaje por la envidia fálica, estaba implícita la intención de alejarle del saber de la diferencia, aunque en los privilegios hacia sus hermanos ya estaba marcada en el trato “*¿Por qué a mí me maltrato más?, a mis hermanos no tanto*” se pregunta Sara. Raquel se esforzó en tenerla alejada de sus otros hermanos; para ella no sólo era enfrentar y asumir la diferencia sino, además, sobrevivir a la lejanía del Otro que le permitiera encontrarse en su diferencia.

La madre no sólo la privó, con una ley irracional, de algo importante (el falo) sino, al excluir la metáfora del padre, de palabras que le permitieran significar esa herida, para encontrarse en la pregunta de su ser mujer. Sara estorbaba para el goce de Raquel, pero al mismo tiempo, la condenaba a ser testigo silencioso de su goce, el otro la priva de los significantes necesarios para saber de su sexualidad, de su cuerpo, pero además le propone un destino cruel, celar el goce incestuoso materno; Sara no sólo ocupaba el lugar de desecho, sino por añadidura, ha sido expuesta a ser centinela del goce en el estrago parental.

Desde esta posición de vigilia a través de la cual regiría una elaboración fantasmática frente al Otro ¿Cómo formularse una pregunta por su sexualidad?

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

En el discurso de Sara es evidente como Raquel busca encarnar el falo en el semblante de su ley, ¿Cómo responde Sara a ello?, buscando ser reconocida en esa ley de falo absoluto de la madre, así sea como desecho o como centinela de su goce. Sara no lo tiene, pero desea tener una significación para otro que si lo tenga, ubicándose desesperadamente en una lógica de sacrificio en el fantasma del otro; se mantiene obediente, pero ahí es donde ella más sufre y goza, protegiendo el goce de la madre; ¿En qué se puede entrever, además de su obediencia, esa entrega de Sara?, en la culpabilidad que le recae al abandonar o separarse de dicha postura, en la dificultad de traicionar ese legado.

Lo más dicente, en Sara como postura frente a su castración, es su interés a repetirse en una dinámica similar de exclusión, y en escenarios que le permitan gozar del mismo modo. Sara huyó a los 16 años de su casa materna, pero no de sus sombras, las que se han quedado velando en cada horizonte del deseo; desde ese tiempo, tolera un ambiente familiar en medio de voces hostiles que son evocación latente del territorio materno, con su suegra, cuñados, y esposo, que se empeñan en hacerle sentir su desprecio: *“mi suegra pensaba que las mujeres traen mala suerte...cuando Meliza nació, también decía que las mujeres traen desgracia, sólo sirven para que les hagan hijos... pero que yo ni siquiera para eso había servido, no había sido capaz de darle un hijo varón a Arturo”*- otra vez bajo el signo de negación a su feminidad donde ahora justamente sus hijas la convocan, pero Sara sólo se aferra a ellas de mala manera, entre gritos. En Sara se repiten las mismas violencias anónimas que se cocinaban en su contra, el maltrato es un destino, memoria de los

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

privilegios del otro en su cuerpo que la ofreció al goce, *“es como si hubiera nacido sólo para aguantar humillaciones toda la vida, verme humillada”*. El falo negado se traduce, en el mundo anímico de Sara, en la falta de amor, y eso le resulta una queja, de no ser escuchada, de no ser importante para alguien, de no sentirse mujer para nadie. Cada encuentro significativo en su vida es un intento de respuesta a su sexualidad sobre la que, marcada por el desencuentro, supo inventar una melancolía; primero con Arturo como mujer, y más tarde con Johanna y Meliza, como madre, a ellos dirigiría su aspiración de lograr alguna significación en el deseo, pero al tiempo donde más se refugiaría con su goce, cada uno era una versión distinta de sus diálogos fallidos con la ley, del llamado al Otro que la reconozca, una versión de su melancolía, de la búsqueda de su existir en el todo fálico. Con Arturo creyendo que no tendría otra posibilidad de sentirse amada, *“¿Por qué me fije sólo en esa persona?”* se pregunta Sara, Arturo fue el primer hombre, creía que la salvaría, por eso se aferró a él y con el tiempo a su desprecio.

“voz sólo jodes y jodes, no haces nada y te la pasas quejándote y llorando...malagradecida” es la voz de Arturo que navega en su psiquismo. Sara había elegido una pareja que la hiciera gozar en la posición de maltrato, *“yo sabía que cuando él estaba conmigo, yo no le importaba, a él no le digo nada, él no escucha”*.

Yo no puedo ser el falo de Raquel, ella ya lo tiene, pero que alguien me diga ¿quién soy yo?. Esa pregunta se la dirige, ahora, a sus hijas entre gritos, las cuales a la vez le interrogan sobre su feminidad negada. En esa pregunta se quedó tiritando sin palabras, desconocida con su nombre entre paréntesis.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Sara es una palabra negada para ella misma y entre su deseo de ser la mejor mamá y corresponder al ideal materno, había una mujer huérfana de voces que le llamaran ¿Desde cuándo se quedó sorda a su propio llamado? Saberse mala madre le recordaba que en su ser había una mujer fraccionada en el goce del otro, *mamá Sara* ya no la salvaba del lugar donde estaba más desolada: su feminidad.

Del grito a la palabra. Preámbulo al diálogo con las sombras

“Estoy cansada de recordar, estoy cansada de olvidar”.

(Sara)

Sara grita frente a sus niñas y no entiende nada, sus esperas ya no tienen cronología, la muerden de adentro, cada grito es la detonación de mil gritos silenciosos cocinándose en su piel ¿Qué voces, reclamos, transgresiones, se ocultaban en esos gritos, y a quién convocan?; el Otro comandaba el empuje de la pulsión, pero la pulsión no tiene rostro, por el contrario, deforma el rostro del que la padece; Sara se desfiguraba de frente a sus niñas, ella no lograba comprender por qué maltrataba lo que más ama, sólo cuando empieza a develar las sombras de su nombre, ella transfiere algo de ese grito a la palabra.

“Un día ella estaba jabonando, y yo lloraba, estaba hincada a sus pies, y bueno me acuerdo que era para llamar su atención, para que me alzara... pero una señora que estaba con ella le dijo, no le vaya a ser caso, déjela llorar, se le enseña a mal, se hacen fregaditas y ahí si quién lidia, entonces ahí me quedé llorando, acabó de lavar y se fue. Ahora cuando las niñas lloran es como si volvieran momentos de eso... a mi nadie me consoló nunca”

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

El significativo del llanto de las niñas desataba una violencia anónima de la cual Sara debía hacerse responsable en la palabra, sin embargo a ¿Quién gritarle de verdad sus muertes en las palabras?, si el otro en su emergencia pulsional se fascinaba en el anonimato, era efímero entre los nombres, y cambiaba de rostro con una velocidad siniestra a ¿Quién dirigirle las protestas de su sometimiento?.

Lo que la habitaba de mala manera, estaba viviente en las marcas de su cuerpo, en los márgenes donde el otro pasó sin fundar un decir, ahí donde aprendió a gozar, al mismo tiempo, de la erotización de su dolor.

Sólo cuando Sara accede a un espacio de escucha orientado desde el psicoanálisis, la palabra se le constituye en un puente para sí misma y el otro de la ley hace presencia, asoman las deudas, los reclamos, lo inconcluso, inicialmente en el rostro materno, en la invasión de sus malos recuerdos, sus lapsus de memoria, en las grietas de su decir adheridas a lo subterráneo de la pulsión, *“recordar duele, los gritos de mi mamá retumban por dentro, me siento mal (...) hablar? (...) es como si un monstruo despertara aquí dentro (...) me detengo ha observar a mis hijas y me acuerdo de mi mamá, se me viene el mundo encima.. (silencio, llanto)”*.

El otro perverso que la abandonó a su suerte en lo indecible y mal instalada fuera de la escena del deseo, viaja por la memoria de su cuerpo lacerado por el goce, y ahora toma rostro en la palabra. Entre más recuerda y habla más lesionada se ve:

“Es como si me doliera en todo el cuerpo, nunca he hablado así, es como si fuera otra (...) me acuerdo que mi mamá, esta viva, yo la miro, de

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

vez en cuando la visito y le hablo como si fuera la mejor mamá del mundo, ¿Qué chistoso no?, fue cruel y eso no era capaz de confesármelo, recordando estas cosas (...) ya no quiero callarme”.

En la palabra, Sara se abre, ya no es la misma, en las regiones donde se vió obligada a callarse hará su propio nombre, una palabra distinta. Lo que se pone en juego en lo irreconocible de su grito, es la mirada para sí misma de su ser de mujer, de su alteridad negada; si sus niñas reflejaban lo irreparable ¿Cuándo se había roto el espejo de su vida? *“Desconozco mi piel y tengo un mal presentimiento, algo me llama pero (...) nadie me enseñó a mirarme”.*

¿Qué resuena en el cuerpo de Sara? *“Voces, sólo voces que no descifro, algo me fuerza a gritar y otra cosa más fuerte a callar, voces, todos quieren hablar por mí”.*

Elegí no salvarme de mis restos

Y fuí mordida.

Elegí la huida

Y me ví habitada

Cuando no supe que es amar.

Crucé sola la esquina,

La mano que me paseaba sudaba

Y supe lo que era agarrarse del miedo.

Tengo escritas las confidencias de cierta crueldad

Y malos remedios,

La noche fracturada en la piel,

La madre duele en los vestidos y el espejo.

¿Qué es amar?

Es lo que duele más que la aridez de un grito.

Sacrificio y Huida

A través del proceso de escucha, se puede vislumbrar la culpabilidad que recae en cada acto de su vida, incluso, Sara se refiere a la culpa que le sobreviene por asistir a consulta, es decir, de desentrañarse hablando; con lo expuesto hasta el momento se puede precisar que se trata, más específicamente, de la culpabilidad que le subyace por hablar como mujer.

Cuando Sara delata para sí misma, la crueldad del Otro de la ley, aparece la ambivalencia de sentimientos hacia el vínculo materno, sigue siendo el más amado y al que no deja de demandársele reconocimiento; no obstante, emergen al tiempo, merced al proceso de escucha, sustratos pulsionales de su hostilidad primaria a ella, pero que le desencadenan en una culpa mordaz; así en un pasaje ella dice:

“me siento mejor con mis hijas, pero es como si viniendo acá algo no estuviera haciendo bien”, y en una carta a su madre expresa “mamá le contaba que ahora estoy en tratamiento con el psicólogo, quiero recuperarme para ser su mejor hija y para ser la mejor mamá del mundo, quiero que se sienta orgullosa de mí”.

Raquel en el universo anímico de Sara esta siempre viva en la sombra de cada deseo, custodiando el patrimonio de sus restos, con el correlato de una culpa cruel y hostigante, que le persigue en cada intento de sentirse mujer.

¿Cómo se ha mantenido fiel a la exigencia inconsciente del otro materno?.
Con sus elecciones, con lo que soporta en silencio, aunque grite, sintiéndose

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

despreciable y principalmente, gozando de ello. Sara siente culpa por hablar como mujer y también se ve culpable frente a sus hijas. Sara gira en torno al deseo del Otro; sin embargo, es más infeliz en el lugar que le toca corresponder a las exigencias de sus voces y así se deprime porque por más que ella intente no podrá satisfacerle.

Es la inclemencia de esas voces irracionales del superyó, que la empujan a gozar y luego le cobran un sufrimiento psíquico; en esa ley ella desfallece y goza al mismo tiempo. Cada vez que Sara pretendía hacer algo por ella misma, la sombra de una voz perversa volvía para instalarla nuevamente frente a la angustia, le arrancaba cada intento de simbolizar su vida. En una ocasión, Sara relató su decisión de terminar la primaria, estudiar en un colegio nocturno para adultos, pero luego de un breve tiempo, empieza a verse incapaz, invalidada por voces que le dicen: *“No sirves para nada, sos una bruta”*. Sara no soporta y termina abandonando sus estudios, retornando a su posición de goce masoquista frente al Otro de la ley; se sentía perdida, culpable y desorientada, sin muchas posibilidades de distanciarse del otro que le ofrecía sacrificio, víctima de una dialéctica pobre que no le alcanzaba para diferenciarse del Otro de la ley.

Sara busca independizarse de la casa de su suegra y de su esposo, pero se miraba impedida, algo la arrastraba a renunciar y a mantenerse en una situación de desventaja frente al otro; intentó construir algo propio, en palabras de ella misma “ser alguien”, no obstante, la ironía le cobraba su cuota, no podía traicionar la voz que le decía no eres nada, *“es como si la vida se me burlara en la cara”*. El retorno a la posición masoquista, es una especie de pacto que el

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

sujeto hace para discernir a las voces del superyó, el cual subiste “como un supuesto saber sobre el mal del sujeto, de lo que el sujeto esconde detrás de sus identificaciones” (Gallo, 1991, p. 769), por ello sostiene su carácter burlón por entre las aspiraciones del sujeto, porque sabe sobre el mal de sus orígenes, del que se esconde en su nombre.

El poema *Ruego a una Deidad*, de Jattin (2004) es una líquida evocación de la pasión del sujeto a retornar a los lugares que lo oprimen, del retorno a una ley de sometimiento que aliena, pero que al mismo tiempo hace gozar de ello:

“Sorprendí a la desgracia robándose mis palomas

Y la espanté a latigazos,

Volvió sus dientes temblorosa de rabia

Y de una bofetada me robó la pasión.

Perdóneme señora obscura y venerable

Mi atrevimiento de hijo bastardo

Que no puede más con su vacío corazón (p. 50).

El poema, así mismo, es un reflejo de la escena que Sara actúa tratando de descifrar el lenguaje del Otro, en medio de las voces que la excluyen, la incorporan, la ponen a funcionar y la invalidan.

Sara, en medio de su hostilidad y bajo los velos de su represión, aún demanda el reconocimiento de su madre, en esa ley trata de agarrarse de lo poco que la sostiene, ahí desfallece y se incorpora, ligada a ella con el peso de todos los maldecires de su memoria, con la voracidad de su exclusión a su feminidad que pervive como signo viviente de su alfabeto. Sara narra, como algo que se va haciendo predominante en el proceso terapéutico, la culpa por

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

haberse desprendido de la esfera materna, por haberla abandonado, lo que se le ha traducido en una deuda implacable que la hace sentir mala hija. *“mamá quiero que se sienta orgullosa de mí, quiero ser la mejor hija del mundo, y también la mejor mamá perdóneme por ser como fui”*. Fuera del deseo del Otro ella no sabe quién es, le es necesario reconocer su lugar así sea para verse denigrada, entonces la presencia materna fálica siempre emerge en su llamado desesperado a ser alguien:

“(...) mami, jamás he dejado de pensar en usted, nunca me voy a olvidar de usted, no piense eso... me preocupa que se sienta mal porque le estoy escribiendo, sólo quería que valorara todo lo que yo estoy haciendo ahora por usted, perdóneme por ser una hija como era...la extraño mucho, también a mis hermanitos, quiero conocer al pequeñito, a mi sobrino (...)Sueño con ustedes”.

¿Cómo significar algo de ella misma, sino adherida a los significantes del Otro? ¿Cómo presentir otro destino del ser mujer más allá de la seducción al significante, si lo que encontró en el deseo del otro, fue el maleficio del silencio? ¿Cómo iba a saber de lo que le subyace más allá de la norma fálica? Sara ajena y extraña a los umbrales del deseo en su cuerpo y desconociendo los senderos de la falta, por los que el otro puede erotizarse, huyó de esa otra mujer que le habitaba, asumiendo una posición masoquista frente al Otro de la ley y refugiándose en el significante de la maternidad.

Los vínculos que Sara sostiene, con los márgenes de culpabilidad en los que desembocan, son las versiones por las que se ha excluido el nombre del

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

padre, y por ende por las que se ha sacrificado las posibilidades de saberse en alteridad, saberse otra para ella misma.

La máxima del deseo materno que Sara cumple, es la vía del maltrato por la que ella elige darse a amar; es decir, ofreciéndose irreparablemente a ser objeto del fantasma del goce del otro; lo que le preocupa no es el ser maltratada tanto como ganar su lugar en el fantasma del otro y allí se acuna, sin otra elección que aceptar ser denigrada. Sara se aferra a lo que puede para salvarse de esa sensación de no pertenencia al lenguaje, pero termina ligada a él desde lo siniestro del goce y allí guarda silencio. Sara huye de su alteridad en esta posición para no saber de su falta, pero además por la sensación de ahogo y asfixia que le sobreviene al presentir estar fuera de toda significación. Su aspiración de encajar en el deseo del Otro (en su universo significativo), por la vía del maltrato, es el último recurso, al tratar de ser uno con el Otro, de alcanzar el falo, fuente de toda significación; entonces el otro se vuelve objeto de una ansiedad de muerte, pero además, al que se le transfiere responsabilidad por sus carencias.

Con Arturo, Sara se muestra tolerante a verse denigrada en el deseo, y ofrece su cuerpo a la punición de su fantasma. Desde la posición de maltrato niega su diferencia y alteridad; en la reflexión de Gallano (2000), significaría que ella busca entrar en el todo fálico, en el deseo del otro, para no encontrarse como otra para ella misma y ahí, esta vez en la perspectiva de Gaxiola (2002), ofrece su cuerpo como pedido de límite para ese goce que le sobrepasa y del que nada sabe, buscará existir demandando del otro la daga que marque el límite en su cuerpo, como un pedido que nace de ella misma, aunque aún

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

inconfesable por los velos de su represión: *“El no escucha, me pegaba o me obligaba a estar con él, pero yo que iba a decir, el no entendía nada, como si él hablara otro idioma (...) lo que me importa son las niñas”*; el pedido será entonces, *goza con la punición de tú fantasma, márcame, hazme saber del amor mientras quieres matarme*. Aquí se observa su máxima erotización ligada al fantasma del saberse maltratada, validar la punición de la ley sobre su cuerpo, unirse al universo significante, dando su cuerpo despedazado al servicio del goce del Otro. Sara se identifica con el deseo agujereado del goce materno fálico, invoca su posición primitiva de ser testigo de su goce, y consciente ser denigrada como mujer por otro anónimo que la cosifica. Al igual que la madre, denigra al hombre en el encuentro sexual, no en la palabra, sino donde ella lleva la mejor parte, lo denigra en lo más íntimo de su narcisismo masculino: *“Él me obligaba, y cuando eso pasa yo no siento, me quedo muda, como usada y sin hablar”*.

Se deviene en grafía deseante en tanto, el cuerpo está herido por la palabra de Otro que ha trazado las rutas de vocablos para el encuentro erótico con el otro; no obstante, lo que Sara logra narrar de su cuerpo, al estar más atravesado por el goce que por la palabra de otro, es la misma fractura que no la deja amar, y que la hace desconocerse como escritura de Otro.

Sara ofrece su cuerpo fracturado, para no saber de su falta, para no saberse más allá de su deseo de complitud con el Otro en la vía del goce, ahorrándose la angustia de no saber que el Otro jamás podrá responder por su extravío, por su alteridad, así se la degollé o devore, *“me casé con él porque sentía que no iba a tener más oportunidades... ¿Por qué me tuve que fijar sólo en esa*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

persona?". La ausencia y la incertidumbre del Otro, es el espacio propiciado por la castración que le permite preguntarse por ella misma en el deseo del otro, es decir, de verse en falta; sin embargo, Sara antes de ser confrontada en su castración, huye por la vía del sacrificio; su cuerpo es el lugar de intercambio, pero ahí, ella sólo otorga y guarda silencio como identificación al goce incestuoso materno, e ignorando lo que le aguarda en su cuerpo de su alteridad para ella misma.

No es la degradación de su deseo lo que la lleva al límite de angustia, no es esa forma de verse vulnerada lo que le hace demandar ayuda. El escenario donde más la culpa le cobraría una penitencia ruinosa, sería la maternidad; la pregunta sobre su ser propio, en medio de sus contorsiones por ser buena madre, le evocarían inevitablemente lo inconcluso *¿Si no soy mamá, qué soy?* y esto se vuelve un signo importante para develar la puesta en escena de su fantasma. Sara luego de mantener y velar su estrago con Arturo, vendría a significar del mismo modo, todo su ser con sus niñas, pero excluyendo igualmente, la metáfora del padre, en tanto ella se vuelve toda madre para ellas. *"No soy nadie sin mis hijas, son lo único que tengo"*, es toda ella en su aspiración de ser uno con el Otro, ahora vía la maternidad.

"Cuando nació Meliza, la primera, ya no importaba nada, nos despreciaban en la casa, Arturo quería un niño y yo no se lo pude dar, pero luego no me importó, él me humillaba como todos en la casa, pero con Meliza yo ya vivía para ella, me sentía importante para alguien". Sara deseaba un hijo para corresponder al deseo de Arturo y así encajar en la lógica de su fantasma, pero al ser niña, otra vez acecharía la culpa de no corresponder al deseo del otro,

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

ahora recriminada por tener una hija. *“ofendida con insultos por tener a Meliza... pero no, luego no me importó... la quiero con todas mis fuerzas...”*

Pero con la noticia de su segundo embarazo, Sara vuelve abrigar el deseo de corresponder a la ilusión de otro:

“Antes de nacer Johanna, mi esposo y mi suegra me llenaban de reproches e insultos, ellos querían, ahora más que al principio, un niño... yo tal vez por miedo a su rechazo también como que esperaba un niño; mi esposo decía que me dejaría tirada si no le daba un niño, luego del nacimiento cuando supe que era niña y me la pasaron en los brazos (un silencio que la lleva al llanto) yo me quería morir, no la quería ver, era como verme yo misma ¿Qué iba hacer, a dónde ir?”.

No tener porvenir en el deseo del otro le aterrorizaba, Arturo no la dejó, pero se la cobraba con desprecios, y relegándola al lugar de arrimada en la casa.

Sara desde ese lugar empezó a verse en sus hijas, a hacerse responsable de sus cuidados, a significar su vida en ellas, a levantarse con pedacitos de ilusión de madre *“a pesar de todo, ya no me sentía sola éramos yo y mis niñas, nadie les iba a decir que eran feas como a mí”;* *“por mis niñas estoy aquí, son lo más hermoso que tengo”.* Pero aún la pesadilla le cobraría su dolor más reservado, al tiempo de verse silenciada como mujer, en ese ambiente hostil, vendrían los reproches a su maternidad; Sara constantemente en casa de su suegra escuchaba voces, que le gritaban en la cara *“voz para mamá tampoco sirves. Y yo ahí me quedaba... a veces no me importaba, pero otras pensaba que me querían quitar a las niñas. Mi suegra. Las niñas también estaban encariñadas con su abuela...eso me mataba”.*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Sara tambalea cuando el Otro de la ley, le hace sentir que es mala madre, ahí vuelve a franquear. Sara se esforzaba en ser mamá como la única significación fálica que la sostiene *“ellas no me iban a rechazar yo les daba mi vida y las quería”*, así mientras fueron muy niñas, Sara consentía todo tipo de maltrato de Arturo *“yo ya tenía a mis niñas”*.

Sus hijas no la rechazarían, pero inevitablemente le harían saber de su falta, de la alteridad que ha excluido al darse en una lógica de sacrificio. En su afán de ser alguien para el Otro, se sostiene en el significante de madre, pero como por designio tropieza.

Elas no la rechazarían pero si la confrontarían en su castración. Lo insoportable de su angustia, se da cuando se mira inexplicablemente agrediendo a sus niñas con gritos. No son las otras voces las que la llevan al límite, sino sus gritos, su propia resonancia que la suspende y la fracciona; no son las voces que le dicen *“sos despreciable”* que la interrogan, lo insoportable de su angustia, ocurre cuando, por más que lo intenta, no se puede controlar en su violencia contra lo que más ama. Es un signo que hace parte de su economía en el orden de la significación, por un lado conciente silenciosamente ser degradada como mujer de otro que la hace objeto de su goce, pero tambalea donde se fracciona más su significación fálica, en el dolor que le procura ser madre. *“Me cuesta aceptar, pero no puedo más...no puedo negármelo yo estoy haciendo daño a mis niñas, yo las grito”*. Sus gritos incontenibles removerán todas las voces de los que se degradaron en ella y ahí la pesadilla, que le procura el vivir, *“me quiero morir, no soporto más”*. La relación con sus hijas, no sólo interrogará su maternidad, sino que le

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

convocarán a saber algo de su alteridad, de su castración, a enfrentarse a las paradojas de su dolor.

Por un lado, Sara demanda ser escuchada cuando ella misma esta sorda en el deseo para sus hijas, y por otro, mantiene una posición masoquista frente a los maltratos del otro, al tiempo que pasa a una violencia insospechada contra sus hijas; en esa encrucijada Sara se desfigura ante la ley, no encuentra señales que la vuelvan a orientar en su deseo de madre, les grita y les ama; sus niñas son objeto de amor cuando son todo para ella, pero cuando ellas asoman con la falta, les maltrata inconscientemente, *“no sé por qué las grito, yo sólo quiero verlas reír que no lloren, que jueguen, que busquen tréboles”*. Entre Sara y sus niñas hay fractura, y por esa grieta retorna lo no simbolizado a deformarle el rostro.

La otra escena: Fantasma y sacrificio

Dime lo que quieres de mí, es una pregunta actuada pero no formulada en el lenguaje, Sara convoca al otro para que le responda en lo insoportable de su angustia. *“Siento que me van a regañar”* es el enunciado que rodea el movimiento de la pulsión, y que hace parte de la escena que inaugura en cada grito dirigido a sus hijas; Sara teme ser regañada cada vez que lloran y procura el silencio, alguien se puede molestar del otro lado, ¿Quién está del otro lado que la pueda regañar? *“Son los que dicen soy mala mamá, que ni para hacer hijos he servido, mi suegra y mis cuñados”*. Su suegra sobre todo, se había transfigurado, desde su voz, en el semblante materno. *“Ella es la que grita del otro lado de la pieza, yo no quiero molestarla, pero es igual siempre se molesta”* Sara no logra que sus niñas callen, y en vez de hacer silencio, termina

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

desbordada en gritos contra sus hijas “ellos piensan que las niñas lloran porque yo les estoy pegando o algo les estoy haciendo”.

¿Quién aparece en la escena, entonces? Sara, el Otro de la ley y sus hijas, sobre ellos se desplaza su elaboración fantasmática; es decir, la puesta en escena de su pasión inconfesable al sacrificio; en el grito se altera las coordenadas que hacen al otro reconocible, para que pase a tomar otro papel en la escena, el tiempo y la configuración de un espacio fantasmal, se sustraen a repetirse en dicha evocación, donde el otro es citado para que responda por una pregunta, aún no formulada.

Lo que encubre el fantasma, es la primera alianza con el Otro primitivo, la pretensión y la voracidad de recuperar algo de su goce sacrificado en el campo del Otro, se trata del interés en la escena donde el encuentro incestuoso con la ley, en alguna medida, sea accesible. El fantasma como un montaje imaginario y simbólico que conecta al sujeto con los orígenes de su sexualidad, recrea la aventura de alcanzar lo perdido, lo cual es, por definición, imposible, pero a través de la configuración del fantasma, el sujeto obtiene un plus de goce, de ese goce total que tuvo que sacrificar; este goce total para Freud, remite al cumplimiento del incesto.

Se había mencionado, como Sara fue expuesta a proteger y celar el silencio del goce materno, y desde esa posición a desarrollar una organización fantasmática de la que pudiera obtener un plus de goce; Sara acató no interrumpir ese espacio donde la ley se pervierte, el cual ahora estaba simbolizado en el cuarto continuo de su suegra y como figura actual de su pesadilla.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

“*Me van a regañar, no griten*”, devela la captación del otro en la escena, donde la mayor preocupación es no interrumpir su goce; el otro es citado para recobrar algo de su antigua postura frente a lo anhelado del goce; sin embargo, el circuito de la pulsión, que debe bordear su objeto, no termina, y del temor a *ser regañada* pasa al tiempo de su máxima excitación en el *hacerse regañar*; Sara en vez de hacer más silencio, se rompe en gritos contra sus niñas *¡no lloren, que no lloren, no más, cállense!* Grita para hacerse regañar, como una fuerza activa que implora posesión, es el carácter perverso como parte de su erótica con el otro de la ley; Sara vuelve del grito desconocida, deshidratada de palabras, y amordazada por la culpa, ha violentado lo más amado, pero sobre todo, ha interrumpido con su grito el goce materno. El circuito de la pulsión ha bordeado el objeto, y retorna nuevamente a su masoquismo primordial, otra vez velar entre los restos, “en el registro de la pulsión, la demanda da cuenta de una tendencia indomable a retornar al goce en el dolor exigido por el masoquismo primordial” (Gallo, 1991, p. 78), posición desde la que le es permitido descifrar y convivir con las voces del superyó. En la escena, ella es la que dirige su mensaje cifrado al otro, en un primer tiempo de su organización fantasmática *no voy a molestar, pero no me excluyas de tu goce*, ya con su grito su mensaje será: *Yo también puedo gozar como tú, mírame, escúchame, puedo gritar, también puedo gozar maltratando*, y cuando retorna del grito: *He gritado, no sé quien soy, dime lo que soy, pero no me excluyas de tu goce, márcame, dame el límite*, son mensajes actuados en tanto el otro se ha sostenido en su negativa de escuchar, resultando un diálogo mudo.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Sara se queda sin entender las motivaciones que la llevaron a gritar; es decir, se trata de un acting out donde se da un diálogo mudo que sostiene con el Otro de la ley, el cual, es aún objeto de sus mensajes actuados, un diálogo que ella construye en una escena repetida, para revivir una alianza con lo siniestro del otro, para renovarse en la ley perversa de sacrificio escrita en los márgenes de su cuerpo.

La gramática de sus encuentros, está aliada a ésta erótica de cara a la ley; su refugio en los semblantes fálicos, sus retornos a una postura masoquista, desde la cual interpreta el querer del otro bajo el signo de culpabilidad, al tiempo que exige respuesta por su ser con una ansiedad de muerte, es lo que se escribe en sus demandas incesantes al Otro.

El sacrificio es un pacto que se sostiene con el Otro de la ley, al cual se le transfiere cierto poder desde donde no se sospecha la falta, es Otro sin tachar; el rito sacrificial recrea la pasión de hacer del Otro, inmune a la falta atribuyéndole una plenitud sin fisuras; cada rito, como afirma Zizek (1994), “oculta el abismo del deseo del Otro, es un intento de reconciliación al otro destinado a apaciguar su deseo” (p. 76); en este sentido Milmaniene (1995) también planteará: “La angustia no reside en la percepción de la propia falta, sino en la del otro, que en tanto castrado, no posee lo que uno cree” (p. 169).

En el sacrificio se pacta con la propia carne para sostener el deseo del otro, el precio se tiende a jugarse en los límites con la muerte, no hay rito suficiente; de ahí, que el sujeto esté llamado a dialectizar, desde lo que confiere su masoquismo estructural, a su división subjetiva, la metáfora de su deseo frente al Otro de la ley, para no ceder a la fascinación donde la pulsión de muerte

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

gana terreno; esa dialéctica consiste en que las ofrendas sean posibles en el campo de la palabra, lugar donde le es posible diferenciarse del Otro, y no someterse a su goce. “El problema no lo plantea la agresividad humana, sino la voluntad que se observa en los hombres a hacer actuar el goce en la destrucción de todo aquel o aquello que se diferencie” (Gallo, 1991, p.79).

El sujeto es escritura de Otro, pero en esa operación quedan restos que se resisten a perder su unidad y que desconoce al Otro en su cuerpo como lugar de falta; en la actividad pulsional, profundamente activa en el hacerse maltratar, gana terreno la pulsión de muerte, la cual al estar aliada a la pretensión de recuperar la unidad, no es otra cosa que el empuje de borrarse como escritura de Otro, es la fuerza que se resiste a ser herida por la palabra amarrándose a sus restos, para negar el Otro en mí; es decir, la alteridad que le habita y le desborda.

En Sara su postura masoquista, fundada en la crueldad de otro, es una sobrevivencia que le permite aventurarse, aunque estrepitosamente, en ese río de voces que le gritan; ella “intenta recuperar, aunque no sea más que a través del goce, algún reconocimiento que la preserve de la destrucción a la que le condena el superyó parental -miren lo que ha hecho de mí-” (Milmaniene, 1995, p. 171).

Sara busca escapar de la dinámica de su goce; no obstante, cada encuentro fundante en su historia, ha sido una manera fallida de palabrear su desamor, erotizando la violencia de Otro anónimo; “*es como si no supiera otra manera de amar*”. ¿Dónde goza Sara? En la repetición de un destino que la excluye. Será una elección de ella, si se arriesga, como sugiere Gaxiola (2002), a palabrear

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

algo de su actuación masoquista; es decir, si logra trasladar su pregunta, viviente en las marcas de su cuerpo, *dime lo que soy*, a la otra escena: La palabra; desentrañándose con su propia voz, arando su nombre con palabras, escuchándose, dibujando una palabra para sí misma entre los diálogos con sus sombras.

Diálogos con las Sombras

“Meliza hizo bien los dibujos,

Hizo al papá y la mamá,

Yo, también me esforcé

Dibujé la casa que sueño de colores

...Ahí, ni papá ni mamá han estado”.

(Sara)

Diálogos con las sombras se refiere a ciertos pasajes, inherentes al proceso psicoterapéutico, en los que Sara fue mordida por sus propias palabras, evocaciones, geograffas del deseo, llamados al Otro y transgresiones de silencios; por esos pasajes ella balbucea y ríe con una fuerza anómala, prudente y delirante en cada signo que la hiere; ¿El tiempo?, el de una trasgresión olvidada: La del lenguaje, la de su castración; no se trata, entonces, de la intención de describir con rigor la consistencia clínica que ha fundamentado el proceso de escucha, sino simplemente de la alteridad que convoca para ella misma, la historia de un desgarramiento, de un exilio. *¿A dónde ir?* La erótica del lenguaje, es la seguridad del extravío fundamental donde el otro ya no alcanza a responder, el porvenir en el deseo del otro, es una estación donde se

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

aprende inevitablemente a morir un poco, *“muero por mis hijas vivo por ellas...dónde esconderme, a dónde ir ahora”*.

Durante el proceso, Sara fue interrumpida en la carrera de su mayor padecimiento: En la espera a que otro respondiera por su extravío sin narrar la sombra que le duele, y mientras la erótica de sus palabras subterráneas se silencia. Lo significativo, está en cómo algo escapa del encierro de su nombre entre paréntesis (Sara) y se hace pregunta para sí misma, cómo desplaza la angustia de un grito, a una pregunta para su saber inconsciente, *“no sé que pensar de mí...no sé...ya no soy la misma”*.

El tiempo de la palabra no tiene cronología, por ello su vigencia, no es histórica, su tiempo más bien, es el de cada olvido que se narra en la incertidumbre del deseo del otro; desplazarse en el lenguaje, es devenir en ese titubeo que hace al sujeto extraño a sí mismo. Los diálogos de Sara refieren a ese viaje de la palabra en medio de una extrañeza profundamente femenina que le habita y la fuerza a preguntarse *¿Qué es amar? ¿Qué es ser mujer?*. Preguntas formuladas en lo simbólico para sí misma, es decir, más allá de la demanda imaginaria donde el otro siempre está llamado a responder; preguntas que surgen como acontecimientos de su piel.

El lado izquierdo la sombra materna

Sara acechada. Raquel ha sido la mayor sombra de su deseo, la que asoma entre sus palabras, sus dolores, sus silencios, vigilante; la aparición del Otro se corporaliza en la memoria de Sara mientras se desentraña hablando, no obstante, confrontarla en el lenguaje, le es difícil, y mientras evita ese devenir, entre menos quiere saber de Raquel, ésta más hace presencia con la exactitud

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

de su gesto, la entonación de su voz, su postura, con su traducción anómala de la verdad nunca susurrada en el cuerpo de Sara.

“No quiero mirar, no puedo (...) soy débil... no la quiero ver, no puedo (Sara agacha la cabeza, en llanto y angustia,)”. Raquel hace presencia en el lado izquierdo de su cuerpo y Sara no lo tolera, la voz le tiembla, no puede hablarle y se queda en silencio; “yo era la que la cuidaba, de seguido tenía dolores en el cuerpo y fiebre...yo dormía de este lado de la cama (el lado derecho), y sentía como se quejaba, como hacía esfuerzo para respirar”.

La cercanía de Raquel estaba adscrita a su lado izquierdo del mismo modo que al recuerdo de su respiración; la relación de Sara con la enfermedad de Raquel era ambivalente, era uno de los motivos a los que le atribuía su culpa por haberle abandonado a los dieciséis años, *“quisiera volver a cuidarla”.*

Es una nostalgia insistente que le sobreviene en el momento, donde su recuerdo la hace sentir más culpable; sin embargo, también recuerda que de niña ella disfrutaba de ver a Raquel enferma *“verla en la cama con fiebre... no se cómo decirlo... era como un alivio para mí”.*

Raquel estaba en el mundo anímico de Sara como una presencia bastante corporal ligada a sus recuerdos, muchos de sus dolores y síntomas que se hacían presente en el espacio clínico, tenía correspondencia con la memoria materna, su asfixia, su dolor en el pecho, sus escalofríos, *“me duele el pecho”, “me falta aire”, “¿puedo salir, me siento mal?”, “Siento escalofrió en este lado (izquierdo)”.* Sara capta esa correspondencia, pero ¿Qué logra decir ella de lo que le recorre? *“es como si no quisiera que se vaya”,* no dejarla ir es preservar su ausencia, no dejar de esperarla, no dejarla ir aunque nunca haya estado.

Escucharse a ella misma, le despeja y la confronta en lo ruinoso que ha sido esa espera en su vida.

Mi vientre llora

“mi vientre llora” es una expresión especial de Sara, una metáfora de su cuerpo que le duele, su vientre llora cuando un recuerdo la devolvía a su matriz, donde alojó a Meliza y Jhoana *“miro a Johanna siempre triste...yo soy culpable de sus ojos tristes”*.

“Jhoana me recuerda que mi papá le decía a mi mamá que me aborte, Jhoana me recuerda eso, porque a mí me paso lo mismo, Arturo cuando tenía cuatro meses de embarazo, me decía que botara ese niño porque no era de él... yo me quería arrancar el vientre, lloraba mucho... me duele que le hice lo mismo que me hicieron a mí, le hice mucho daño”. Fracturada en el deseo, su vientre, aún evoca la aridez con la que tuvo a su segunda hija, donde abstraída por el rechazo del otro, se silenció en el vientre, *“yo tenía rabia, se me oprimía el estómago, luego callada me hice a la idea”*, Sara en esos momentos quería desembarazarse, Jhoanna crecía en sus adentros pero faltaba profundidad en el lenguaje, más aún, cuando nació y supo que era niña. *“Cuando la tuve en los brazos yo me quería morir”*, Sara recuerda con profunda tristeza a Johanna, porque además se vuelve espejo de una verdad suya, Sara no fue esperada, llegó a un mundo sin palabras para ella, *“yo le hice lo mismo que a mí”*, no la abortó, sin embargo, la había privado de un lugar en su palabra para huir de verse en sus ojos. *“Mi vientre llora”*, es esa peregrinación de Sara por los ojos de sus hijas, la confesión de su rechazo es además, su alianza a lo simbólico

como un saber más próximo a la verdad de su deseo, desde la cual sacrifica algo de su goce, la proximidad a una verdad de su deseo antes excluida.

La escritura

“Me siento mal, esta mañana me aferré a Meliza como nunca, era lo de la clausura del preescolar... yo estaba ahí, al final ví que Meliza venía para acá con su carpeta de trabajos, yo me quería morir... yo la abracé como si la vida se me fuera ir, la niña me dijo porque llora mamita -no hija por nada- ... como que recordé ... mi mamá no me dejaba ir a la escuela, fue por la profesora que pude, a la clausura tampoco fue”. Sara también guardaba sus trabajos en una carpeta, pero a la clausura no la mandaron a la escuela, su madre tampoco asistió; Raquel, fue al día siguiente y volvió con los trabajos y los tiró al fuego, “yo dibujaba bien... en los trabajos, para que mi mamá los recibiera al final, creía que le iban a gustar, quería que fuera a la clausura, pero fue al otro día, yo la esperaba en la casa ansiosa; llegó, me agarró de la mano hasta el fogón, allá en la cocina, y ahí tiro los dibujos que le había dado la profesora, eran los míos, me dolía la mano de lo duro que me apretaba, creo que el corazón también; casi tiritando de rabia me dijo -que vas a aprender estúpida si eres buena para nada, no me hagas tener vergüenza”.

Los primeros trazos de Sara cocinándose con el odio de Raquel, “me dolió tanto acordarme de eso, de pequeña no entendía nada, sólo temblaba, ¿la culpa era mía? ¿Por qué? ... yo seguí haciendo mis garabatos y dibujos donde podía”. Ser asesinado en el lenguaje, es ser borrado como lugar de memoria; los trazos de Sara eran una búsqueda a solas por el papel, en el porvenir del deseo, pero en el rostro de Raquel solo encontraba las muertes prematuras de

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

sus palabras. La expresión “yo seguí haciendo mis garabatos” indica haber descifrado la grieta enferma del otro, sus signos donde se ve amenazado, donde tropieza con la negación de su falta; posiblemente, eso la salvo de la aniquilación total.

¿La culpa era mía? ¿Por qué? Son preguntas que confrontan la crueldad del otro, a sabiendas incluso de que el otro sigue sordo a sus demandas. Sara relata un pasaje, posterior al recuerdo de sus trazos incinerados, el cual está asociado a un síntoma repentino de inhibición, “yo puedo escribir, pero la semana pasada en la junta de padres se me olvidó, se me olvidó o no sé qué fue, pero no pude... me sentía mas tonta con las otras personas”. Sara dentro de la junta de padres, ayudaba generalmente en cosas prácticas, muy poco en cosas como, llevar cuentas o actas o registros, pero en esa ocasión Sara, por un impulso propio decidió colaborar en esas tareas, “una señora preguntó, ¿Alguien que este desocupada que me ayude a pasar las cuentas al cuaderno?, y como yo no estaba haciendo nada me miraron a mí, pero entonces las otras señoras me miraban como que yo no podía y una de ellas dijo yo ya le voy a ayudar, y eso me hizo feo, me dio rabia, entonces, no, no yo le ayudo y empecé, pero cuando cogí el lapicero se me entumecieron los dedos, como una parálisis y no pude escribir, luego me empezó a recorrer un calor por todo el cuerpo como si me estuviera quemando...me fui al baño a echarme agua, luego poco a poco me fui tranquilizando...la mano me volvió, que tonta que me sentí”.

“Yo puedo escribir, déjeme que yo si puedo”, pero quedó atrapada entre los oleajes de una antigua fiebre que la censura, la inhibición a escribir frente al otro que la confronta, es la burla inesperada del Otro que hace memoria en su

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

cuerpo, *“que tonta yo... pero sigo haciendo mis garabatos, hago las tareas con las niñas... yo dibujé la casa que sueño de colores... ahí ni papá ni mamá, han estado”*. La escritura es un significante de resistencia en Sara, resistencia con las profundas huellas del Otro que goza con su silencio; en un momento del proceso clínico, ella traza cartas, dibujos, señas, rutas para el deseo.

Pero escribir, en este paraje, no tiene nada que ver con significar, sino con subjetivarse en el punto, donde el Otro ya no responde, *“mamá no sé preocupe por mí, jamás voy a dejar de soñar, tranquila mamá si usted no me pudo ayudar, no se sienta mal porque le escribo así...”*. No se trata de significar, sino de hacer cartografía del deseo del otro, es decir, caminar en el límite con la muerte, que es un don de Otro, pero para hacerse responsable de ella. “Escribir configura el intento simbólico de narrar las formas imaginarias en las que se despliega lo real del sexo y la muerte” (Milmaniene, 1995, p. 65). Sara sigue escribiendo, dibujando garabatos para hacer resistencia con las contorciones que le exige el deseo, donde agoniza un poco “se trata de una agonía en una lucha a muerte por la dignidad simbólica” (Milmaniene, 1995, p. 67).

Densa es la atmósfera que anima Sara, al tiempo en que pierde goce hablando; la fiebre, los dibujos quemados, los costados izquierdos de su dolor, los recuerdos, la casa de colores, los ojos tristes de Johanna, los escalofríos, el vientre que llora, las lágrimas, las llamas y el sueño son evocaciones de la presencia del Otro.

Mientras Sara se descubre entre esas evocaciones, un silencio terapéutico le arranca un decir; otros diálogos a solas con ella misma, donde lo que la interrumpe en el deseo, le hace devenir de la palabra a su alteridad. Sara se

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

desliza por el material de las palabras para saber de lo imposible de decir de sí; parafraseando a Kristeva, a propósito del arte como un campo de intimación con el Otro, se trata de su laborar “microscópico” hacia lo simbólico a partir de los restos del Otro.

Déjame ir a la escuela o quémame otra vez

Sara tararea la sinfonía del humo

Sara más viva en la penumbra

Ella quiere risueñar con su hija

Sara tiembla serena de otra fe.

Una niña llora Sara acude

Sara suelta los remedios de su cuerpo

Una niña se cura de fiebre

La madre duele en los vestidos y el espejo

Arasara: Alteridad y Espejos

Todo lo tuve que soportar intentando

Alcanzar ese goce, tan incierto

Y...al no lograrlo sentirme fría, incompleta,

Culpable... y rogar:

Que no se asuste, que no me abandone,

Que no me engañe,

Por favor que lo intente de nuevo,

Mentiré, mentiré...

(Grifero, 2000. p. 5)

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

“No quiero que nadie hable más por mí, no me quiero callar”.

“Aprendí poco... me enseñaron pocas cosas... si hubiera sabido esto...que torpe yo y mis cosas, que ilusa...”

“Me duele tanto verme... no me demoro en el espejo arreglándome... mas creo porque me asusta verme así... sola... como encerrada... no quiero esto... como que en el espejo uno no se puede mentir mucho”. “No sé por qué estoy escribiendo todo esto, quiero sanar mis heridas, quiero salir de ahí”. “No sé qué pensar de mí misma, me da culpa el amor, me desconozco... por eso solo escribo, por mi bien”.

“¿Qué es amar?”

“No pude hacer mas que lo que los otros han querido de mí” “Me perdí ofreciendo lo que ellos esperaban que hiciera...”

“¡Que tonta fui!, ¡como pude soportar todo lo que soporté! Tal vez nunca me importó nada, ¿mis hijas? No se...solo ellas... es que no se que soy sin ellas... mí vientre llora”

“no tuve tiempo para mí, tenia miedo, no quise tener tiempo para mí. ¡Me escondí de mi misma!”.

“¿Por qué no me explicaron que la vida era esto... este levantarme día a día, despertar sin sentido... obligaciones ¿Qué me obliga a seguir?”. Solo ellas

“Me engañe con tantas cosas. Me enrede tratando de decir algo mío...”.

“Me odié, no me amé, mi pelo no me gusta...viví avergonzada, engañándome”.

“Todo es tan ingrato y pequeño en mi vida, no sabría como escapar, ¿A dónde ir?... camino mal, me duele... sólo conozco esto...”

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

“No tengo fuerzas... ¿hubiera podido hacer algo, escapar, correr...? que ingenua, estoy cansada de que todos hablen por mí, todo lo espere de ellos y ¿qué me queda? ¿esto? Que tonta, siempre estuve sola”.

Narraciones entre espejos rotos. Escucharse a sí misma la hace distraerse un poco de los espejos donde suele mirarse, pero ya no se quiere mentir, algo en ella ya no quiere buscarse en los mismos lugares donde se encontraba deshabitada y huérfana.

Sus hijas, espejos en los que después de agredir se mira fraccionada, la interrogan en la precariedad de su amor; es decir, en el desgarramiento de su propia imagen, a la que Sara había hecho objeto de rechazo, ¿Qué se dice Sara frente al espejo?, *“No, no quiero ver... ¡no ve que soy esto!, ¡no ve que no tengo más nada!... no, no puedo verme por favor... nadie me enseñó a mirarme y tengo una mal presentimiento... no ve que no sé qué soy... ¡a quién voy a ver!.. no puedo... ¡no ve que soy solo esto!... tengo miedo de verme, siempre tuve miedo”.*

La angustia del espejo le hace hablar de ese malestar subyacente a su propia imagen, *“me duele tanto verme... no me demoro en el espejo arreglándome... mas creo porque me asusta verme así... sola... como encerrada... no quiero esto (refiriéndose a su cuerpo)... como que en el espejo uno no se puede mentir mucho”.* Miller, citado por Zuluaga (2000) expresa: “las mujeres emplean tanto tiempo frente al espejo en un esfuerzo por reconocerse en él, o para asegurarse de que es otra de lo que es” (p. 4), para hacer semblante de su mascarada o para verse en su alteridad, pero Sara no se detiene en el espejo, huye pues es donde más se ve desgarrada, donde más

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

sola, y menos engañada se encuentra, lo cierto es que verse otra para si misma le es una travesía de espejo.

Cuando Sara menciona “*No me enseñaron a mirarme*”, evoca ese primer tiempo en que el sujeto libidiniza su imagen proyectada en el espejo merced al deseo del Otro; Sara frente a los espejos se atormenta, en tanto el reconocimiento del otro, al ser fallido, la deja casi insalvable, en esa “tensión existente entre su estructura imaginaria y el entorno” (Gallo, 1991, p. 71).

En psicoanálisis, la discordia comienza con la propia imagen, en tanto es una captación imaginaria, que se aliena en las redes del deseo del Otro. *¿Ese soy yo?. Sí, ese eres tú,* Se trata del don de su reconocimiento, pero en una imagen que lo aliena. Acontece una discordia, en tanto anterior a su imagen subsiste ya una resistencia del organismo a perder su unidad por el deseo del Otro.

Gallo (1991), en este sentido, expone:

El hombre soporta su mal tener que renunciar al primitivo componente agresivo que rige el vínculo erótico con su imagen, la introducción del deseo del otro, divide el mundo exterior en una parte placiente y un resto ajeno y extraño que se pone dentro o fuera según las exigencias del principio del placer, el encuentro jubiloso con la imagen se transforma en una competencia agresiva (p. 79).

¿Qué hay de angustioso de verse en el espejo? Lo que angustia es que en él se transcurre, en la fotografía ya se esta representado, pero en el espejo se transcurre simultáneamente a esa imagen; no es simplemente verse representado, sino, además, alienado en el tiempo del Otro, el sujeto es

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

espectador de su imagen sobre la que ha erguido sus identificaciones; no obstante, algo escapa a esa representación, en tanto esa imagen, al ir con el tiempo del sujeto, se sabe va a desaparecer. Surge la discordia con la propia imagen, en tanto se invoca otra verdad y con el dolor de saber que se desaparece, en esto consiste el drama de lo que se ha llamado la fase del espejo. “El resultado de esta experiencia fundante es que el yo subjetivo se capta, inicialmente, como una imagen, pero a su vez se enajena en la imagen que le ha servido como apoyo –el yo es el otro–” (Uribe, 2000, p. 52).

El espejo es un constante dilema de diferenciación en tanto el otro asoma e invade la imagen que se refleja *¿quién eres? tú o yo*. Así se invoca otro lado del espejo que refleje lo *que yo sí soy*; pero además lo que angustia es que lo que se suele reflejar, no es fielmente lo que se es, sino lo que se oculta, y que remite a la falta del Otro. El espejo es una experiencia ética.

En el espejo, el sujeto puede verse reflejado, pero difícilmente se reconoce, pues pasa por la experiencia del Otro, detrás de la imagen reflejada subsiste una pregunta de alteridad, *¿eres tú o yo?*, donde su ética consiste en no verse totalmente alienado en la imagen reflejada que el Otro le ha donado.

¿Qué hace el sujeto con su propia imagen? Se aliena totalmente en su reflejo, se precipita en una hostilidad contra ella, o se mantiene en una sospecha ética. *¿Qué puede encontrar de terrorífico, Sara, en el espejo?* que en esa pregunta *¿eres tú o yo?*, se haga indiscernible la voz de otro que le diga *si esa eres tú*, y lo que encuentre sea el reflejo de los despojos del Otro, “*no ve que soy esto*”, dice Sara implorando no verse en la soledad de un cuerpo marcado por una ausencia. Ausencia de ella misma. “*Me odié, no me amé... ni*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

mi pelo me gustaba, ...viví avergonzada, engañándome... No tengo fuerzas... hubiera podido hacer algo, escapar, correr...".

Caminar por la abertura donde ella se encuentra otra para sí misma y se pregunta por su ser de mujer, desde un lugar distinto a los semblantes de madre y esposa, es una travesía que se asume desde el suelo inestable del lenguaje. Narrando sus sombras, Sara se desconoce, pero ya no en el grito, sino en la palabra, se desconoce en las posibilidades que encuentra en el lenguaje como sujeto del inconsciente. Hablar es hablarse; es decir, trasgredirse, en tanto algo escapa del gobierno de la pulsión para devenir en lo simbólico, que es sacrificio de goce; cuando Sara habla trasgrede algo de su demanda imaginaria dirigida al Otro, para dirigirse a lo simbólico, a su saber inconsciente. *"¿Quién soy?, no sé... no soy la misma".*

Gallano (2001), plantea que la alteridad es ineludible, por más que el sujeto busque cerrar la cuestión implorando por la tranquilidad que le dan sus semblantes, siempre está llamado a confrontarse en su alteridad, no se puede cancelar; además pone asiento en afirmar, que no basta decirse mujer por los imaginarios que la cultura otorga (madre, esposa o puta), sino en tanto la posición sexual, es algo que se asume desde el habla, hay que dar prueba de ello; decirse mujer por su manera de instalarse entre los abismos del lenguaje y soportar su gravedad. Sara finalmente no se reconoce, ni como madre, ni esposa; significantes donde buscó ser alguien, pero algo no la consoló, Sara se interroga como mujer a pesar de una atmósfera de exclusión, donde ella se ofrecía en sacrificio a otro, que la pudiera significar en el todo fálico. Su alteridad como acontecimiento surge, cuando no toda ella se subjetiviza en el

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Otro de la ley, cuando algo de su decir escapa a la pretensión de encajar en el fantasma del otro a través de su sacrificio en el silencio; es decir, cuando algo de ella ya no quiere callar. *“siempre han hablado por mí... no me quiero callar...”*.

Pasando por su desamparo fundamental, ella se observa en su mendicidad por el lenguaje y vislumbra ese engaño al que ha estado sometida buscando que otro la signifique como mujer o como madre. *“Me engañé con tantas cosas... Me enredé queriendo decir algo mío..”*

El goce Otro, responsable de que la mujer siempre mire a otra parte, más allá del horizonte de su deseo, la hace sensible a su propia alteridad en tanto, como se ha mencionado, por ese goce, el otro no podrá responder; ese más allá del deseo es constitutivo a su propia soledad, no de otro, sino de infinito, soledad de la que suele huir, refugiándose toda ella en la aspiración fálica. *“me perdí dando lo que los otros esperaban de mí”*

Sara, en el trance de hablarse a sí misma y desconocerse, renueva un pacto con la palabra que le permita confrontarse en su encierro, interrogarse en sus afanes, y descender bajo la telaraña significativa para ver lo que le es común a todo desarraigo. *“No quise darme tiempo para mí, tenía miedo...¡Me escondí de mi misma! Estoy vacía... y sigo en esto...”*.

Sara no sospecha lo que hay más allá de lo anhelado de la norma fálica, y termina distraída en sus semblantes ofreciéndose al sacrificio en medio de una violencia doméstica. *“¡Que tonta fui!, ¡como pude soportar todo lo que soporté! Tal vez nunca me importó nada, ¿mis hijas? No se...solo ellas... es que no se que soy sin ellas... mí vientre llora”*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Sara, en sus diálogos, aliada a los acontecimientos del habla, se desdobra en preguntas que la muerden *“Por qué me fije en una sola persona... por qué me amarro a una persona que no quiero y que tampoco me quiere...”* *“qué es amar”*. Sara se perfora con las palabras que va nombrando, su extrañeza se funda entre los abismos de cada palabra que pronuncia, ese es su trance, ir del grito a la palabra y de la palabra a la alteridad.

Lo revelador es como en ese trance de la palabra, en el que se enfrenta a su alteridad, ella empieza a señalar límites a las violencias del otro que se legitiman en su cuerpo, algo en ella empieza a resistirse al silenciamiento en los márgenes del maltrato.

“es como extraño, antes yo aguantaba callada todos los insultos que recibía en esa casa... sólo me encerraba a llorar, pero ahora ya no me dejo, cualquier cosita que me dicen mm ahora si respondo”.

“En la escuela de padres, ayer, si que me reí, el que estaba dando la charla me miraba porque yo, no sé que me paso, me puse como niña chiquita a molestar y a distraer a las compañeras hasta que se puso bravo... me reí mucho con las demás mamás... me sentía jugando y eso nunca”.

Esto ocurre al tiempo en que logra dialectizar algo de su posición con el Otro materno, se instala diferente en la sombra de la que había heredado una espera ruinosa, Raquel no vendría, y Sara se encuentra en ese duelo, *“es mi mamá pero nunca vendrá”*, *“mamá no se preocupe por mi, jamás voy a dejar de soñar, tranquila mamá si usted no me pudo ayudar, no se sienta mal porque le escribo así...”*. *“Ahora cuando mi suegra grita, de verdad que me da risa, la veo chistosa gritando por nada... y más rabia les da porque no les digo a donde voy,*

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

mm me salgo con las niñas y regreso... es que antes era feo porque era como si yo quisiera escuchar humillaciones y me quedaba encerrada... como para que más me regañen o me digan algo...".

"Arturo quería pegar a las niñas, yo a él no le suelo decir nada cuando está bravo, entonces les iba a pegar, y yo no deje que las tocara, se armó la grande, pero al final no las pudo pegar...".

Otra dialéctica con el otro de la ley, ¿Qué hace Sara con los residuos de la ley del Otro?. Sara construye un síntoma como respuesta a la falta del Otro, pero no se trata de decir simplemente que su estructura obedece a una demanda histórica, sino referirse, más aún, a su insurgencia en el deseo que la agrita, de lo que es capaz de balbucear de cara a su propio abismo, de lo que narra, de su aflicción en la soledad, de su goce infinito.

La alteridad, a pesar de su exclusión, es posible por el trance que la palabra sugiere en la multiplicidad de sus desplazamientos, ser otra para sí misma en ciertos espacios del habla, es lo que le permite hacer lecto-escritura de su cuerpo lastimado, cuando habla de lo que la conmueve, después de su abandono. "El cuerpo herido por el corte de la castración y marcado por la falta intenta subjetivarse construyendo la escritura de sus incisiones primeras y esenciales." (Milmaniene, 1994, p.79).

Recordando a Lacan: una mujer deviene femenino si se agujera en ella la pretensión de buscar lo perdido, se trata de lo que ella es capaz de delirar de cara al agujero que aparece en el lugar del Otro. Devenir no toda, es lo que la devuelve sensible al abandono esencial que la separa de las palabras, pero ella, al verse hablar herida, peca con los materiales del lenguaje para sustraer una

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

metáfora de los restos del Otro, para no volverse anónima en el deseo, sino más sensible a su división subjetiva.

Durante el proceso terapéutico Sara se contorsiona, no ya entre gritos, sino entre las soledades profanas del lenguaje, palabreando su goce entre herejías y ausencias, palabreando el signo de la herida que no cicatriza. Nada la salva de verse profundamente a solas y ella improvisa gestos lingüísticos con los que migra a un delirio femenino más allá de sus esperas. Mientras se escucha y escribe, hace enracina con su cuerpo sensible a la fuga y a las traiciones del maleficio del silencio, heredado de una crueldad que se interesó en ser anónima para su deseo. Traiciona en algo ese maleficio para ganar una responsabilidad subjetiva con el otro de sus entrañas.

A pesar de que el proceso se interrumpe, en su transcurso algo del encierro de su nombre entre paréntesis, escapa para hacerse pregunta.

¿Cómo el sujeto se hace a una lengua propia, si en cada palabra algo lo excluye y lo hace extranjero así mismo?. Con sus distancias a ellas, con lo que devela entre sombras, con la letra insalvable al nombre que le deja herido de la ausencia radical del Otro ¿Con qué materiales hacerse a un rostro, a un nombre, a una lengua, a un porvenir en el deseo?. Con la memoria del primer desgarramiento. Arasara es la lengua que Sara construye de las voces y velos caídos de su feminidad, mientras escribe. *“no sé por qué estoy escribiendo todo esto, quiero sanar mis heridas, quiero salir de ahí” “no sé qué pensar de mí misma, me da culpa el amor, me desconozco... por eso sólo escribo, por mí bien”*. Arar el propio nombre, es cartografiar las voces que la nombraron, siempre fue una elección, inventar una metáfora de los restos del otro; hacerse

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

a una palabra, es distanciarse dialécticamente del otro en el deseo, en el tiempo del Otro.

A esa parcela del nombre y el rostro, retorna Sara distraída de los malos espejos y mintiendo un poco sobre el paradero del otro, los pronombres no le fueron suficientes para encontrarse otra para ella misma: *“no me alcanzan las palabras para saberme herida”*.

Sara viste sus huesos pero no su sombra

Al medio día no cocina, lava su herida.

En la mesa, soledades de los catecismos,

Gritos y voces que no recuerda.

Y las que le deben la azarosa cruz del silencio.

Sara saluda a todos, Sara odia a todos

Sara protege a todos

Solo espera en el parque

De la infancia incendiada

Sus niñas lloran en las regiones donde hay escasez de agua

Sara merece el sueño... *¡sueño que mamá no me quiere!*

Sara no se miente, lava en cualquier casa

Sara escribe en Arasara,

Lengua de su extraviada mirada

Arasara no entiende nada y sólo escribe...

Arasara: Silencio rojo.

DISCUSIÓN

Ubicarse en un lugar distinto para interrogar la insensatez humana, es quizás la apertura que brinda el saber psicoanalítico, y posiblemente, la paradoja más diciente por hoy, sea la de las crueldades que la humanidad insiste en legitimar desde el amor y la fraternidad. Las violencias por amor, merecen análisis en los escenarios de una cultura, donde se degrada vertiginosamente la posibilidad política de lo Otro; uno de esos escenarios es la familia, ahí se sostienen, diversifican y justifican las lógicas de sacrificio más dicientes donde se evapora vertiginosamente el saber de la diferencia.

El psicoanálisis, en su ética histórica, está llamado a descifrar los nuevos malestares de la cultura, pero volviendo a Lacan, desde la política del síntoma que dice de las verdades que la cultura no está interesada en saber.

En este sentido, queda abordar la pregunta que Sara deja sembrada en esta investigación: ¿Cómo lo ineludible de la alteridad se hace manifiesto en el malentendido familiar?. Si la alteridad no se puede cancelar ¿Qué nos dice de ella, los márgenes de desarraigo familiar, donde se modernizan insistentemente las prácticas de sujeción al otro?. La estructura familiar, más allá de los fines pacificadores y socializadores que se le atribuyen, desde el conjunto de instituciones imaginarias, políticas e ideológicas, tiene la función de transmitir una ley simbólica, sin embargo, se trata de una ley no escrita en los pactos de convivencia pero, en tanto inconsciente, sólo puede descifrarse en la carencia estructural que constituye a cada sujeto; en otras palabras, el sujeto es efecto de una ley que únicamente puede darse a partir de la estructura familiar, pero, su alcance desborda la esfera en que se desarrolla, pues lo que se produce es su

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

diferenciación fundamental en la dialéctica con el Otro de la cultura. La ley posiciona al sujeto frente al deseo del otro, y ahí, es donde el psicoanálisis interroga las violencias que emergen entre las diferencias humanas, a pesar de los pactos de convivencia; de esa ley se hereda la erótica por la cual el sujeto promueve sus encuentros, pero en lo insoportable del síntoma, asoma lo que del deseo del otro no se ha simbolizado, para subsistir en el inconsciente como un pacto no dicho, pactos no dichos en los cuales la pulsión gana terreno del lado de lo siniestro.

El deseo del otro, en tanto evoca la falta, trasgrede lo imaginario donde el sujeto busca hacerse uno con el otro por la vía del amor o el goce; así, el psicoanálisis da cuenta, además, de las violencias sutiles pero aniquilantes, legitimadas desde los ideales de la cultura. El síntoma es una respuesta a la ley, al deseo del Otro, a su falta; la atmósfera familiar suele tornarse irrespirable por las coordenadas del deseo que en ella circulan y se soportan, pues lo que revela la experiencia clínica, es que en el escenario familiar, el sujeto está menos interesado en hacerse responsable de su síntoma; es decir, responsable de la verdad que lo hiere.

Qué hace cada sujeto con su síntoma, es la ética a la que esta llamada como sujeto del inconsciente; no obstante, en el escenario familiar, la convivencia de los síntomas, al invocar los lugares de la falta en ser, no es para nada pacífica, en tanto sobrevive en los márgenes de lo inconfesado del deseo. El sujeto se desenvuelve en una captación necesaria y cruel de pactos aún no dichos, de la cual se hará a un decir propio. La ley del deseo viene de una trasgresión anterior, la palabra hiere, y por el desencuentro de las palabras alguien evocaría

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

el primer grito... luego se haría posible narrar la historia. ¿Dónde estaba la herida, en el sujeto o en su palabra?. La trasgresión primaria y fundante, se da cuando el sujeto es arrancado de su unidad, al ser traspasado por la palabra, para producir lo dicho y lo no dicho, inherente al saber inconsciente; el lenguaje esta herido por el grito de una ausencia, la ausencia radical del significante del otro sexo, que le dejará como destino enfrentarse a lo imposible de sí.

Esa ausencia del otro sexo subsiste como una apertura en el orden de la significación; manteniéndose en la perspectiva de Gallano (2000), el Otro siempre será alteridad para el inconsciente, no obstante, la praxis clínica, demuestra que los brotes de violencia surgen cuando el sujeto pretende cerrar la cuestión de su alteridad, urgiéndose como poseedor de un significante absoluto, el falo. Así la alteridad, no es algo que tranquiliza al sujeto, más bien, lo abre en el punto donde ya no se consuela en el amor a sus síntomas; lo interrumpe en la carrera por la que ha intentado hacerse a una realidad excluyendo algo de su verdad, forzando al sujeto a atravesar las ficciones creadas por su fantasma.

La alteridad en cuanto femenina, es una apertura en la significación del sujeto; del lado de la mujer esa apertura se especifica por su no toda, que le permite interrogarse por su devenir en los goces que la habitan. Por efecto de la castración, lo que resulta en ella al producir dos modos de goce, el goce fálico y el goce otro, es igualmente esa hiancía entre el deseo de madre y el de mujer. La escucha psicoanalítica da cuenta de las encrucijadas en las que ella intenta significarse, producto de esos dos deseos que le navegan y la fuerzan quizás, a más devenires de los que estaría dispuesta a soportar. El síntoma en la mujer dice de las contorsiones en el alma y el cuerpo, que le urgen para

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

subsistir entre esos deseos y goces que la muerden, la exilian, y a la vez, la hacen parte de todo, dando lo que ella no tiene: su falta, por la que le está destinado amar; de algún modo, el mal-estar de una mujer frente al amor, al deseo y al goce, tiene que ver, con lo que cobra en ella, una exigencia de diálogo con esos balbuceos de la madre y la mujer, que se ahogan y desatan permanentemente en su voz; balbuceo que deja su cuota de desarmonía por lo no dicho, pero siempre fijando esa distancia con la otra de su alteridad.

No todo síntoma femenino se asume como búsqueda del ser mujer, se trata en ciertos casos de una evitación. ¿Cómo entender esa encrucijada desde la relación de ella con la alteridad?. La contradicción está, en bajo que circunstancias la maternidad se puede volver el recurso más legítimo y sutil para huir de la mujer. Se encuentran muchos síntomas en los que ella es buena madre para negarse como mujer, pero también, en los que ella, desembarazada del deseo de hijo, evita lo que desde lo femenino insiste en convocarla, paradójicamente, como una forma de tapar su falta; huye de la maternidad para no expiarse en su fantasma de desvalimiento y sometimiento. Esto no sólo es un conflicto de la mujer, también de la cultura, la cual insiste en ahorrarse la angustia de mirarse en alteridad con el otro sexo, encerrándola en el semblante de madre y esposa, y expiando a la otra que goza y hace gozar en el imaginario de la puta. Ese es el malentendido, hacer ver a la mujer como madre deserotizada o perversa; Freud (1931), expresaba: la madre contamina a la mujer, y eso ya velaba su alteridad; aquellos ires y venires femeninos merecerían otro destino a ser absorbidos por la representación de un derrame de leche, o ser negociados como la más dulce mercancía bajo la mirada

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

obscena del capital, cuando ella es lanzada a gozar de ser vista, no de un otro que pueda amarla, sino del lente sin historia de los mass-media.

En las observaciones freudianas, se encuentra que el hijo renueva la ilusión de estar en el todo fálico, entonces ¿Cómo resolver el ser mujer?. Entrando a lo universal bajo una nueva representación: ser madre; donde se presume doma su angustia, pues eso la representa mejor en el lenguaje, en lo ya establecido; Tendlarz (2002), expresa “en el lenguaje la mujer no existe, las madres sí” (p.4), pero el asunto, está en que si ella se instala completamente en esa lógica, falla el enigma de su deseo, pues ese enigma existe, en tanto no toda. En la lógica freudiana, la maternidad es entrar en el legado del padre como promesa de entrar en el todo fálico, pero desde el goce Otro que la habita, hay un interés no conforme a ello, donde el ser madre convoca a un nuevo devenir del ser mujer en el no toda.

Para el psicoanálisis, no se trata de definir hasta donde madre o hasta donde mujer, si es toda fálica o no toda; como permite comprender Tendlarz (2002): *“Así como no es posible construir un universal de las mujeres, tampoco es posible determinar como ser madre. Una por una, cada mujer se sitúa frente a la maternidad por la aceptación o el rechazo; como madre del deber o del deseo dentro del régimen fálico; por su amor o por su odio; desde una posición masculina o femenina; como en el empuje al toda madre o por su no toda como mujer que repercute en su deseo de madre... madre y mujer se entrecruzan, dejando abierto un espacio cuyos límites se irradian hacia lo que resta aún de enigmático de la sexualidad femenina”* (p.7). No es la noticia de un hijo lo que la transforma en madre, y no es en ese contexto que surge el conflicto, este es

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

anterior y compromete la pregunta por su feminidad, pues por efecto de su paso por la castración, el deseo de madre y el deseo de mujer son dos sensibilidades en el habla que le aguardan y le constituyen en su éxodo de desplazamientos por una comunidad de signos impropios al lenguaje. Ella habla a su hijo por la abertura de esas sensibilidades, deviene madre en como otorga la palabra, en lo que la hace sensible a su propia alteridad; sus cuidados maternos son cuidados lingüísticos, son actos de invención en el habla; si al anunciarse frente a él no se encuentra en esa sensibilidad, por cuidadosa que sea, terminara estropeando a su hijo.

Las posiciones subjetivas ante la ley, en el contexto de las múltiples formas de agresión materna, evidencian el malentendido de ella al dar la falta para lograr amar como mujer, entonces, no es muy preciso mencionar que la madre contamine a la mujer, o como por impulso se pueda estar tentado a presuponer en ciertos casos, que es *el ser madre lo que no la deja ser mujer*, este es más bien, un prejuicio profundamente fantasmático en lo imaginario de la cultura que no tolera la noción de una maternidad erótica, es decir el destello de una madre que también es amante; por el contrario, la experiencia de escucharlas una a una, da cuenta de que es la negación o el desconocimiento de un goce específicamente femenino, lo que no le permite ubicarse simbólicamente en la función de madre, incluso, se puede comprender, en ciertos casos y en la misma reflexión, que la huída de su goce femenino es lo que la lleva a darse en una peligrosa posición de sacrificio hacia el otro. El sacrificio define una lógica en la que no se tolera la falta del Otro, el sujeto se instala en el doloroso propósito de suplir la falla de aquel que se espera un reconocimiento fálico; se

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

trata de darse fantasmáticamente al otro para sostener sus emblemas y semblantes. Aquí encontramos la postura de Sara, donde ella responde a la crueldad del otro, velando su goce, protegiéndolo desde una demanda histórica en la que ella intenta ser el falo del otro castrado; esta posición explica, el estrago en sus relaciones de objeto, donde ella se silencia admitiendo al mismo tiempo darse como mujer objeto (a) de otro, sometida a los significantes que él pueda proporcionarle.

Sara intenta ser alguien pretendiendo estar toda ella en la significación fálica, primero como esposa maltratada y luego como madre, lo cual la lleva a instalarse como objeto de goce de otro que la vulnera y la excluye como mujer de deseo. Pero esa exclusión es legitimada por ella misma, al ofrecerse al otro desde su postura masoquista y en una pasión al sacrificio. Sara, autorizaba su propia degradación para huir de ella misma, eso igualmente la llevó a lo ruinoso de su erótica como madre, donde el malentendido de su agresión contra sus hijas, estaba marcado por el signo de su no reconocimiento a su feminidad. Inicialmente no es el verse vulnerada como mujer lo que la lleva a lo insoportable de su angustia, sino el desconocerse entre gritos como madre donde había arrojado toda su aspiración de ser; este es un signo relevante de su posición ante la castración y de su economía significativa alrededor del falo; Sara no tiene un referente que le permita encontrarse como no toda, es decir, saber que no toda ella se subjetiviza en el Otro de la ley, que hay una fuga que la reclama; en el punto donde el otro materno debía corresponder hubo solamente un silencio, detrás del cual se sacrificaba la metáfora del padre y la sometió a alcanzar el falo por la misma vía del maltrato.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Sin embargo, es el dolor de ser madre, al verse maltratar lo que más ama, lo que la convoca a saber de su alteridad y hacerse responsable de sus gritos y desencuentros como madre. Así, en el diálogo con sus sombras algo escapa a su silenciamiento como mujer, algo logra viajar del grito a la palabra y de la palabra a la alteridad.

Freud (1931), observaba la maternidad en su dimensión fálica, pero como ya se ha planteado, ser madre es una de las tantas posibilidades de devenir femenino, de poner a palabrear ese goce Otro, sin que eso se traduzca necesariamente en un silenciamiento del ser mujer; el goce Otro no la hace conformarse con la significación que otro le pueda donar, es un goce que la fuerza a ir cada vez más allá en el reconocimiento de eso que recorre su cuerpo y que las palabras no alcanzan a morder.

Por otra parte, pensar las dinámicas de segregación cultural desde la alteridad femenina, permite no perder de vista, como los discursos y prácticas científicas, políticas, religiosas, han hecho herejía sobre el cuerpo de la mujer, estos han intervenido el cuerpo de aquella que, paradójicamente, se acusaba de hereje; era previsible que la herejía sería algo inherente a la mujer en el imaginario de la cultura, más, su verdadera herrancia no ha estado en su cuerpo sino en su palabra, es la herejía de la mujer que ha nacido en la palabra para darse como tal, para ser invención desde lo indecible. Ella, en devenir femenino está abierta, pero no para ser poseída, sino para no tener correspondencia con nada en particular. Desposesión significa perder interés en poseer, pero también en ser poseída (ella ya no se ofrece como objeto de goce de otro), eso es lo que la hace inalcanzable y lo que confronta

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

profundamente la castración de todo hombre. Una mujer en devenir femenino, no confronta, no posee, no se deja poseer, ella habla, pero no para negociar su existencia en un comercio de goces, habla en trance de decir lo imposible con toda la vibración de su cuerpo; casi balbuceando, ella logra articular una palabra para nacer, para hacer interrupción, para asomar como alteridad.

La historia dio un lugar a la mujer, que le permitiera expiar su goce en el silenciamiento de su deseo, lo que correspondería a su existir, gozando con la daga que marcaría su cuerpo; sólo ella, un suspiro estremecido viajando por la historia de las guerras humanas. La mujer ha logrado interrogar esta circunstancia desde el saber, preguntándose por ese devenir siempre anómalo; pero mucho esta por decirse aún, desde lo que su cuerpo sigue otorgando. Ella sigue insistiendo en mantenerse como emblema del cuerpo despedazado, para luego no decir nada, gozar y callar, no como cuerpo herido por la palabra capaz de hablar. Ella se pregunta por su desolación al tiempo que el otro calla mientras goza, pero ¿Cómo goza ella?. Algo indecible habita en los estremecimientos de su cuerpo, desde ahí algo quedará por mal-decir. La búsqueda del ser mujer atraviesa los márgenes del cuerpo; es decir, esa geografía de sus silencios. Lo que se desliza en la desnudez de una sola mujer, es capaz de interrogar la infamia de todas las guerras humanas que se han legitimado desde la fraternidad y el amor. Detrás de toda guerra, ronda el fantasma de impotencia hacia el cuerpo femenino, siempre la paradoja de la cultura que se erige sobre su impotencia, que no hace sino producir desechos. Lo que nos queda quizá, como correlato del síntoma de la cultura del capital, es la repetición incesante en el desmembramiento de los cuerpos, es esa

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

rigurosidad de cálculo y precisión, en ofrecer una mercancía del cuerpo despedazado, haciendo evidente su perversidad. Si no hay intercambio de palabra en la cultura, hay intercambio de trozos de cuerpo, y ahí, la mujer otorga para seguir gozando de ello, o habla, para hacer herejía inventando una palabra para un nuevo deseo.

Finalmente, la castración al abrir en ella dos sensibilidades, dos modos de goce, la hará sensible a la profundidad de su vientre como signo plegado a la fuerza nativa de los acontecimientos del habla. Su profundidad es también en el decir, entonces, aquella oralidad materna habla entre arrullos, y es por el orificio de sus palabras que el sujeto debe cruzar; así, cada palabra guarda ese primer registro en el deseo de existir: El grito, como presencia de ese primer desgarró y balbuceo en la presencia de otro ¿Pero qué hace hablar a una madre de la verdad del deseo por su hijo?. Es precisamente una distancia al orden de las palabras, en esa doble renuncia fundante, para encontrar en su maternidad algo del extravío de su feminidad.

Destino incierto para las preguntas que no buscan respuesta sino enlaces. La pregunta *¿Qué es ser mujer?* No pretende respuesta, ella pretende la alteridad de su grito y eso ya es un escalofrío en la cultura, como si algo ya no gritara desde su vientre al polvo de los siglos *-su vientre... casa de los temblores y escalofríos de la cultura-*.

Referencias

- Bruno, P. (1992). La Pere-version. Medellín: Fundación Freudiana.
- Claire, S. (1980). Psicoanalizar México: siglo XXI.
- Correa, J & Muniso. (1997). La Familia y el Tratamiento de lo Imposible. El hilo de Ariadna. 9. 77 — 82.
- Deleuze, G. & Parnet, C. (1980). Diálogos. España : Artes gráficas Soler S.A.
- Departamento Nacional de Planeación (2001). La Familia Colombiana: Estrategias para el riesgo. Santafé de Bogotá D.C
- Evans, D. (1997). Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1996a). Las pulsiones y sus destinos. En López & Ballesteros (trad). Obras completas. (Vol. 2, p. 2039 — 2050). Barcelona: Biblioteca Nueva (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1996b). Tres ensayos para una teoría sexual. López & Ballesteros (trad). Obras completas. (Vol. 2, p. 1169 — 1237). Barcelona: Biblioteca Nueva (Trabajo Original publicado en 1905).
- Freud, S (1996c). El problema económico del Masoquismo, En López & Ballesteros (trad), Obras completas. (Vol. 3 p. 2752 — 2759). Barcelona: Biblioteca Nueva (Trabajo Original Publicado en 1924).

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Freud, S. (1996d). Introducción al Narcismo. En López & Ballesteros (trad), Obras completas. (Vol. 2, p. 2017 — 2033). Barcelona: Biblioteca Nueva (Trabajo Original Publicado en 1914).

Freud, S. (1996e). Más allá del principio del placer. En López & Ballesteros (trad), Obras completas. (Vol.2, pp. 2745 - 2794). Barcelona: Biblioteca Nueva (Trabajo original publicado en 1920).

Freud, S. (1996f). Sobre la Sexualidad Femenina. En López & Ballesteros (trad.), Obras completas. (Vol. 3, p. 3077 - 3089). Barcelona: Biblioteca Nueva (Trabajo original publicado en 1931).

Foucault, M. (1976). Historia de la sexualidad. La voluntad del saber. Madrid: siglo XXI.

Gallo, H. & Zuluaga, B. (1991). De la Agresividad a la pulsión de Muerte. Agresividad y pulsión de muerte. 59 – 58.

Gallano, C. (2000). Identidad, diferencia y alteridad en el terreno del sexo, del lado del hombre y del lado de la mujer. Alteridad Femenina. Medellín: Asociación del Foro Lacaniano.

García, B. (2000a). El Falocentrismo. Ciclo de conferencias llevadas a cabo en la ciudad de San Juan de Pasto — Nariño.

García, B. (2000b). La Mujer Contemporánea. Ciclo de conferencias llevadas a cabo en la Ciudad de San Juan de Pasto — Nariño.

García, B. (2000c). La Sexualidad Femenina en Freud. Ciclo de conferencias llevadas a cabo en la Ciudad de San Juan de Pasto — Nariño.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Gaxiola, V. (2002). Economía del Masoquismo y del goce femenino. www.cartaspsicoanaliticas.net.co [septiembre 17 de 2004]

Gomez, J. (2005). El Amanecer en el Valle del Sinú: Antología Poética. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Grifero, E. (2000). La criatura. www.escriturarte.com. [Febrero de 2005]

Hoyos, J (1998). Misión y visión fundación Proinco. San Juan de Pasto: Editar.

Jabés, E. (1984). El Libro de las Preguntas. Madrid: Siruela.

Jimena, M & Roldan, H. (1996). Las sombras arbitrarias violencia y autoridad en Colombia. Santafé de Bogotá DC: Universidad Nacional de Colombia.

Lacan, J. (1998a). El estadio del espejo como formador de la función del Yo, tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. (Diana Rabinovich, Trad.) Buenos Aires: Paidós. (Texto original publicado en 1947)

Lacan, J. (1998b). Libro XX: Aún. (Diana Rabinovich, Trad.) Buenos Aires: Paidós. (Texto original publicado en 1973).

Lacan, J. (1998c). Ideas Directivas para un Congreso de Sexualidad Femenina. (Diana Rabinovich, Trad.) Buenos Aires: Paidós. (Texto original publicado en 1960).

Lemonie, I. (1982). La Partición de las Mujeres. Barcelona: Paidós.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Levinas, E. (1978). De otro modo que ser ó más allá de la esencia. Salamanca: Siqueme S.A.

López, Y. (2002). ¿Por qué se maltrata al más íntimo?. Santafé de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Maya, B. & Bernal, H. (1997). De la palabra mágica a la magia de la palabra. El hilo de Ariadna. 41 - 45.

Milmaniene, J. El goce y la ley. Argentina: Paidos.

Miller, A. (1997) Jacques Lacan: Anotaciones sobre su concepto de paso al acto. El hilo de Ariadna. 9. 9 - 16 Medellín: Bios Editores.

Nasio, J. (2001). Los gritos del cuerpo. Buenos Aires: Paidos.

Palacio, L. (1992). Sexualidad y Pulsión. Sexualidad infantil. 1. 21—30.

Palacios, L. (2000). Sujeto Acto y Responsabilidad. Letrazas. 1. 62-66.

Parra, L (1992). La Sexualidad Infantil y el Proceso de Constitución Subjetiva. Sexualidad Infantil. 1. 11 —18.

Perico, L. (2001). La Metáfora Materna. San Juan de Pasto: Oficina Municipal de Cultura.

Portillo, R. (1997). El Síntoma y la Mujer. El hilo de Ariadna. 9. 25 – 34

Ramírez, M. (1995) La violencia en la familia. Aspectos generales. Reflexiones para la intervención en problemática familiar. Santafé de Bogotá DC: Consejería Presidencial para la política social.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Ramírez, M (1991). Familia y Agresividad. Agresividad y pulsión de muerte. 51 – 58.

Saal, F. (1985). Algunas consecuencias Políticas de la Diferencia Sexual: A medio siglo del malestar de la cultura. México: Siglo XXI

Soler, C, (1997). Lo intratable. El hilo de Ariadna. 9. 17 - 21

Soler, C. (2001). El padre síntoma. Medellín: Asociación Foro del Campo Lacaneano.

Soler, C. (1988). El cuerpo en la teoría de Jacques Lacan: Traducciones. 1. 9 - 37.

Tendlarz, S. (2002). Mujeres y Niños. www.psicomundo.com. [Octubre de 2004]

Tassara, p. (2003). Mujeres Maltratadas. www.cartas psicoanalíticas.net.co. [Diciembre de 2000]

Uribe, J. (2000). Propaganda Publicidad y Captura Imaginaria. Letrazas. 52 – 54.

Zefiropoulos, G. (1989). La Mirada y el Masoquismo. (Irene Ago. trad). Buenos Aires: Manantial.

Zuleta, E. (1985). El Pensamiento Psicoanalítico. Medellín: Percepción

Anexos

Anexo A

Sistematización del material Clínico en Categorías de Análisis

En los anexos que se presentan a continuación se transcriben partes del material de estudio resultado de las entrevistas clínicas, realizadas durante el periodo en que Sara asistió a consulta psicológica (Enero 2002 – Julio 2002). Se ha tratado de conservar fielmente el texto de Sara extraído, en su mayoría, de grabaciones magnetofónicas. Los textos, posteriormente, se conceptualizaron a partir de las categorías de análisis expuestas ya en el procedimiento metodológico. Los anexos se presentarán, entonces, ordenados con relación a la categoría de análisis a la que dieron lugar.

Las huellas del Otro

Creo que aprendí a responder a ese nombre de mala gana...Sara, recuerdo sólo era un grito diario en la boca de mi mamá...Sara me llamó, y sí, respondo pero me quedé esperando...no sé cariño o no sé qué.

Recordar me duele, los gritos de mi mama me retumban por dentro, me siento mal... hablar?... es como si un monstruo despertara aquí dentro... me detengo mas ha observar a mis hijas y me acuerdo de mi mamá, se me viene el mundo encima...(silencio llanto).

Hice todo para que me mirara con cariño, pero yo no sabía que quería de mí, tal vez nada, ¿por qué me odiaba? -no me jodas ¡lárgate a la mierda!- me decía cuando me le acercaba y la mierda era yo.

Y claro me orinaba...y no sé... me acuerdo que gritaba de frío, mí mamá me sacó a la madrugada y me metió a la poseta... me dejo afuera, no me dejo entrar más –¡para que no te orines más perra!- lloré hasta cansarme, donde

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

vivíamos era retiradito del pueblo, en el campo, pues no escucha nadie y en la casa era como si estuvieran sordos.

Casi nunca me hablaba, ella mandaba a gritos y castigaba... sentía su desprecio, quien sabe por qué, tal vez porque yo era una niña y no niño.

Yo sentía su rabia hacia mí, pero más me apegaba a ella. Yo la buscaba como mamá, que me protegiera, que me hablara, pero ella todo lo ahuyentaba solamente con sus ojos, me esforzaba en hacer bien lo que ella decía, en complacerla, en no faltarle...no fui desobediente...de un grito me mandaba al mmm...creo que así crecí, bien muda.

¿Caricias? -¡no me hagas enojar mal nacida que yo si te reviento!- eso decía, Mamá Raquel, así se llamaba... lloraba poco, maldecía mucho...se quejaba mucho, de sus dolores, de nosotros, más de mí, de la vida...ella hablaba muy feo, los ojos también, me asustaba, todo era con insultos hacia mí, con mis hermanos no tanto.

Mi mamá me hacía sentir sucia, despreciable... como avergonzada de mí crecí yo, ella no quería que vaya a la escuela...pero fue ella la que me enseñó a arrodillarme a Dios y ¿qué hacía yo pequeñita y con tanta vergüenza ya en mi vida?.

Y ¿cómo yo iba a levantar la cabeza y los ojos a Dios ah?.

Siempre me cuesta ver a los ojos a las personas, reírme tranquilamente, decir cualquier cosa, es como si estuvieran a punto de callarme.

De niña estaba como en el limbo, no entendía nada, sentía que hasta los perros estaban ladrando por mi culpa.

¿Qué sabía yo que era lo que quería de mí?.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Soy una mierda.

Para mí la casa era el rugido de mi mamá, sus quejas, sus dolores, sus gritos, sus afanes, nada para mí, nada mío, nada propio, que feo es sentirse arrimada en cualquier parte, así me sentía en la casa de mi mamá, ahora igual me siento arrimada, en una casa de mi suegra, ahí también soy mal vista, sabrá dios por qué, es feo porque no sé qué es tener casa...de niña jugaba a hacer casas afuera, en el solar de la casa...afuera.

Qué es que te miras en el espejo si ni para que te hagan hijos haz de servir.

Creí avergonzada de ser niña, creía que ella me detestaba por eso, no puedo hacer nada, me cuidaba con rabia, casi pocas veces recuerdo que me peinar, será por eso que tengo el pelo como alambre, rebelde y escaso.

Hablaba de él con insultos, -ese de tu papá es un pobre hijueputa que no sirve ni para esto-.

Ella sólo ordenaba, mi mamá siempre cuando se le entraba el judas decía -ningún malparido me va a decir como sentarles la mano a ustedes-.

¿Mi papá? No sé, el que decían que era, era un visitante ocasional, llegaba de vez en cuando y borracho, yo si le decía papá, pero recuerdo pocas cosas de él, no me gustaba que llegaba a manosear a mi mamá(...) si, borracho, y más rabia que mi mamá se dejaba, maldecía pero no protestaba de las pisas que le daba, de él recuerdo unos malos golpes, casi no me hablaba, pero eso sí, para quererme pegar si era mmm, pero yo si no me dejaba.

Un día llego borracho, yo estaba afuera y como no hice lo que él quería me dijo -yo no soy tu papá, anda pregúntale a esa de tu mamá, yo creo que ese ya

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

se murió, de ahí hice como si papá nunca hubiera tenido, o muerto que es de lo mismo.

Que no oís, ¡que te largues para afuera!-

Nunca decía las cosas que realmente quería, me las guardaba, aprendí a desear todo en secreto, hacía trampa para que no me regañen, pedía cosas que en el fondo no quería y me las daban, a veces me acuerdo, cosas que si quería y que ellos pensaban que no quería, vera no, decía mintiendo que no me gustaba ir a cortar la hierba y me terminaban mandando para allá y como era lejos me quedaba jugando por ahí, lejos de todos, y era feliz (...) pero con lo que no me funcionó fue con la escuela, yo decía que no quería ir, todos mis hermanos iban a la escuela, y yo si quería, pero ahí si mi mamá no quiso... después, fue por la profesora que mi mamá no se pudo negar, llegué a la escuela a hacer de las mías, era una salvación, la profesora era muy buena.

Tenía miedo, pero jugaba con lo que podía, eso si era una loquita para jugar...mi mamá era rara, no me dejaba jugar con mis hermanos, pero jugaba, se me olvidaba el mundo jugando, mi mamá chillaba de rabia porque de jugar se me olvidaban hacerle los mandados, ya era más grandecita.

... como que recordé ...mi mamá no me dejaba ir a la escuela, fue por la profesora que pude, a la clausura tampoco fue.

Yo dibujaba bien... en los trabajos, para que mi mamá los recibiera al final, creía que le iban a gustar, quería que fuera a la clausura, pero fue al otro día, yo la esperaba en la casa ansiosa; llego, me agarro de la mano hasta el fogón, allá en la cocina, y ahí tiro los dibujos que le había dado la profesora, eran los míos, me dolía la mano de lo duro que me apretaba, creo que el corazón

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

también; casi tiritando de rabia me dijo -que vas a aprender estúpida si eres buena para nada, no me hagas tener vergüenza.

Voz sólo jodes y jodes, no haces nada y te la pasas quejándote y llorando...malagradecida.

Un día ella estaba jabonando, y yo lloraba, estaba hincada a sus pies, y bueno me acuerdo que era para llamar su atención, para que me alzara... pero una señora que estaba con ella le dijo, no le vaya a hacer caso, déjela llorar, se le enseña a mal, se hacen fregaditas y ahí si quien lidia, entonces ahí me quede llorando, acabó de lavar y se fue. Ahora cuando las niñas lloran es como si volvieran momentos de eso... a mi nadie me consoló nunca. Tréboles de cuatro hojas, a eso jugaba, a buscar tréboles de cuatro hojas, para la suerte decían, bueno a veces en el parque todavía buscamos tréboles con las niñas... quien sabe...

A los trece años empecé a salir con amigas, a bailar, a tomar, así andaba, mi mamá me seguía y corría a sacarme de los pelos de cualquier baile, una vez quiso quemarme, yo era lo peor para ella(...) me salí(...)me vine sin nada a Pasto.

La castración

Que fe he ganado en lo que digo si ha nadie logré decirle algo de mí...

Nadie me escucha... por Dios nadie me escucha... me da miedo vivir.

Quiero ser la mejor hija del mundo y también la mejor mamá.

Mi vida se derrumba, mis niñas son todo para mi, no tengo mas nada, no tengo a donde ir, no soy nadie sin ellas... y ¿yo? ¿Por qué les lastimo?... me

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

retumba cuando las escucho llorar, quejarse, es como si un hueco me abriera por dentro y no lo soporto... tan pequeñitas y yo gritándolas, agrediéndolas...

¿Qué soy yo si me siento mamá mala, cruel?; ¿Quién soy para ustedes?; ¿mamá?... ¿Pero me quieren?.

Siento que el aire me falta... ellos afuera piensan que lloran porque yo les estoy haciendo daño.

Yo les cuido con amor, les llevo a la escuela, hago las tareas con ellas, les acuesto, las despierto, les llevo al parque, trato que estén bonitas, estoy pendiente de cómo se sienten, si se enferman... no tengo otra vida, pero saber que les hago daño me hace tiritar la sangre... me quedo muda, con culpa...y me agarro de ellas como si mi vida pendiera de un sólo hilo que se gasta... no me gusta que lloren porque ahí no se que hacer... yo trato de tranquilizarme y de tranquilizarlas, siento que si alguien las escucha llorar, me van a regañar, entonces me desespero y a veces no me contengo y las niñas mas lloran ...no encuentro palabras.

Ellas no me dicen nada, pero creo que me desprecian, yo las veo tristes... que pesadillas, sueño que yo las busco, pero... ellas no se dejan ver, pero de lejos gritan, ¡porque nos haces daño!, lloran y me dicen ¡porque nos quieres matar!...y yo no se...me duele aquí adentro...

Me persigue la idea de que voy a hacer cosas malas, que le hago daño al que se me acerca, así me siento, míreme, haciendo daño a lo que más quiero; no me demoro mucho en el espejo arreglándome; camino como avergonzada, ¿pero quién va a mirarme? esa casa estalla todos los días y yo callada, viviendo como una arrimada; aprendí a esperar todo de los demás, a hacer

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

pocas cosas por mí; camino despacio, como vacía; no quiero llegar a esa casa...me hieren, me hacen sentir fea; que feo llegar sólo a recibir insultos; es mejor olvidar, pero ya no puedo; no sé quién soy; vamos al parque a buscar tréboles; vivo en una pesadilla, no aguanto más; yo quiero que mis niñas rían, que jueguen; me duele hablar; me asfixio; mi vida es un cuarto oscuro; nadie escucha, todos sordos; he soportado humillaciones...por las niñas...son lo más hermoso que tengo, nadie les va a decir feas.

A veces creo que no debo acercarme a las personas porque siento que les voy a ser daño.

Soy una mierda para mi mamá.

Por tu culpa estoy como estoy.

¿Por qué a mi me maltrato más? a mis hermanos no tanto

Mi suegra pensaba que las mujeres traen mala suerte... cuando Meliza nació, también decía que las mujeres traen desgracia, sólo sirven para que les hagan hijos... pero que yo ni siquiera para eso había servido, no había sido capaz de darle un hijo varón a Arturo-.

¿Por qué me fijé sólo en esa persona?

Yo sabía que cuando él estaba conmigo, yo no le importaba, a él no le digo nada, él no escucha.

Estoy cansada de recordar, estoy cansada de olvidar.

Es como si me doliera en todo el cuerpo, nunca he hablado así, es como si fuera otra... me acuerdo que mi mamá esta viva, yo la miro, de vez en cuando la visito y le hablo como si fuera la mejor mamá del mundo, que chistoso no, fue

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

cruel y eso no era capaz de confesármelo, recordando estas cosas (...) ya no quiero callarme.

Desconozco mi piel y tengo un mal presentimiento, algo me llama pero (...) nadie me enseñó a mirarme.

Voces, sólo voces que no descifro, algo me fuerza a gritar y otra cosa más fuerte a callar, voces, todos quieren hablar por mí.

No soy nadie sin mis hijas son lo único que tengo.

Culpabilidad y lógicas de sacrificio

El no escucha, me pegaba o me obligaba a estar con él, pero yo que iba a decir, el no entendía nada, como si el hablara otro idioma... lo que me importa son las niñas.

El me obligaba y cuando eso pasa yo no siento, me quedo muda, como usada y sin hablar.

Me casé con él porque sentía que no iba a tener más oportunidades... ¿Por qué me tuve que fijar sólo en esa persona?.

Cuando nació Meliza, la primera, ya no importaba nada, nos despreciaban en la casa, Arturo quería un niño y yo no se lo pude dar, pero luego no me importó, él me humillaba como todos en la casa, pero con Meliza yo ya vivía para ella, me sentía importante para alguien.

Ofendida con insultos por tener a Meliza...pero no, luego no me importó... la quiero con todas mis fuerzas...

Antes de nacer Johana, mi esposo y mi suegra me llenaban de reproches e insultos, ellos querían, ahora más que al principio, un niño...yo tal vez por miedo a su rechazo también como que esperaba un niño, mi esposo decía que

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

me dejaría tirada si no le daba un niño, luego del nacimiento cuando supe que era niña y me la pasaron en los brazos (un silencio que la lleva al llanto) yo me quería morir, no la quería ver, era como verme yo misma ¿qué iba hacer, a donde ir?.

A pesar de todo, ya no me sentía sola éramos yo y mis niñas, nadie les iba a decir que eran feas como a mí; por mis niñas estoy aquí son lo más hermoso que tengo.

Voz para mamá tampoco sirves. Y yo ahí me quedaba... a veces no me importaba pero otras pensaba que me querían quitar a las niñas. Mi suegra. Las niñas también estaban encariñadas con su abuela... eso me mataba.

Ellas no me iban a rechazar, yo les daba mi vida y las quería.

Yo ya tenía a mis niñas.

Me cuesta aceptar, pero no puedo más...no puedo negármelo yo estoy haciendo daño a mis niñas, yo las grito.

Me quiero morir, no soporto más.

No sé porque las grito yo sólo quiero verlas reír que no lloren, que jueguen, que busquen tréboles.

Mala hija no he sido, le he cumplido, siempre aunque me aleje hice lo que ella quería, un poco tonta y enmudecida.

Me siento mejor con mis hijas, pero es como si viniendo acá algo no estuviera haciendo bien.

Es como si hubiera nacido sólo para aguantar humillaciones toda la vida, verme humillada

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Mamá le contaba que ahora estoy en tratamiento con el psicólogo, quiero recuperarme para ser su mejor hija y para ser la mejor mamá del mundo, quiero que se sienta orgullosa de mí.

No sirves para nada, sos una bruta.

Es como si la vida se me burlara en la cara.

Mamá quiero que se sienta orgullosa de mí, quiero ser la mejor hija del mundo, y también la mejor mamá perdóneme por ser como fui.

Mami jamás he dejado de pensar en usted, nunca me voy a olvidar de usted, no piense eso... me preocupa que se sienta mal porque le estoy escribiendo, sólo quería que valorara todo lo que yo estoy haciendo ahora por usted, perdóneme por ser una hija como era...la extraño mucho, también a mis hermanitos, quiero conocer al pequeñito, a mi sobrino... Sueño con ustedes.

Siento que me van a regañar.

Son los que dicen soy mala mamá, que ni para hacer hijos he servido, mi suegra y mis cuñados.

Ella es la que grita del otro lado de la pieza, yo no quiero molestarla, pero es igual siempre se molesta; Sara no logra que sus niñas callen y en vez de hacer silencio termina desbordada en gritos contra sus hijas; ellos piensan que las niñas lloran porque yo les estoy pegando o algo les estoy haciendo.

Me van a regañar no griten.

¡No lloren, que no lloren, no más, cállense!

Es como si no supiera otra manera de amar.

Meliza hizo bien los dibujos.

Yo, también me esforcé

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Dibujé la casa que sueño de colores

...Ahí ni papá ni mamá han estado.

Muero por mis hijas... vivo por ellas...donde esconderme, a donde ir ahora.

No sé que pensar de mí...no sé...ya no soy la misma.

No quiero mirar, no puedo...soy débil...no la quiero ver, no puedo (Sara agacha la cabeza, en llanto y angustia,).

Yo era la que la cuidaba, de seguido tenía dolores en el cuerpo y fiebre...yo dormía de este lado de la cama(el lado derecho), y sentía como se quejaba, como hacia esfuerzo para respirar.

Quisiera volverla a cuidarla.

Verla en la cama con fiebre... no sé como decirlo... era como un alivio para mí.

Me duele el pecho, me falta aire; ¿puedo salir, me siento mal?, siento escalofrió en este lado (izquierdo).

Es como si no quisiera que se vaya.

Miro a Johanna siempre triste...yo soy culpable de sus ojos tristes.

Jhoana me recuerda que mi papá le decía a mi mamá que me aborte, Jhoana me recuerda eso porque a mí me paso lo mismo, Arturo cuando tenía cuatro meses de embarazo, me decía que botara ese niño porque no era de él... yo me quería arrancar el vientre, lloraba mucho... me duele que le hice lo mismo que me hicieron a mí, le hice mucho daño.

Yo tenía rabia, se me oprimía el estómago, luego callada me hice a la idea.

Cuando la tuve en los brazos yo me quería morir.

Yo le hice lo mismo que a mí.

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

Mi vientre llora.

Me dolió tanto acordarme de eso, de pequeña no entendía nada, sólo temblaba, ¿la culpa era mía? ¿Por qué? ... yo seguí haciendo mis garabatos y dibujos donde podía.

Una señora preguntó, ¿alguien qué este desocupada que me ayude a pasar las cuentas al cuaderno?, y como yo no estaba haciendo nada me miraron a mí, pero entonces las otras señoras me miraban como que yo no podía y una de ellas dijo yo ya le voy a ayudar, y eso me hizo feo, me dió rabia, entonces, no, no yo le ayudo, y empecé, pero cuando cogí el lapicero se me entumecieron los dedos, como una parálisis y no pude escribir, luego me empezó a recorrer un calor por todo el cuerpo como si me estuviera quemando... me fui al baño a echarme agua, luego poco a poco me fui tranquilizando... la mano me volvió, que tonta que me sentí.

Alteridad femenina

Yo seguí haciendo mis garabatos.

No quiero que nadie hable más por mí, no me quiero callar.

Aprendí poco... me enseñaron pocas cosas ... si hubiera sabido esto

Todo es tan ingrato y pequeño en mi vida, no sabría como escapar ... camino mal, me duele... sólo conozco esto... Me duele tanto verme... no me demoro en el espejo arreglándome...sola...como encerrada... no quiero esto... como que en el espejo uno no se puede mentir mucho.

Yo puedo escribir, déjeme que yo si puedo. No sé porque estoy escribiendo todo esto quiero sanar mis heridas, quiero salir de ahí. No sé que

Violencias Anónimas y Alteridad Femenina en el Malentendido Familiar

pensar de mí misma, me da culpa el amor, me desconozco... por eso sólo escribo, por mi bien.

¿Qué es amar?

me perdí ofreciendo lo que los otros esperaban de mí...

No tuve tiempo para mí, tenía miedo, no quise tener tiempo para mí ¡Me escondí de mi misma! Estoy vacía... y sigo en esto... más sola.

¿Por qué no me explicaron que la vida era esto... esta levantarme todos los días, despertar sin sentido... obligaciones ¿Qué me obliga a seguir?

Me engañe con tantas cosas. Me enrede tratando de decir algo mío.

Me odie, no me ame, mi pelo no me gustaba,...viví avergonzada, engañándome.

No tengo fuerzas... hubiera podido hacer algo

No, no quiero ver... ¡no ve que soy esto!, ¡no ve que no tengo más nada!...no, no puedo verme por favor... nadie me enseñó a mirarme y tengo una mal presentimiento...no ve que no se que soy... ¡a quien voy a ver!.. no puedo... ¡no ve que soy sólo esto!... tengo miedo de verme, siempre tuve miedo.

No me alcanzan las palabras para saberme herida.